

Infierno de dioses

Mo Leidrac



Capítulo 1

Prefacio

El mundo de Aar, rico en criaturas prodigiosas, fue una vez uno solo, hasta que un enfrentamiento entre dioses lo quebró en una era anterior. El velo que ocultaba a los dioses que habían creado Aar, junto con su hogar y sus obras, de aquellos otros que deseaban destruirlos, se desgarró y el último de sus jirones fue el arma más aterradora jamás blandida.

Cuando el tumulto de la guerra se hubo apaciguado y los vencedores partieron tan impetuosos como habían llegado, Aar agonizaba. Sin embargo, uno de ellos permaneció en aquel mundo tras la contienda para reparar el daño causado y de su voluntad nacieron las cuatro Tejedoras. Ellas tomaron los restos del velo original, repararon los hilos y crearon nuevos velos según los deseos de su señor.

Y cada uno envolvió mundos separados que en realidad eran el mismo, pero eternamente ocultos de los demás por membranas invisibles que es imposible cruzar.

La primera, tras el velo más denso, apartó a las monstruosas maldiciones que ambas estirpes de dioses habían pronunciado para aniquilarse unos a otros. Y así quedaron encerradas en el Bestiario, un lugar sin retorno, enloquecido y devastado.

Otra tejió un velo para proteger a las pocas criaturas supervivientes, que las apartara de tanta muerte y tanta furia como se había alzado de la tierra. Así nació el Sagrario. Aunque quedaban tan pocos de los primeros nacidos, que el dios dio vida a nuevos seres en aquel refugio, entre ellos a los hombres, y los recién llegados se adueñaron del continente y le dieron nombre, Faro Are, a lo que ya lo tenía.

La tercera tejió para contener a las armas esclavas de los dioses en la batalla y que ahora vagaban desatadas, estremeciendo las ruinas del planeta entero. Habían sido creadas para intentar contener a las maldiciones, pero las envolvió tras un poderoso velo y al hacerlo creó el Escudo, donde aún late un poder demasiado ardiente, avivado hasta el extremo en una guerra demasiado cruenta.

Y por fin la última dio reposo a los huesos de los dioses muertos en el Osario, tras un velo helado que era imposible rozar sin consumirse. Allí depositó a los vencedores, pero de los cadáveres de sus enemigos únicamente se habían respetado siete y fueron sepultados en las entrañas más oscuras de Aar, como un ancla, para evitar que la única de sus obras

que quedaba se desvaneciera con ellos.

Dicen las leyendas que aquel dios también se marchó, pero que primero tomó forma humana y que de ella y de su amor por una mujer, antes de perderse en las brumas de los cuentos mortales, nació una estirpe de celestiales que hizo del continente de Faro Are un lugar bendecido. Dicen también las leyendas que no todos los dioses enterrados en Aar estaban muertos y que uno surgió de la tierra eras más tarde, solo para su desgracia. Las leyendas cuentan muchas cosas, ciertas o no. Y de otras, en cambio, nada dicen.

Lo único seguro es que ahora los velos se estremecen.

Faro Are, el continente bendecido, y todo el mundo de Aar con él, se ensombrece tras una guerra contra el linaje de celestiales que lo ha gobernado durante milenios. Los hombres se han alzado contra ellos borrando todo vestigio de su poder: los glifos tatuados que compartían sus dones con los mortales, sus inmemoriales y magníficas fortalezas. Sin embargo, nada puede sobrevivir sin la bendición de su presencia que alimenta la tierra y, por ello, algunos aún permanecen cautivos en las ciudades de los reyes que los traicionaron; en Anerhuin, los últimos vestigios de un continente antaño portentoso. Una ofensa imperdonable para los celestiales que todavía permanecen libres, padres, hermanos, exiliados más allá de las montañas, en los parajes donde se libró la Guerra de los Velos, donde nada crece y donde ni siquiera su poder puede revivirlos. El único lugar capaz de ocultar su presencia.

Parapetados tras el poder de un dios atormentado, que guarda un viejo agravio contra los celestiales y cuya oscuridad ya ha devorado la mayor parte de Faro Are, los reyes de Anerhuin, reyes de hombres, empiezan a advertir que las cuatro realidades de Aar se retuercen. Los velos se tensan. A veces incluso es posible entrever las sombras al otro lado. Los titanes enterrados que conforman las raíces del mundo se agitan más allá de una muerte ineludible, pero suspendida en el tiempo, y en los ojos de las Tejedoras, ahora guardianas de las puertas y sus umbrales secretos entre velos, reluce el miedo.

Y, en medio de este caos que se cierne, los celestiales aún luchan por liberar a los suyos, antes de enfrentarse a un dios, cuya titánica caída desgarró apenas el velo que envuelve el Bestiario, seiscientos Advenimientos atrás, atrayendo hasta los mortales horrores que los dioses nunca debieron alumbrar.

Capítulo 2

Prólogo

El prisionero estaba de rodillas en medio de la sala, circundado de mesas y encadenado al suelo. La reina pubescente en cuyo honor se celebraba el banquete, ensordecida por las voces y las risas, no apartaba la mirada de él. Aquel hombre rubio llevaba una singular mordaza en la boca que le impedía hablar y tampoco apartaba los ojos de ella. Aquella mirada la estaba poniendo nerviosa. La reina no había probado el jabalí de su plato ni el vino. Al notarlo, el temible anfitrión de su marido hizo un gesto y uno de los guardias abofeteó al prisionero. Lo golpeó varias veces hasta que este bajó el rostro. Ya no volvió a alzarlo. La ilustre invitada no comprendía por qué aquel hombre joven le prestaba tanta atención, no comprendía por qué estaba allí encadenado ni por qué lo golpeaban. Tampoco por qué lo sangraban cada mañana.

La estancia estaba casi desnuda, excepto por los amplios tapices que pendían de las paredes de piedra, y no era, ni a los ojos del más necio, la apropiada para un banquete. El suelo estaba cubierto de paja y no tenía ventanas de amplias vidrieras ni imponentes puertas dobles ni muebles torneados. En sus sólidos muros se abrían las elevadas aspilleras de un aposento fortificado y su puerta conducía a las armerías del castillo. No era una estancia luminosa y los tenues pliegues del velo aún alcanzaban a adivinarse apenas, en los rincones más penumbrosos, flotando como ondas de aire translúcido.

Una llave colgaba a la espalda de la reina, diminuta, de una de las enormes lanzas cruzadas que adornaban el muro principal. La única decoración dispuesta para el banquete junto con los tapices. Y la reina intuyó que aquella llave pertenecía a los grilletes del cautivo.

Entonces su esposo la invitó a levantarse. Cogiéndole una mano y alzándosela por encima de la cabeza, la hizo girar como si fuera una dorada peonza, envuelta en brocado y perlas, jaleada por las cadenciosas voces de los comensales. Orgulloso de su belleza, la dejó ir y ella danzó envuelta de brisa. Con cada giro veía al prisionero que casi sin levantar la cabeza también la contemplaba. Y, en su expresión, la reina descubrió algo que no comprendió, pero que la hizo llorar mientras seguía bailando como un torbellino.

Su canoso esposo la atajó en medio de la estancia. La cogió por la cintura y la inclinó como a una flor para hundir el rostro en su escote, pero cuando se irguió no la contemplaba a ella, sino al prisionero.

El hombre había intentado levantarse, aunque sus cadenas no se lo permitieron y los golpes que recibió lo derribaron de nuevo. La reina, en

brazos de su rey, presenciaba la escena con sus ojos de niña muy abiertos. En apenas dos días se había convertido en esposa, reina y amante, pero solo había visto culminar trece Advenimientos y no entendía nada. El mundo era grande y extraño. Los hombres que tiraban de sus hilos eran tan poderosos como crueles y durante su viaje de nupcias no había encontrado bondad en ningún lugar ni en ningún rostro. En realidad, hubiera querido que se la tragara la tierra, pero siguió dócilmente a su rey hasta la cabecera de la mesa y ya no volvió a mirar al cautivo.

Sin embargo, aquella noche, después de satisfacer a su esposo y dejarlo dormido en el lecho, la reina regresó a oscuras por los desiertos corredores a la estancia donde se había celebrado el banquete. Se detuvo sin aliento en el último cruce, antes de llegar, al descubrir desde las sombras a los dos guerreros armados que custodiaban la puerta bajo la luz de las antorchas.

Sin hacer ruido, retrocedió y salió por la balaustrada a las murallas exteriores, para tomar el aire, para pensar o, quizá, tan solo para no regresar a aquella cama que la aguardaba.

Alzó los ojos siguiendo los pliegues del velo que se elevaban más altos que el mismo firmamento hasta perderse de vista. A la claridad del día, el velo del Sagrario apenas se percibía, pero de noche su presencia flameaba en imponentes oleadas, aunque tan leves como si en realidad no estuvieran allí. Decenas de lunas blancas y doradas lo adornaban como perlas esparcidas por una mano generosa y uno no hubiera podido asegurar si eran tantas o solo la misma, que se reflejaba una y otra vez entre aquellas ondas de cristal líquido que las hacían temblar. Bajo aquella noche tan clara, se giró para contemplar el muro externo de la sala y se fijó en las aspilleras, tan estrechas que ningún hombre podría haberlas atravesado. Sin embargo, su cuerpo era aún el de una niña, se dijo. Una niña que había trepado a menudo por los recintos amurallados de Nydgaal hasta alturas vertiginosas, con tal de huir de los golpes de su rey. Tan escurridiza y rápida como una lagartija. Y ese sobrenombre le habían dado. Contempló las angostas hendiduras, insegura. Quizá ni tan siquiera ella pasaría, pero a pesar de decirse eso en voz baja, dejó caer el manto de suave lana a sus pies, entregándose a la fría noche, a su único deseo, como hacía a menudo, sin pensar en nada más. A aquel fuego que rebullía en su interior y que a duras penas conseguía controlar cuando se ofuscaba con una idea. Una obcecación que despreciaba cualquier consideración o consecuencia y que le había valido más de una paliza Advenimientos atrás. Pero era la única forma de sentirse libre que conocía y, así, que fuera lo que los velos ocultaran.

Empezó a trepar.

El hombre rubio se incorporó al oír el roce que se colaba por la aspillera, cuando la menuda intrusa asomaba la cabeza y después se esforzaba por

pasar los hombros. Finalmente, la reina se agarró a uno de los tapices y se descolgó hasta el suelo. Una larga vela ardía aún en uno de los candelabros, pero no la tomó para avanzar entre las sombras de la estancia. Veía en la oscuridad desde que tenía memoria.

Se acercó al muro con el fino camisón ondeando a cada paso y cogió la llave que pendía de la lanza. Luego se dirigió al centro de la sala y se arrodilló junto al cautivo para abrirle los grilletes con ella, pero aquella llave tan pequeña no era para las cadenas. El prisionero hizo un gesto negativo y le señaló la mordaza. La reina se la quitó.

—¿Por qué has venido? —le preguntó él en voz baja y presurosa.

Pero la muchacha estaba absorta, contemplándolo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó como si no le hubiera oído.

—Férenwir. —Él dudó un segundo—. ¿Y tú?

—Briseyd.

—Ese nombre no te pertenece —dijo él—. Es un disfraz. Velos, lo he sabido en cuanto te he visto.

—¿El qué?

—Quién eres. Eres como yo. Ellos no me lo han dicho, pero sabían que yo lo presentaría. —Un rictus de rabia cruzó el rostro del hombre—. Lo han hecho solo para hacer daño. Como todo lo que hacen.

La delicada reina no le comprendía. Permanecía silenciosa, como hechizada por su sola presencia. Férenwir le devolvió la mirada, pensativo. Parecía dudoso entre hablar o callarse.

—Eres tan joven... —murmuró él al fin—. ¿Cómo ha podido Caens caer tan bajo?

—Solo se ha casado conmigo —suspiró Briseyd con melancolía, intentando asimilar ella misma lo que aquello significaba.

—No solo se ha casado contigo. No debes confiar nunca en él ni debes perdonarle. —Aquellas palabras sonaron llenas de amargura—. A partir de ahora debes ser muy cuidadosa, Briseyd.

—Eso ya lo sé —le aseguró ella apartando la mirada con una súbita rigidez.

Aunque quizá ya no volviera a tener la oportunidad de hablar con ella, Férenwir había decidido no revelárselo todo. Era aún demasiado joven. El mohín decidido que se adivinaba en sus labios casi infantiles revelaba un carácter demasiado ardiente y temía lo que pudiera ocurrirle. Pero, al menos, había una cosa que ella debía saber.

—Briseyd, eres una celestial. Como yo lo soy.

Claro que la reina había oído cuentos sobre ellos. Seres mitad humanos, mitad dioses, barridos de aquellas tierras por una guerra pavorosa. Se irguió, sorprendida, sin palabras. Y, sin embargo, de alguna manera sabía que era cierto. Deseaba acurrucarse entre los brazos de Férenwir y dormirse allí. Olvidarse de todo. Presentía lo que los unía y no podía explicar.

Entonces él alzó la mano, como si fuera a rozarle el cuello, con una expresión tan sombría que apagó toda luz en aquel rostro tan hermoso. Bryseid sabía lo que estaba intentando tocar, lo mismo que sus propios dedos nunca habían conseguido alcanzar desde que tenía memoria: la sencilla correa de cuero que le ceñía la garganta. Y en ese instante advirtió que Férenwir llevaba una igual.

Las voces de los guardias se escucharon a través de la puerta y Férenwir retiró la mano de pronto.

—¡Debes irte! —siseó—. ¡No deben encontrarte aquí! No han de saber que te he dicho quién eres en realidad. Ponme la mordaza. Todo tiene que estar igual que cuando llegaste.

Se oyó un rumor tras la madera, como si alguien se apoyara sobre ella, y Briseyd se quedó sin aliento. En seguida, se apresuró a colocarle la mordaza de oro y cuero al prisionero y al inclinarse para cerrar el candado en su nuca sintió su respiración como un soplo de brisa en la piel. Se estremeció. Era como si aquel leve roce borrara de golpe todas y cada una de las asquerosas caricias de su rey. Al recordarlo, se dejó caer contra aquel cuerpo tan cálido y cerró los ojos, buscando una protección que sabía imposible. Pero se irguió pronto y le ajustó la mordaza, temerosa de la reacción del hombre. Férenwir la miraba. Sonrió con tristeza, pero Briseyd no pudo advertirlo, porque aquella suave sonrisa quedó atrapada bajo la mordaza que le acababa de poner.

Sonrojada y con los ojos bajos Briseyd aún mantenía sus manos sobre los hombros de Férenwir. Él comprendía muy bien cómo se sentía. Intentó hablar, pero ya llevaba aquel dichoso artilugio. Así que apoyó la frente en el hombro de Briseyd. Ella hundió el rostro en aquellos cabellos tan rubios y sus quedos sollozos apenas rompieron la pesada quietud de la estancia. Férenwir no sabía cómo consolarla y la abrazó con fuerza a pesar de las cadenas. Entonces oyeron un manajo de llaves tintinear al otro lado de la

puerta. Haciendo un esfuerzo, Briseyd se deshizo de los brazos del cautivo y se levantó. Corrió a colgar la pequeña llave de la lanza y, al pasar junto al candelabro, apagó la única vela encendida con un gesto de su mano. Se giró un instante antes de aferrarse al tapiz y le pareció que los ojos de Férenwir, clavados en ella, brillaban como dos luciérnagas azules en la profunda oscuridad. De inmediato, trepó hasta la aspillera y, antes de atravesarla, le dirigió una última mirada al cautivo desde las sombras que ocultaban el techo. Aún tenía las mejillas húmedas.

Férenwir apartó los ojos de ella, justo cuando se abría la puerta.

Capítulo 3

1. La reina desvalida

El banquete con que la agasajaban ahora le recordaba a aquel otro, casi borrado por el paso de cuatro Advenimientos, cuando había visto a Férenwir por primera y última vez. Un recuerdo que nunca la había abandonado.

El gran salón estaba profusamente iluminado con cientos de velas, de forma que los mortales pudieran olvidarse por una noche de la eterna presencia del velo que los rodeaba. Briseyd paseó una mirada ausente por la abarrotada mesa, estudiando a los presentes. No era un secreto que el rey Nérdegar de Ofraëm retenía a dos celestiales en sus tierras, pero tampoco parecía muy sensato esperar que estuvieran invitados a un banquete real. Todos en la corte hablaban de ello, pero la verdad es que, por lo que había conseguido averiguar aquellos dos días, nadie los había visto ni se sabía quiénes eran ni en que parte del reino los ocultaban. Se sintió desalentada. El resto de su estancia en la fortaleza de Ifrost la pasaría escoltada por Giandhel y sus silenciosas damas de compañía y, por alguna razón inverosímil, cada vez que recordaba a aquella delicada joven se le ponía la piel de gallina.

A su alrededor los hombres gritaban pidiendo toneles de cerveza y los criados cargaban con pesadas bandejas de guisos humeantes. El ambiente era pegajoso, cargado de olor a carne de cerdo y a cera quemada y los gruñidos apagados de los perros se escuchaban bajo las largas mesas, mientras se disputaban los huesos que les arrojaban los comensales. Briseyd ignoraba con desenvoltura las miradas lascivas de los hombres deslizando de su rostro hasta el nacimiento de sus pechos. Adivinaba que aquellas miradas le provocaban una insana satisfacción a su marido. Se concentró en su plato de estofado, mientras a su lado Caens y Nérdegar trataban asuntos del gobierno de sus tierras. Quizá por eso la había llevado con él aquella noche al banquete. No había ninguna otra mujer en el salón, pensó. Al levantar la mirada para tomar su copa, tropezó con unos ojos cristalinos que la observaban desde el fondo de la larga estancia. El joven, que se hallaba sentado sobre el pavimento verde y dorado, de intrincadas hojas grabadas, en uno de los rincones más alejados, enrojeció al verse descubierto y apartó la mirada. Briseyd dejó la copa sobre la mesa y lo contempló con interés. Iba ataviado con ropajes suntuosos, pero sucios y desgarrados y que, era evidente, no le habían pertenecido antes de alcanzar aquel estado depauperado. Se abrazaba las largas piernas y descansaba la cabeza sobre las rodillas dobladas, con los ojos cerrados, como si pudiera olvidarse de donde se encontraba sólo por el hecho de no mirar el bullicioso salón. Aquel joven parecía fuera de lugar

en aquel banquete.

—Veo que habeis descubierto a mi bufón —le dijo Nérdegar interrumpiendo su conversación con Caens.

Al escucharle, su esposo se giró hacia ella.

—¿Tenéis bufón? —se asombró la joven. No era una costumbre muy extendida.

Nérdegar le sonrió.

—Digamos que al menos lo intento. —Desvió los ojos hacia el joven y Briseyd advirtió un brillo acerado en sus iris que habitualmente eran como la niebla gris.

—Nunca he conocido a ninguno. ¿Me permitís que hable con él?

Los dos reyes intercambiaron una rápida mirada.

—A mí no me importa —le respondió Nérdegar con gentileza—, pero es a vuestro esposo a quien debéis pedirle permiso.

Briseyd solo había visto culminar diecisiete Advenimientos y, cuando se lo proponía y le convenía, aún podía rescatar a la niña que nunca había sido. Tomó la mano de su esposo.

—Por favor... —suplicó en tono meloso.

Pero aquella mano permaneció como muerta en la suya y le sorprendió la mala disposición de su rey.

—¿Por qué te interesa tanto hablar con él, dama mía? —le preguntó Caens con una dureza que se colaba apenas entre aquellas atentas palabras.

—Me aburro —suspiró la muchacha sin faltar demasiado a la verdad.

Apartó el plato de guiso y tomó un trozo de torta de miel y nueces. Entonces oyó la suave risa de Nérdegar, a espaldas de su esposo.

—Lo siento. No quería ser descortés ni menospreciar vuestra hospitalidad —dijo Briseyd volviéndose hacia su anfitrión y enrojando de pronto.

—No os disculpéis, señora. Es cierto que este es un festín de hombres. Me temo que no he sido demasiado considerado con vos. Por favor, Caens, permite a tu deliciosa esposa levantarse de la mesa y acercarse al bufón. Así repararé en parte mi falta de previsión para proporcionarle

diversiones.

A pesar del tono irónico de Nérdegar, Briseyd presintió algo más en sus palabras y recordó que, una vez, había oído de boca de su esposo que el rey de Ofræem nunca hacía nada sin un buen motivo. O más de uno en realidad.

—Está bien. Ve —accedió al fin Caens de Nydgaal.

El joven había levantado la cabeza. No alcanzaba a oírles debido a la algarabía que reinaba en la estancia, pero había advertido sus miradas y presentía que hablaban sobre él. Los contemplaba expectante. Al advertir que la joven reina se dirigía al lugar donde se encontraba se quedó rígido, desagradablemente sorprendido. Briseyd comprendió que lo que más deseaba en este mundo era pasar desapercibido tanto tiempo como le fuera posible. Parecía de su misma edad, quizá uno o dos Advenimientos mayor que ella. Mostraba un aspecto cansado y, sin embargo, bajo los restos de pinturas de colores y los moratones, tenía un rostro precioso. Briseyd nunca había visto a nadie tan rubio y de ojos tan azules.

Se acuclilló frente al bufón y sonrió, intentando tranquilizarle.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, una vez que hubo tragado el bocado que le había dado a la torta.

El joven la miraba a los ojos, como si estuviera petrificado, y no le respondió.

—¿Es que no tienes lengua, estúpido? —le gritó uno de los capitanes que estaban más cerca—. ¿Voy a tener que levantarme para sacarte las palabras a golpes?

—No lo sé —le respondió el joven a Briseyd de inmediato.

—¿Cómo que no lo sabes? —les llegó la voz de Nérdegar desde la mesa—. Di la verdad, muchacho.

Varios soldados celebraron por adelantado la respuesta con broncas risas.

—Mi nombre es bufón —respondió el joven, como si aquella palabra le dejara un regusto amargo.

—Pero bufón no es un nombre —le replicó la reina, que empezaba a sentir una extraña opresión en el pecho.

El joven se encogió de hombros, con desgana. Apartó la mirada con la esperanza de que aquello diera la conversación por concluida, pero

Briseyd ignoró aquel gesto.

—¿Cuántos Advenimientos has visto?

—No lo sé —le respondió él, remarcando cada sílaba.

—¿Cómo se llamaban tus padres? ¿Quiénes eran?

—No.lo.sé —repitió el bufón aún con más énfasis y sin mirarla.

Se mordió los labios. Briseyd, al verlo, intuyó que en aquel momento el joven la hubiera pateado de haber podido, pero, a pesar de eso, no consiguió detenerse.

—¿Tampoco tienes hermanos? —le preguntó.

El joven se tragó la apagada maldición que le bailaba en los labios y sólo sacudió la cabeza. Briseyd hizo una mueca y se quedó sin saber que más decir. Sus cálidos ojos castaños recorrieron los miembros largos y flexibles del bufón. Aun sentado, Briseyd se dio cuenta de que era muy alto.

—¿No eres demasiado grande para ser un bufón? —preguntó, como siempre sin pensarlo demasiado.

El joven se volvió en un impulso.

—¿Y vos no sois demasiado joven para ser reina? —le replicó con aspereza.

Briseyd se estremeció inesperadamente. Caens le había pegado durante toda su niñez y aún no había visto culminar trece Advenimientos cuando, recién descubierto su primer sangrado, la desposó y la hizo suya.

En la mesa principal, Nérdegar hizo un gesto y uno de los guardias se acercó al bufón. Lo abofeteó con extremada rudeza, para desmayo de Briseyd.

—¿Es qué no te he enseñado cómo se le debe hablar a una dama? —le dijo el rey.

El joven había encajado los dos bofetones como si estuviera acostumbrado.

—Os pido disculpas si os he ofendido, mi señora —murmuró con los ojos clavados en el suelo.

—No me has ofendido —respondió Briseyd después de tragar saliva para

poder hablar.

Se resistía a irse. A pesar de saber que empeoraba la situación del bufón con cada momento que permanecía junto a él. Recordó el trozo de torta de miel y nueces que llevaba en la mano. Estaba mordida, pero había advertido como el joven la había mirado un par de veces. Se la alargó.

—Para ti. Cógela.

El bufón levantó la cabeza en un gesto sorprendido. Las marcas rojas de la mano del guardia le resaltaban en ambas mejillas. Si estuviera un poco más aseado, sería majestuoso, pensó Briseyd. Le recordaba a Férenwir y le sonrió de nuevo. El joven parecía indeciso. Recorrió pensativamente la abarrotada estancia con los ojos. Todo el mundo le miraba, pero el hambre pudo más que la prudencia y tomó la torta. Se abrió la túnica roja y negra y se guardó la torta entre los mugrientos pliegues de seda.

—No soy digno de tanta atención, señora —le dijo con inquietud, mirando más allá de Briseyd, donde se sentaban los dos reyes.

Sus ojos volvieron a fijarse en ella, con una reserva no exenta de extrañeza. De la misma manera que la había estado contemplando como embrujado desde el inicio del banquete, antes de que la joven reina advirtiera su presencia. El peso de la torta le había abierto la pechera de la túnica y la reina vio, con el estómago revuelto, un largo rasguño que le subía hasta la clavícula. Y al final de aquella herida, Briseyd descubrió que el joven llevaba alrededor del cuello una tira de cuero, como ella. Desde que tenía memoria Briseyd recordaba llevarla puesta. También la había visto en la garganta de Férenwir. Eran iguales. La del joven llevaba un cierre de oro. Un adorno demasiado ostentoso para un bufón, por muchas habilidades que este pudiera llegar a poseer, y precisamente aquel joven no parecía poseer ninguna en absoluto para el ejercicio de su cometido. Su respiración se aceleró. Tenía que ser el más joven de los dos celestiales que Nérdegar tenía en su reino. Lo miró con fijeza y se acarició con el índice el lugar donde suponía que el cuero rodeaba su cuello. En realidad, no podía tocarlo. Aunque podía verlo, era como si no existiera para ella. Después de un momento, el bufón se dio cuenta de que aquella cinta de cuero era igual a la suya, pero su expresión no cambió. En lugar de eso le señaló el salón con un gesto mudo y apremiante. Sin volverse, la reina advirtió que ya nadie hablaba.

—Tienes un nombre —le susurró al bufón en un suspiro, mientras se inclinaba sobre él al incorporarse—. Tus padres te llamaron Arjesen.

El joven frunció el ceño, sin comprender lo que le decía, pero enseguida lo olvidó, cuando el dulce aliento de la reina le acarició la piel como un súbito

ramalazo de fuego que le erizó el vello por todo el cuerpo.

Briseyd se volvió hacia la mesa de honor del salón. Un vago nerviosismo vibraba en el aire y tanto Caens como Nérdegar la observaban en silencio.

—Deberíamos tener un bufón en Nydgaal —le dijo a su rey, con la mayor inocencia que pudo aparentar—. Pero debería ser mejor que este. Por los golpes que lleva encima no me parece que sea muy ingenioso.

Aquella observación hizo reír a Nérdegar una vez más, pero Briseyd empezaba a darse cuenta de que, tras sus carcajadas, sus ojos mantenían siempre la misma expresión fría. En cuanto a Caens, no había cambiado su semblante adusto.

—En efecto, es un desastre. ¿Os gustaría verle actuar, mi señora? —le ofreció Nérdegar.

Al instante Briseyd se arrepintió de lo que había dicho. No quería hacer nada más que pusiera en un aprieto al joven bufón. Le dedicó una encantadora sonrisa al rey de Ofräem.

—Si es tan aburrido como su conversación, no es una propuesta que me resulte muy tentadora, señor. No sabe nada, no recuerda nada. Parece un recién nacido.

Un coro de risas escandalosas acompañó sus palabras.

Nérdegar le dedicó una gentil inclinación, aunque la obsequió con otra de aquellas miradas que parecían atravesarla. Sin embargo, parecía dispuesto a olvidar aquella astracanada, hasta que su señor esposo intervino en la conversación.

—Yo sí quiero ver qué trucos le has enseñado, Nérdegar —dijo sin dejar de mirar a Briseyd.

La joven sintió que el corazón le subía hasta la garganta.

—Tampoco creas que he conseguido gran cosa—le respondió Nérdegar con un suspiro.

Esperaron hasta que ella hubo tomado asiento.

—Señora, creo que no habéis tomado postre —se interesó el rey de Ofräem solícito.

Por un momento la joven tuvo la esperanza de que el tema del bufón

hubiera quedado olvidado.

—He cogido un pedazo de torta.

—Sí, pero en realidad se lo habéis dado al bufón. ¿No es cierto?

Briseyd empezó a temer lo que iba a resultar de aquella conversación, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Pues me temo que tendrá que corresponder a vuestra amabilidad. No voy a permitir que os levantéis de esta mesa sin postre.

Capítulo 4

Al escuchar las palabras del rey, los presentes estallaron en risas y empezaron a golpear la mesa con las jarras.

Con aquel alboroto la expresión del bufón se tensó. El rey les hizo un gesto a los pajes y estos abandonaron el salón a todo correr. Regresaron al punto con un montón de palos de madera oscura que fueron dejando junto a cada uno de los comensales.

— Bufón —exclamó Nérdegar.

Cuando el rey lo llamó, el joven se levantó como si lo hubiera estado esperando. Allí de pie, a Briseyd le recordó a algún extraño animal, por la facilidad con que se movía. Al mismo tiempo, un arquero entró en la estancia con un arco corto de tejo y un carcaj repleto de flechas de formas que la reina nunca había visto antes. Las puertas se cerraron tras el arquero y, al verlo, Briseyd se temió lo peor y palideció.

El bufón se detuvo al pie del estrado que sostenía la mesa principal, frente al rey.

—El rey Caens quiere ver lo que sabes hacer, aunque me temo que no es mucho. Quizá lo que mejor se te da es el juego del postre. ¿No crees?
—Sin esperar respuesta, Nérdegar se volvió a sus invitados de honor—. Se lo llama así porque se juega sobre la mesa del banquete, cuando la comida ya ha finalizado. Y el postre que servimos, evidentemente, es el bufón. La finalidad del juego es que el bufón se suba a la mesa y la recorra empezando desde un extremo y terminando en el opuesto.

—¿Cómo se juega? —preguntó Caens, mientras cogía la larga porra de madera que habían dejado a su lado.

—Que el bufón os explique las reglas. Estoy seguro de que él las recuerda mejor que nadie —dijo Nérdegar girándose hacia el joven con una sonrisa irónica.

De todos los juegos ideados por Nérdegar en su honor aquél había sido el primero y era también el que el bufón más detestaba. Le obligaron a probarlo cuando aún no era consciente de lo mucho que había cambiado su situación en la corte. Al principio pensó que se trataba de una broma, pero aquel día tuvo que arrastrarse como un gusano para poder terminar, dejando a su paso un rastro de sangre por toda la mesa. Fue la última vez que sollozó como un niño.

Le dedicó una leve reverencia al rey Caens.

—La porra que tenéis en la mano es para golpearme mientras recorro la mesa —le explicó sin vacilar, siguiendo obedientemente la orden de Nérdegar y con una sangre fría que a Briseyd se le antojaba increíble. Aunque quizá la extrema palidez de su rostro contradecía en parte esto último—. Sólo podéis hacerlo dos veces cuando estoy avanzando, pero si me detengo, retrocedo o caigo sobre la mesa podéis golpearme cuantas veces os guste. Pero no podéis tocarme ni intentar agarrarme con las manos en ningún caso. Tampoco podéis subiros a la mesa. Yo por mi parte no puedo devolver ningún golpe —. Parecía repetir una lección bien aprendida y miró a su rey, pero enseguida se volvió de nuevo hacia Caens. A Briseyd no la había mirado ni una vez y el rey de Ofraëm no dejó de advertirlo, con cierta diversión—. Tampoco puedo correr ni abandonar la mesa hasta llegar al final. Si lo hago —la voz le tembló apenas—, el arquero me dispara hasta que consigo encaramarme de nuevo. Aunque podéis intentar impedírmelo, si os place.

—¿Es que pensáis ofrecerme un bufón muerto como postre? —se escandalizó Briseyd.

—Mi señora, os aseguro que el arquero nunca dispara a matar. —Nérdegar tomó una de las flechas emplumadas de rojo del carcaj del arquero y jugó distraídamente con las plumas—. Además, para el bufón utilizamos flechas de espina. Difícilmente mortales, aunque no es posible sacarlas por donde han entrado y dejan unas heridas horribles. Sin embargo, eso le da mayor interés al juego, ¿no os parece? —Entonces se volvió al bufón, al tiempo que le devolvía la flecha al arquero—. ¿No queda nada más por decir? ¿Cómo puedes olvidar las reglas de un juego creado con tanto esmero solo para ti?

Por un momento el bufón no pudo dominarse y le dirigió una mirada venenosa al rey. Briseyd se preguntó qué impulsaba a Nérdegar a humillarlo de aquella manera.

—¿Quizá que sería de agradecer por mi parte romper los menos platos y copas posibles cuando avanzo sobre la mesa, mi señor? —le preguntó con sarcasmo.

El rey se rio.

—No, no es eso. Aunque podríamos incluirlo la próxima vez. La vajilla es excelente. —Se volvió a Caens—. El bufón ha olvidado señalar que las zancadillas con el bastón también están permitidas. Tantas como os apetezcan.

—Un error imperdonable por mi parte —dijo el bufón dirigiéndole una

inclinación de disculpa a Caens.

Su voz tenía un deje caústico, ahora que toda esperanza de pasar desapercibido se había desvanecido. Briseyd entendió por fin por qué había tanta gente aquella noche en el banquete. La larguísima mesa en forma de U estaba repleta de nobles, guerreros de rango y cortesanos. Se daban codo con codo y se dio cuenta de repente de que aquel juego había estado previsto desde el principio.

—No pienso quedarme para ser testigo de esta barbaridad —jadeó y se levantó.

Su marido la cogió de la mano. Se la estrujó con tanta fuerza que las falanges le crujieron y la joven reina sintió que se le saltaban las lágrimas.

—No podemos desairar de esta forma a nuestros anfitriones, mi reina.

Al bufón no se le escapó el férreo apretón de aquel puño. Levantó la cabeza hacia Briseyd.

—Tranquilizaos, señora. No es la primera vez que juego. Ni será la última —le dijo mirándola por fin.

Briseyd se sentó

—De acuerdo —le concedió con la voz ahogada por el dolor.

—Empieza ya —le dijo Nérdegar a su bufón.

Su voz era sedosa, como el cordel de seda que puede ahorcarte poco a poco, sin piedad.

El bufón respiró hondo y después se dirigió a uno de los extremos de la mesa. Desde el principio había temido que lo llamarían para jugar al postre. Demasiada gente en el salón y las mesas juntas, como siempre que lo obligaban a recorrerlas. Sin embargo, al ver a la reina de Nydgaal presidiendo el banquete se había sentido aliviado. Creía que no se atreverían a practicar una diversión tan brutal con una mujer tan joven y de alta alcurnia presente. Aun ahora ese hecho lo sorprendía.

Se detuvo frente al inicio de la mesa. Algunos de los comensales ya se habían puesto en pie. Por un momento sintió náuseas. Odiaba aquel juego con toda su alma. Nérdegar lo sabía y por eso lo había elegido. Los dos bastonazos permitidos se convertían en cuatro o cinco o seis. Las zancadillas se transformaban en golpes a sus piernas y más de una vez lo hacían caer agarrándolo por los tobillos. Las reglas eran muy elásticas, pero sólo en un sentido. Él había aprendido de mala manera que no podía

saltarse ni una sola de las suyas. Intentó sacarse de la cabeza a la joven reina, a la que evitaba mirar en todo momento, y concentrarse tan solo en los bastones de madera.

No podía detener lo que estaba a punto de pasar, así que subió a la mesa de un salto.

En cuanto cayó sobre ella empezó a recibir golpes. Apenas había dado seis pasos y ya le ardían los muslos y las costillas. En medio de la confusión, intentaba no tropezar y evitar a los que se empeñaban en acertarle en la entrepierna. Alguien lo empujó con el extremo del bastón hacia el borde de la mesa y recuperó el equilibrio por muy poco. Eludiendo dos bastonazos más, volvió al centro del corredor que formaban los comensales. Lo que más temía, aún más que caer sobre la mesa, era que lo sacarán de ella y lo dejaran a merced del arquero. Recibió un golpe en el estómago y cayó sobre una mano y una rodilla, rompiendo un plato. Los cantos se le clavaron en la piel. Comenzaba a tener el cuerpo dolorido.

—Lo están golpeando más de dos veces —le recriminó Briseyd a su anfitrión sin poderse contener.

—¿Estáis segura? Es difícil llevar la cuenta —respondió Nérdegar con evidente desinterés.

—Es demasiado rápido... —murmuró Caens, casi con un deje de temor en la voz.

Era cierto. Briseyd también lo había advertido. El bufón se movía con la fluidez de una anguila y parecía presentir los golpes aún antes de que los hombres que lo rodeaban los hubieran iniciado. Había algo de irreal en aquel fascinante despliegue de destreza. Briseyd observó el rostro fuertemente concentrado del joven. Adivinó que el único que ignoraba lo extraordinario que era verle en aquellos momentos sobre la mesa, era él mismo.

—Sí. Es un hermoso espectáculo, ¿verdad? —asintió Nérdegar, por una vez con cierto calor en la voz.

Unos pasos más adelante, el bufón reconoció a Wriem, con quien había jugado de niño. Ahora era uno de los capitanes de Nérdegar. Desvió su atención hacia el palo que intentaba tumbarlo y apartó la pierna, girándose al mismo tiempo y saltando hacia delante. Aterrizó con sorprendente acierto entre las jarras y las bandejas, inclinado para evitar un golpe en la cabeza. Cuando pasó cerca de Wriem, el barbudo capitán que se hallaba a su lado intentó hacerlo tropezar, pero Wriem interpuso su palo, como por accidente, y desvió el golpe. El bufón se zafó, pero hubiera preferido que Wriem no lo hubiera ayudado. Nada escapaba a los ojos de

Nérdegar.

Casi había llegado al final del brazo izquierdo de la mesa. Entonces alguien se levantó. Ni siquiera empuñaba una porra y el bufón pensó que el hombre debía de estar borracho, cuando lo agarró por la cintura y lo arrastró hacia atrás. Era fuerte. El bufón trastabilló y, como retrocedía, le cayó encima una lluvia de golpes. Se protegió como pudo, mientras el capitán corpulento, de rostro enrojecido, volvía a hacerlo retroceder. La vajilla se rompía a su paso. De buena gana le hubiera aplastado la nariz a aquel bastardo de una patada. Le habían alcanzado en la cara y sentía que la sangre le corría por la mejilla. El joven se giró bruscamente y consiguió soltarse. Desafortunadamente, se encontró con varias manos que lo empujaron de nuevo hacia aquel bruto. Por lo visto a los demás les divertía aquella pantomima, pero, con un quiebro increíble, el joven se lanzó hacia delante, dio una voltereta y quedó sobre una rodilla. Las astillas de porcelana se le habían clavado por todas partes. Se puso en pie de un salto, al mismo tiempo que retrocedía para evitar un golpe, pero otro bastón le dio en los tobillos desde atrás y perdió el equilibrio. Aunque consiguió no caer, varias manos tiraron de él para evitar que recuperara pie. No era justo, pero sabía que sería inútil quejarse. Cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra una jarra. Por un instante, quedó aturdido. Entonces, el bruto que lo había cogido antes lo asió por el cabello y lo arrastró hacia él sobre la vajilla quebrada. Subió a la mesa, colocándole una mano en la garganta, mientras con la otra lo aferraba por los genitales. El joven se dio cuenta de que no estaba borracho en absoluto. Ya nadie blandía sus bastones y el bufón se quedó rígido, porque el juego ya no seguía ninguna regla conocida para él.

—Eres una preciosidad. Quizá yo podría encontrar alguna otra ocupación para ti.

Aquello no lo esperaba. Algunas veces lo habían llamado muchachita, cara bonita y cosas parecidas, pero nunca antes se lo habían dicho de esa manera. Enrojeció. Empujó al capitán fuera de la mesa y, cuando el hombre barbudo se levantaba del suelo, tendido como estaba le plantó una patada en plena cara, con tanta fuerza, que lo mandó al suelo de nuevo. El bufón se puso en pie enseguida, dándose cuenta de que los acontecimientos se precipitaban. Los comensales estaban tan sorprendidos como él mismo y un silencio inesperado se había adueñado del salón. El corpulento capitán se puso en pie secándose la boca y el joven se dio cuenta de que le había partido el labio.

—Esto te va a costar caro —gruñó el hombre con furia.

El bufón sabía que de nada le valdría correr. Las puertas del salón estaban cerradas y nadie iba a ayudarlo. El arquero seguía junto a Nérdegar con el arco tenso, apuntando hacia él. El joven no se atrevió a abandonar la mesa sin un gesto explícito del rey. Le dirigió una mirada acorralada

esperando su intervención, pero Nérdegar lo contemplaba con aire enigmático. Se encontró con los ojos de Briseyd, los únicos que parecían verle como si fuera algo más que un trozo de carne servida sobre aquella mesa para diversión de los presentes. La reina hacía un esfuerzo sobrehumano por no llorar. Todavía tenía su mano entre las de su esposo, con los dedos crispados, y no podía ocultar el espanto y el asco que sentía. El bufón se giró, al darse cuenta de que el capitán apartaba las sillas vacías que tenía delante y se subía a la mesa, decidido a cobrarse su herida. Nadie hizo nada para impedirlo. El bufón retrocedió, sin aliento, sorteando las manos que se tendían hacia él, hasta que el capitán lo embistió y lo hizo caer. Lo retuvo contra la mesa, con tanta fuerza, que le cortó la respiración, y un cuchillo centelleó ante sus ojos. Justo entonces una ráfaga ardiente atravesó el salón. Los presentes sintieron un roce de fuego sobre la piel y, al mismo tiempo, se escuchó un grito. El capitán sacudió su mano y el cuchillo que sostenía cayó sobre la mesa, rojo como una brasa. También resonó un chasquido y, cuando el joven bufón levantó la mirada, la punta de una flecha surgía del cuello del hombre que lo tenía sujeto.

Y no era una flecha de espina.

La sangre le cayó sobre la cara, mientras el rostro enrojecido del capitán lo observaba en un gesto helado de incredulidad. La súbita oleada de calor se había desvanecido, cuando el cuerpo se desplomó sobre su pecho.

Capítulo 5

El silencio era como un cristal a punto de quebrarse. Caens recorrió con una mirada acerada el abarrotado salón.

—Tienes un marcado por el fuego... —se escuchó por fin su voz desde la elevada mesa principal.

El cuchillo al rojo vivo se enfriaba ante los sobrecogidos ojos de los presentes, entre la vajilla quebrada. Junto a Nérdegar, el arquero apoyó el arco en el suelo.

—Son útiles —le respondió Nérdegar.

Pero a Caens de Nydgaal le repugnaba todo aquello que se apartara de lo meramente humano. No tenía ningún marcado en su corte ni los buscaba.

—Si puedes domarlos... —respondió con desdén.

—No es un problema, si están "lavados" —. Su anfitrión se dirigió entonces a uno de los presentes—. Puedes marcharte.

Un hombre se levantó y, aunque cualquiera podía verlo con claridad, su cara, al instante de haber apartado los ojos de ella, se convertía en un borrón en la mente de aquellos con los que se cruzaba, imposible de recordar. Caens advirtió aquel singular fenómeno y lo reconoció de inmediato. Una maldición que impedía forjar lazos con ningún otro mortal.

Aquel marcado de fuego había sido lavado por un marcado de agua, desprovisto de todo recuerdo, como era costumbre en los mercados cuando se mostraban reacios a abandonar sus vidas para servir a grandes señores. Aunque, en aquel caso, había sido lavado con tanto esmero que además no podía relacionarse con ninguna otra persona, excepto con su señor.

Caens se preguntó si el rey de Ofraëm poseía su propio marcado por el agua para tales menesteres, y otros incluso aún más detestables, teniendo en cuenta cuáles eran sus habilidades más apreciadas.

Al verle, Nérdegar sonrió apenas, pero entonces vislumbró a Briseyd tras su esposo y su expresión se enfrió.

—No me juzgues erróneamente, Caens. No he hecho venir a mi marcado para hacer ostentación. —Nérdegar dirigió su atención a la mesa donde Arjesen, después de haberse desembarazado del cadáver que tenía

encima, se secaba ahora la sangre de la cara—. Pero, como he dicho, es útil para evitar incidentes desafortunados.

El rey de Ofraëm se levantó y descendió del estrado.

—Os he dicho cientos de veces que podéis golpearlo tanto como queráis, pero jamás matarlo ni hacerlo sangrar —. El silencio en la sala era impresionante—. Traedlo —ordenó, mirando al bufón.

El joven contuvo el aliento. Sabía muy bien lo que le esperaba.

Durante aquella breve conversación Briseyd había rogado para que, de alguna manera, la distracción de los marcados diera por finalizado el tormento del bufón. Instintivamente comprendió que no sería así y se agarró con fuerza a la mano de su esposo. Se sentía perdida y, a pesar de los golpes que había recibido de aquella mano en el pasado, no conocía ninguna otra cosa a la que agarrarse. La gélida voz de Nérdegar empezaba a darle pavor. Se preguntó por qué aquel rey tan cuidadoso había tardado tanto en intervenir. ¿Por qué había esperado hasta que se había hecho imprescindible matar a su capitán? Si es que realmente había sido necesario matarlo, reflexionó de repente. De hecho, ya había soltado el cuchillo candente cuando el arquero le disparó. Y recordó una vez más lo que Caens le había dicho sobre el rey de Ofraëm. Nunca había nada innecesariamente. Si matar a aquel hombre no había sido innecesario, ¿qué finalidad tenía su muerte? Empezaba descubrir que aquel banquete no era lo que aparentaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Caens y le apretó la mano hasta hacerle daño, pero en esa ocasión aquel dolor la calmó un poco.

—No entiendo lo que ocurre —murmuró ella.

De un tirón dos hombres bajaron al bufón de la mesa y lo llevaron ante el rey cogiéndolo por los brazos. El joven no se resistió. Nérdegar desenvainó la espada. Por un momento Briseyd temió que él mismo lo mataría.

—Colocad la mesa —dijo el rey.

Uno de los capitanes despejó una mesa con su espada y la vajilla cayó al suelo con estrépito, haciéndose añicos. Dos guardias la levantaron por un extremo y la empujaron hasta dejarla apoyada de pie, con las patas contra el muro. Briseyd tuvo la desagradable sensación de que no era la primera vez que lo hacían. El joven fue colocado contra la mesa, de espaldas al rey. Dos soldados ataron las manos del cautivo a las patas que se apoyaban en el muro, para mantenerlo inmóvil, apretando tan fuerte que el joven ahogó un gemido. Era evidente que culpaban al bufón de la muerte de su compañero. Nérdegar acarició la espalda del prisionero con

el filo de su espada.

—Sabes que tienes prohibido golpear a nadie —dijo.

El rey de Ofräem se giró.

—Thagad, ya sabes lo que hay que hacer. No uses el látigo esta vez.

Un hombre de cabellos grises e hirsutos se levantó. Iba ataviado con ricas vestiduras negras acuchilladas de plata, que no suavizaban en absoluto sus miembros largos y fibrosos. Desenvainó con facilidad, sin que su rostro huesudo ni sus ojos oscuros reflejaran la menor emoción, y se acercó espada en mano. Bryseid reconoció la quemadura en la frente que revelaba a un antiguo noble, señor de portadores de glifos, empobrecido tras verse obligado a sacrificarlos después de la guerra que había desterrado a los celestiales, diecisiete Advenimientos atrás. Nérdegar volvió a sentarse en su trono.

El comandante de su guardia levantó la espada y golpeó al prisionero en los riñones, con la hoja plana. La reina de Nydgaal cerró los ojos con fuerza para no verlo. Thagad era un hombre enérgico y no se contenía en absoluto. Todo el cuerpo del joven se estremeció en silencio. Los golpes continuaron. Apenas habían llegado a la media docena cuando el joven no pudo tragarse ya sus quejidos. Poco después las ropas y la espada empezaron a mancharse de sangre. Briseyd empezó a dar un respingo cada vez que la hoja de la espada golpeaba. El sonido de cada impacto y las exclamaciones de dolor que los seguían resonaban en el salón con rítmica precisión. El comandante prosiguió hasta que el joven dejó de tenerse en pie por sí mismo. Si no hubiera estado atado a la mesa, hubiera caído de rodillas al suelo.

De repente el rey de Ofräem hizo un gesto hacia su comandante y le detuvo. Se giró hacia sus huéspedes, como si solo entonces cayera en la cuenta de la presencia de Briseyd. Sin embargo, a esas alturas, la joven ya sabía que Nérdegar no era un hombre al que se le pasara nada por alto. Ni siquiera lo más insignificante. Se había percatado de inmediato de su interés por el bufón y después había recordado muy oportunamente el detalle de la torta de miel. Briseyd presentía que debía ser muy prudente en todo lo que hiciera o dijera. Por eso no había protestado durante el castigo de su pariente, por mucho que cada entraña de su cuerpo quisiera gritar para detenerlo.

—Mi señora, disculpadme. Me he dejado llevar por la ira. —Briseyd dudó que tal cosa pudiera llegar a ser posible. Hubiera apostado su vida a que Nérdegar poseía la fría rapidez de una serpiente, pero en absoluto era apasionado en nada de lo que emprendía.

—Estáis en vuestro castillo, señor —le replicó sin apartar la mirada—. Podéis hacer lo que os plazca.

—¿No os incomoda que imparta justicia a mis súbditos en vuestra presencia? Soy un juez severo.

—¿Cómo habría de incomodarme si, como decís, lo que hacéis es justo?

—¿No os mueve al menos la misericordia?

Fue como si un grueso velo se desplomara a los pies de Briseyd y comenzó a ver el banquete que la rodeaba con otros ojos. La reina de Nydgaal supo que toda aquella horripilante escena había sido orquestada en su honor, con la involuntaria participación de Arjesen. Ese era el motivo de que ella fuera la única mujer presente. Y Nérdegar tenía las entrañas de una víbora. Había sacrificado a uno de sus propios hombres con el fin de obtener una excusa para golpear a su pariente sin clemencia ante su ilustre invitada. Posiblemente el capitán había seguido las indicaciones de su rey al provocar al bufón. Lo que no sabía es que iba a pagar su obediencia con la vida, en el momento en que al rey le fuera más provechosa su muerte.

—No siento ni más ni menos compasión por vuestro bufón de la que sentiría por un perro callejero —le respondió Briseyd, ocultándose tras un tono despectivo—. No me agrada lo que hacéis, rey Nérdegar, pero es vuestro cautivo. ¿Por qué habría de intervenir yo?

—Porque sois aún muy joven —le replicó el rey, mirándola como si quisiera leer en sus ojos—. Y seguro que teneis el corazón tierno.

—Mi juventud sabe muy bien lo dura que es la vida —le replicó con voz firme.

No miró a su esposo, pero apartó su mano de las suyas.

—Está bien. Si no tenéis nada que decir al respecto, terminaré lo que he empezado —dijo Nérdegar, dedicándole una leve inclinación.

Eso era más de lo que Briseyd podía soportar. A pesar de que aún no comprendía bien lo que estaba sucediendo, deseaba proteger a aquel joven con todas las armas que tuviera a su alcance.

—Y si yo dijera algo al respecto, ¿os detendríais?

—Quizá.

—Entonces deteneos.

—Dadme un motivo, mi señora.

—Que yo os lo he pedido. ¿No os basta eso?

—Ayer fueron azotados diez hombres. ¿Por qué no me detuvisteis entonces?

—Vos me lo habéis preguntado ahora, no me lo preguntasteis ayer. Y pronunciar una sola palabra para daros respuesta no me cuesta nada.

—No me dais un motivo muy poderoso. Una palabra que no cuesta nada.

—¿Qué queréis que os diga? —le preguntó Briseyd, sabiendo que su única defensa ante Nérdegar era esquivarle en todo momento.

—La verdad ni más ni menos —le dijo el rey de Ofräem con repentina dureza.

Capítulo 6

La joven sabía a qué se refería. Apenas media cincuentena atrás, Caens había tropezado en su habitación con un libro que nunca debería haber estado allí. El Linajeum de los señores de Faro Are, sustraído de las dependencias prohibidas de la biblioteca de Nydgaal. En aquel banquete el rey de Ofraëm y su esposo le habían tendido una trampa en la que el cebo era Arjesen y ella había mordido el anzuelo con toda la boca. Ya esperaban que le reconociera al instante en el caso de saber más de lo debido. Ahora Nérdegar tiraba del sedal con todas sus fuerzas. Si quería salvar al joven debía darle un motivo y el motivo era que sabía quién era en realidad aquel bufón. Sintió ganas de llorar por su increíble ceguera. Por arrastrar con ella a Arjesen a aquel desastre de una manera tan pueril. Ya no podía echarse atrás, pero por puro instinto también sabía que no debía doblegarse.

—Os he dicho la verdad, ni más ni menos. Si eso no os basta, me temo que tendréis que seguir azotando a vuestro reo, me guste a mí o no —respondió en tono indiferente, pero con la garganta seca.

—Podría ofreceros otra opción —murmuró Nérdegar arrugando sus sensuales labios en un gesto reflexivo. Su rostro delgado y atractivo sonrió para sí mismo.

A la joven no le gustó el tono de aquella proposición.

—Podrías elegir a otro para que ocupe su lugar. Un paje quizá —continuó el rey despreocupadamente.

Hizo una seña y dos soldados aferraron al paje más cercano. El muchacho se dejó caer al suelo, aterrorizado. Mientras lo arrastraban ante ella no cesaba de gemir en voz baja, demasiado intimidado ante la presencia de su señor como para gritar sin permiso. Briseyd palideció. Era monstruoso. Ni siquiera pudo responder. Por la forma en que el rey sonrió, Briseyd supo que era en aquella elección donde residía la verdadera celada. Trajeron a rastras a su pariente y lo obligaron también a arrodillarse a sus pies, sin dejar de sujetarlo por los brazos. Arjesen levantó la vista y miró a su alrededor, con aspecto dolorido. La sangre le caía por la espalda. No sabía muy bien lo que ocurría. Junto a él, el paje sollozaba y se retorció entre las férreas manos de los soldados. Su pariente se volvió a mirarlo sin comprender que pintaba aquel chico allí.

—¿Y bien? —le preguntó el rey a Briseyd, de su rostro había desaparecido toda amabilidad—. Ahora no podéis echaros a atrás. Si no elegís a ninguno, me veré obligado a matarlos a los dos.

—¿Matarlos? —dijo Briseyd, estupefacta—. No ibais a matarlos antes. ¿Por qué habíais de hacerlo ahora?

Al escuchar su voz, el bufón levantó apenas la cabeza para mirarla. A Briseyd aquellos ojos le parecieron preciosos y terribles al mismo tiempo, como si la atravesaran de parte a parte.

—Piedad, mi señora —gimió el paje a su lado. Lo repetía en un susurro, casi como una oración—. Elegidme a mí. No permitáis que me hagan daño. Por favor... Por favor...

—Acabo de cambiar las reglas de nuestro trato —le dijo Nérdegar.

Briseyd empezó a respirar agitadamente. A la fuerza apartó su atención de aquella mirada tan azul e intentó centrarse en lo que estaba ocurriendo. Aquello trastocaba por completo el signo de aquel juego. Nérdegar había hecho matar a uno de sus propios capitanes y no dudaba que cumpliría lo que decía. Se volvió hacia su esposo, pero lo único que encontró en él fue una máscara imperturbable. Se sintió terriblemente sola.

Intentó pensar con frialdad, como hacía Nérdegar.

—Podría pensar que pretendéis jugar conmigo, señor. Antes habéis matado a uno de vuestros propios capitanes, porque vos mismo habéis dado orden de respetar la vida del bufón. Si es tan valioso para vos como parece, es que en realidad no pensáis matarlo y, quizá, al elegir al paje, los salve a los dos —dijo buscando una manera de eludir la elección y manteniendo apartada la mirada de su pariente en todo momento.

El rey sonrió con cierta impaciencia.

—Olvidáis que el rey puede quebrantar las leyes del rey —le hizo un gesto a Thagad, pasándose el pulgar por el cuello—. ¿Y si yo os dijera que este bufón es ciertamente muy valioso para mí, pero en ningún caso imprescindible? Y no deberíais dudar de mis palabras, señora.

Thagad agarró a su pariente por los cabellos, le levantó la cabeza y le puso la afilada espada bajo la barbilla, sin dejar de mirar a su rey. Este alzó la mano y le detuvo en el último segundo. Un hilo de sangre empezó a deslizarse por el cuello de Arjesen. Al verlo, Briseyd se sintió atrapada en una ratonera. Por el libro que había leído sobre la genealogía de su familia sabía que su pariente tenía un hermano mayor que también estaba en poder del rey de Ofräem. Si Nérdegar mataba a Arjesen, siempre le quedaría Kérrar. Quizá cumpliera lo que decía.

—¿Mato al bufón, entonces?

Thagad, con una sonrisa torva, presionó más la espada contra el cuello de Arjesen. El joven cerró los ojos y apretó los dientes, intentando no tragar saliva. El hilo de sangre que se deslizaba ahora por su cuello era más abundante.

Briseyd creyó que iba a desmayarse. Quería proteger a Arjesen al coste que fuera y, por un momento, las palabras que el rey Nérdegar esperaba estuvieran a punto de escaparse entre sus labios. Elegir al paje salvaría a este, o podía salvar a Arjesen escogiéndolo a él, pero reconocer que el bufón era su pariente detendría aquella pantomima y los salvaría a ambos. Intentó adivinar dónde estaba el engaño. Intentó ponerse en el lugar de Nérdegar. Recordar lo que quería averiguar. Quería averiguar si ella conocía su origen y el origen de aquel bufón por el que tan indiscretamente había mostrado interés. ¿Cómo hubiera reaccionado ella si no lo hubiera sabido? Pero ahora ya le era imposible volver atrás. Aunque ellos no estaban enterados de que había hablado con Férenwir. Sólo sabían que había leído aquel maldito libro de las estirpes de los señores de Faro Are. No estaba segura de si eso le concedía alguna ventaja. ¿Qué era lo que había leído? No lo recordaba. Le costaba concentrarse. De pronto se echó a llorar. Y fue entonces cuando comprendió que todo lo que sabía y no debía saber era la baza que jugaba a favor de Nérdegar y en contra suya. Tenía que olvidarlo todo por completo.

—Matadle de una vez si os place —exclamó entre un furioso estallido de sollozos—. Estoy harta de tantas tonterías. Y, después de todo, esto ha empezado a causa del bufón. El paje no tiene nada que ver. Me pedís decisiones que me dan dolor de cabeza. ¡Y qué tengo que ver yo con vuestros asuntos de justicia!

Cada vez la voz le salía más aguda y chillona. Por un momento había olvidado que acababa de cumplir diecisiete Advenimientos y que esa era la respuesta correcta. Debía comportarse como una muchacha de su edad, que aún no había madurado ni sabía nada de dioses ni de guerras pasadas. Que había estado leyendo el libro encontrado en su habitación como quien lee un cuento de hadas. No debía comportarse como una persona inteligente, sino como una niña. Se dirigió corriendo hacia la puerta con el corazón en un puño, sabiendo que estaba arriesgando más de lo que había arriesgado jamás. Si se equivocaba... Su elección debía parecer tan poco valiosa, una decisión tan irreflexiva e infantil, que no valiera la pena pagar por ella un precio tan elevado. La vida de uno de los descendientes de Umruhe.

—Esperad, señora —la llamó Nérdegar.

Thagad había retirado la espada de la garganta de Arjesen.

Ella se volvió desde la puerta cerrada, con los ojos todavía húmedos.

—No me quedaré para ver cómo le cortáis la cabeza —le dijo más serena, pero con voz inflexible.

—Ahora os concedo el deseo que os negué antes, si os quedáis y me otorgáis vuestro perdón.

—Tendréis que conformaros con mi presencia —le dijo Briseyd con ojos ardientes—. Aún no entiendo por qué me habéis hecho pasar por todo esto. Así que no pienso perdonar algo que desconozco.

El rey le dirigió una reverencia.

—Ya que vos me concedéis sólo media petición, yo os concederé solo medio deseo. No mataré al bufón, pero cumplirá su castigo hasta el final.

Una vez más el rey de Ofräem demostraba su verdadera naturaleza.

Muy a su pesar, Briseyd regresó a la mesa con la sensación de que había vuelto a equivocarse. Poco sabía que su impetuosa respuesta fue finalmente lo que había disipado por completo las dudas de su esposo. Caens de Nydgaal, que había seguido la escena sin perder detalle, la cogió de la mano cuando tomaba asiento. Su ánimo parecía haberse apaciguado, pero si ella se hubiera apresurado demasiado en aceptar la oferta del rey de Ofraëm, sólo con que hubiera demostrado un poco más de interés por el joven prisionero, su esposo hubiera sospechado de nuevo. Mientras se lo llevaban para finalizar el castigo, Arjesen le dirigió una mirada traicionada que a Briseyd le dolió en lo más hondo.

Briseyd rezó para que su pariente perdiera el conocimiento, pero se daba cuenta de que seguía consciente por cómo se encogía apenas con cada golpe, aunque ya ni siquiera se quejaba. Aquella paliza se le hizo eterna y le dolió como si la estuviera recibiendo ella, pero el rey de Ofräem no la detuvo hasta que al mismo comandante de su guardia le dolió tanto el brazo que ya no pudo levantar más la espada. Los soldados, desataron a su prisionero y el bufón se desplomó a los pies de la mesa.

—A ver si aprendes a comportarte de una vez —le dijo el rey casi con dulzura, mientras Thagad se masajeaba el hombro. Entonces el rey se dirigió a los guardias: —Bajadlo al pozo para que se le enfríen los ánimos. Durante dos manos. Sin comida ni agua.

La joven reina nunca antes había visto azotar a nadie con una espada. Al principio se había sentido aliviada al escuchar que Nérdegar descartaba el látigo, pero después, golpe a golpe, ese alivio se había desvanecido por

completo. Un hombre hubiera muerto a poco de empezar la paliza. Reventado por dentro. Era cierto que el libro que había encontrado hablaba sobre la increíble resistencia de los descendientes de Umruhe, pero para ella en aquel momento eran solo palabras escritas en un viejo papel amarillento. Apretó los dientes. Arjesen podía estar muerto. Quizá lo estaba y todos sus esfuerzos habían sido en vano. Al escuchar como el rey de Ofraëm mandaba a su prisionero al pozo se estremeció. Si no estaba muerto, seguro que allí lo estaría en poco tiempo. No sabía ya qué pensar. Intentó no mirar, cuando arrastraban a su pariente fuera del salón, pero aun así no dejó de advertir su espalda empapada en sangre. No se atrevió a decir nada. Ahora que había desaparecido la tensión, recordaba otra vez que Nérdegar le provocaba verdadero pánico. Caens parecía satisfecho, pero la única vez que los ojos de la joven se cruzaron con los del rey de Ofraëm la intensidad de su mirada le erizó el vello. Hubiera deseado esconderse en cualquier agujero para que no pudiera mirarla otra vez a los ojos. Temía lo que pudiera ver en ellos. Si no es que lo había visto ya y ese era el motivo de que el tormento de su bufón se hubiera prolongado tanto sin ser necesario. Aunque, si así había sido, no entendía porque Nérdegar guardaba silencio ahora.

Al verla tan temblorosa, su esposo le palmeó la mano, igual que lo hubiera hecho con uno de sus nerviosos lebreles. No había verdadera preocupación en aquel gesto.

—Ya se ha terminado —dijo.

Briseyd lo odió. Con un odio tan puro como un filo de acero. Y supo que ya nada volvería a ser como antes. Después de sus esponsales, le había costado un mar de lágrimas acostumbrarse a su nuevo lecho, pero, al menos, la inesperada ausencia de golpes la había consolado en parte. Después de vivir como un animal asilvestrado durante trece Advenimientos no estaba acostumbrada a sentirse un ser humano, aunque fuera junto al mismo hombre que la había maltratado. Era todo tan insólito, las reverencias de los siervos, el respeto de los cortesanos, los deseos satisfechos sin dilación, que al principio incluso ignoró el descubrimiento sobre sus orígenes. Y, si poco tiempo atrás había cogido aquel libro de la biblioteca, en el que junto a otros muchos descubrimientos había encontrado el nombre de Arjesen, fue más por simple curiosidad que por un verdadero deseo de cambiar su situación. Sin embargo, ahora comprendía que no tenía nada que agradecer. Lo ocurrido esa noche en aquel salón, el motivo mismo del viaje, era a causa del libro sobre la genealogía de su familia que habían descubierto en su aposento. La habían puesto a prueba tentándola con la presencia de su pariente para averiguar qué sabía en realidad. Ella se justificó diciendo que solo había leído aquel manuscrito tan viejo porque narraba historias bonitas. Todo el mundo sabía que le gustaba leer. Pero evidentemente no la habían creído. Para alcanzar aquellas páginas tuvo que llegar hasta lo más recóndito de la biblioteca de Nydgaal, burlar las puertas cerradas, los

acechantes ojos de los bibliotecarios. En esa ocasión no apartó su mano de la de su esposo, mientras rememoraba cada uno de los pasos que la habían llevado hasta aquel funesto banquete. Velos, ¿qué había hecho? Había sido una niña irreflexiva y caprichosa y Arjesen había pagado las consecuencias en su lugar. Ella debería haber sido la castigada y no él. Estaba acostumbrada a los golpes y de haber podido los hubiera recibido en su lugar, para ahorrárselos a su pariente. Quizá estaba muerto por su estupidez, por su falta de cuidado. Férenwir había intentado advertírselo. No es tan sencillo escapar del lugar que nos ha señalado el destino. No es tan fácil luchar contra eso sin provocar grandes cambios a nuestro alrededor y enredarnos en el destino de otros. No era como en los cuentos que leía de niña, a escondidas.

Permaneció erguida, con los ojos perdidos en medio de aquel salón que atronaba de varoniles voces a su alrededor, sin apartar sus pensamientos de Arjesen. Ante sus ojos la escena de su joven pariente azotado y arrojado después a la oscuridad de un pozo le impedía ver nada más. Hasta entonces había sido una niña, pero aquel día aprendió a temblar por dentro de ira y de pena, mientras sonreía a las atenciones de su esposo. Tan solo había visto culminar diecisiete Advenimientos de Aenarión y se había convertido de golpe en una mujer. Pero, por el mero hecho de verse sometida a semejante prueba, Briseyd adivinó también que, de alguna manera, aquel rey anciano y aguerrido que la había desposado la temía. Temía el poder de la sangre que latía en ella.

Capítulo 7

2. El bufón

Los guardias descolgaron la escala, pero aquella vez era evidente que el bufón no podría descender al pozo por su propio pie y decidieron bajarlo atado con una cuerda. No había ninguna tan larga y lo dejaron tendido junto al borde mientras la buscaban. El bufón no podía moverse. Ni siquiera abrió los ojos. Sentía lágrimas de dolor y de rabia en ellos y no quería que nadie las advirtiera. Desde que habían jugado al postre con él la primera vez, no recordaba haber sufrido nunca un castigo tan duro y lo asaltó la idea de que la razón de todo había sido la reina de Nydgaal. Aún podía verla, incluso con los ojos cerrados, como si todo lo ocurrido se arremolinara a su alrededor.

Los guardias no habían encontrado una cuerda lo suficientemente larga y tuvieron que empalmar dos. Mientras charlaban, se la pasaron por debajo de los brazos y se la anudaron en el pecho. Después, de una patada, lo arrojaron al pozo sin demasiados miramientos. El tirón alrededor del torso le arrancó un gemido.

—Pues está vivo —dijo alguien por encima de su cabeza.

Los guardias lo bajaron a pulso mientras sus voces se apagaban poco a poco a medida que descendía. Se deslizó sobre los salientes de piedra y al caer otra vez la cuerda volvió a clavarse en su espalda, pero ya no tenía fuerzas para quejarse más. Solo quería llegar abajo de una maldita vez. Cuando los hombres notaron que habían tocado fondo, dejaron caer la cuerda. Se amontonó cubriéndole el rostro, pero al bufón le daba igual.

Después de un tiempo, se dijo que debía moverse para quedar boca abajo. Tener la espalda contra el suelo era una verdadera tortura. Sin embargo, aquel pensamiento se hizo eterno y no se movió. Por fin se obligó a volverse. No podía ser peor que las piedras y la cuerda contra su espalda, pero sí que lo fue. El esfuerzo de girarse lo hizo vomitar y le palpitaba todo el cuerpo con el intenso dolor. Cada vez que respiraba creía morir y, al mismo tiempo, sentía que se ahogaba, porque no se atrevía apenas a respirar. Por desgracia sólo podía esperar a que aquello pasara, como tantas otras veces. Al final solo el puro cansancio consiguió vencer el dolor y llevarle hasta un sueño inquieto.

Despertó horas después, con la mejilla entumecida contra la piedra húmeda. Quiso levantarse, pero no pudo y tuvo que quedarse como estaba. Notaba algo extraño bajo el pecho, además del nudo de la cuerda, y le pareció percibir cierto olor dulce.

La siguiente vez que despertó tampoco tuvo aliento suficiente para incorporarse, pero tenía hambre y buscó entre los pliegues de la túnica, deslizando su mano entre su pecho y el suelo. Encontró el trozo aplastado de torta. Luchando con cada rebelde pliegue de ropa, consiguió sacar por fin unas migajas tras un largo esfuerzo. Mientras tragaba a duras penas, le vinieron a la mente detalles del banquete que se le antojaban incongruentes, pero le costaba concentrarse a causa del dolor. Se dio por vencido. Prefirió dedicarse a algo más práctico, como recuperar una a una las migajas de torta de sus ropas.

Sin darse cuenta, la debilidad lo sumió en un sueño febril y solo despertó largas horas después, temblando de frío. El agua se deslizaba por las piedras y el fondo del pozo estaba encharcado. El bufón se arrastró como pudo para acurrucarse bajo un saliente de la pared. Abrió apenas los ojos, por primera vez desde que se encontraba allí. La oscuridad era absoluta, pero él aún conseguía ver las rocas, el agua cayendo por las paredes y algunos huesos. Y los omnipresentes pliegues del velo oscilando con la ligereza de telarañas por todas partes. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, podían ser días, podían ser cincuentenas enteras. Quizá se habían olvidado de él. Tanteó la piedra húmeda, hasta que dio con los trozos de la torta de miel y nueces que había amontonado en el suelo días atrás. Estaban aguados, pero recogió lo que pudo, lo apretó contra su boca y aspiró el aroma dulce. Después se lo metió en la boca. Le dio unas cuantas vueltas con la lengua antes de tragarlo, mientras pensaba en la joven que le había dado la torta. ¿Por qué llevaba una correa en el cuello, como él? ¿Qué podían tener en común la reina de Nydgaal y el bufón del rey de Ofräem? Si no hubiera estado tan aterido de frío, aquella pregunta le habría arrancado una sonrisa. O si recordara como era sonreír. No tenía ni idea de la última vez que lo había hecho. En lugar de una sonrisa, su boca se torció en una mueca agria. Quizá todo aquello era una nueva burla del rey. Acarició el lugar donde la correa debía rozar su piel. De niño había intentado quitársela muchas veces, pero nunca había conseguido ni tocarla. Sus dedos no encontraban nada. Hechicería quizá. Seguramente se la habían puesto cuando era aún muy pequeño, porque no guardaba memoria de ello. En realidad, tenía la impresión de no saber nada, como si jamás hubiera poseído un pasado. ¿Cómo había dicho ella...? Como si fuera un eterno recién nacido. Jamás le habían revelado su nombre ni su origen. En tiempos mejores sus compañeros de juego lo llamaban Freyn, por llamarlo de alguna manera. El nombre lo había elegido él mismo, pero el rey le prohibía tomar nombre alguno y sólo lo usaban sus amigos cuando nadie podía oírlos. El resto de habitantes del castillo lo habían llamado siempre muchacho. Ahora lo llamaban bufón. Sin embargo, ella lo había llamado Arjesen. Al rememorar su aliento acariciándole la piel, olvidó el frío por un instante. Después frunció el ceño. Ese nombre no significaba nada para él. Se esforzó en recordar, en aquel lugar sin tiempo, repitiéndolo en su mente una y otra vez, pero finalmente solo consiguió que le sonara familiar de tanto pensar en él. La reina de Nydgaal y el bufón de Nérdegar, la correa compartida, el nombre. ¿Cómo

se relacionaban cosas tan dispares? Se sumió otra vez en un sueño inquieto, pensando en todo aquello.

Se despertó sobresaltado. En su celda desierta, una queda respiración le acariciaba el oído, tan cerca como si fueran a susurrarle algo. Se quedó rígido, tendido como estaba. Sentía que algo lo observaba desde las sombras y recordó que la Centena de la Raíz estaba a punto de terminar cuando se había celebrado el banquete. Por lo tanto, quizá el Oscurecimiento ya había comenzado fuera de aquel pozo. Bien sabido era que poderes de otros mundos acechaban tras los velos, cada vez más cerca, en aquella negra estación, ocultos en sus pliegues más profundos, aunque nunca se manifestaban en época tan temprana, se dijo para tranquilizarse. Sin embargo, de repente un roce fantasmal le tocó la piel y se apartó sin poderlo evitar. La agónica contracción que aquel súbito movimiento le provocó en la espalda le arrancó un quejido, que se tragó enseguida. Volvió a quedarse inmóvil, envuelto del leve oscilar de unos velos ahora un poco más tenebrosos. Tenía que salir de allí antes de que la estación negra avanzara más, se dijo con prevención. Se recostó contra la pared sin hacer ningún gesto brusco y allí permaneció quieto, intentando respirar lo más suavemente posible. No había nadie en el pozo con él, pero, al mismo tiempo, no estaba solo. Lo sabía porque tenía el vello erizado por el temor. Aunque lo que fuera aquello no podía atravesar el velo, no sería la primera vez que tales presencias conseguían provocar dolor y muerte desde el otro lado y con mayor saña a medida que el Oscurecimiento se hacía más presente.

Nada volvió a perturbar la quietud que lo rodeaba, pero el bufón no se movió hasta que las densas tinieblas se transformaron en una oscuridad un poco menos profunda, anunciando que en el exterior había empezado un día tardío, ya manchado por el desgarró negro del firmamento, en el este.

Solo entonces se desató la cuerda del pecho y se tendió a dormir.

Cuando despertó, los pliegues flotaban grises e inoivos a su alrededor. Se incorporó y advirtió que ya apenas notaba las secuelas de la paliza que había recibido días atrás. Conocía bien su cuerpo y pensó esperanzado que quizá ya habrían pasado las dos manos que le habían impuesto como castigo. Sin embargo, ahora que el dolor había cedido, la sensación de hambre empezaba a resultarle insoportable. Los charcos originados por la lluvia habían desaparecido y tampoco tenía agua. Apartó una calavera de tacto grimoso. Solo tenía la compañía de algunos huesos y los contempló con desagrado. Se sentía tan pegajoso, sucio y agarrotado como ellos. En realidad, como se sentía la mayor parte del tiempo que estaba fuera de allí. Se dejó caer al suelo. ¿Qué importaba estar dentro o fuera del pozo?, se desesperó. Era lo mismo. Sin embargo, la reina de Nydgaal había intentado ayudarlo. Una reina que parecía tan desvalida como él mismo y que, aún así, le había dado un pedazo de torta y un nombre. Se frotó el

rostro con una mano, irritado. Aunque también lo había comparado con un perro callejero. O al menos eso creía recordar, porque en ese momento lo estaban azotando. Sacudió la cabeza. Y al final casi había conseguido que lo mataran.

De repente tuvo la sensación de que sí había escuchado antes el nombre que ella había pronunciado, pero no cuando era niño. No hacía tanto tiempo. Él estaba en el patio de armas. Lo habían sacado allí a la fuerza y dos mozos de cuadra le estaban propinando una buena tunda. Eran muy conscientes de que no podía defenderse. El rey se lo había repetido cientos de veces: no tenía derecho a devolver ningún golpe. El bufón sabía bien el motivo. El caso es que hasta el último porquerizo de la fortaleza podía azotarlo si le apetecía y, si se revolvía, solo conseguía una paliza aún más brutal de la guardia real y que lo metieran de nuevo en el pozo. De vez en cuando los jóvenes ociosos lo acusaban de haberse defendido, cuando ni siquiera se había acercado a molestarlos, sólo para disfrutar con el espectáculo de la zurra que le propinaban los guardias. Se hizo un ovillo. En un tiempo, su existencia no había sido tan penosa, pero una vez había intentado escapar y todo había cambiado a partir de ese día. Fue cuando el rey lo convirtió en bufón o lo que fuera aquello que era, porque él consideraba que no se había hecho merecedor de tal nombre. De hecho, su único mérito consistía en esquivar los golpes tan bien como podía y en caerse bastante a menudo. Antes de aquello su existencia había sido bastante agradable. No recibía más pescozones de los que recibe un pinche de cocina, aunque le habían dejado bien claro desde niño que era un prisionero en el castillo. A pesar de ello un día intentó huir. Se preguntó si, de haber podido volver atrás, hubiera actuado de igual manera, a pesar de todas las calamidades que le habían caído encima a raíz de aquella decisión. Aunque en aquellos momentos se sentía incapaz de decidirlo. Estaba demasiado agotado. No había pegado ojo en toda la noche anterior y se durmió con la sensación de que olvidaba algo importante.

Habían pasado varias horas, cuando abrió los ojos sacudido por un súbito recuerdo. Había oído ese nombre antes, Arjesen, dos Centenas del Rastrojo atrás. Él se encontraba en el patio y alguien había gritado ese nombre, como un rugido. Los mozos de cuadra dejaron de pegarle y se volvieron con curiosidad hacia la pequeña ventana a ras de suelo que se abría al nivel superior de las mazmorras. Era diminuta y oscura, pero de sus entrañas surgía el fragor de una lucha encarnizada y entre las voces de alarma alguien repetía ese nombre sin parar. De pronto el bufón comprendió que lo habían estado llamando a él. Se sintió aún más perdido, con los ojos abiertos en la oscuridad. Después suspiró. No podía dejar de pensar en el dulzor de la miel, en las nueces, y en el sabor que tenían. La boca se le llenó de saliva. Supuso que estaba muy mareado, porque el suelo oscilaba sin parar bajo su cuerpo como si lo estuviera acunando.

Capítulo 8

Aquella noche Caens y Nérdegar se habían reunido en el pequeño refectorio de la torre sur, para hablar en privado, lejos de cualquier oído. La chimenea estaba encendida y el resplandor de las llamas se reflejaba en los largos cortinajes de terciopelo granate.

—¿Cuándo tiempo lleva allí? —le preguntó Caens a su anfitrión, algo extrañado. Realmente había perdido la cuenta.

—Tres manos —le respondió Nérdegar—. No lo sacaré del pozo hasta que tú y tu esposa hayáis abandonado Ifrost. Si es cierto que ella no sabe nada, es mejor que no vuelvan a verse.

—¿Si es cierto? —Caens entrecerró los ojos contemplando a su anfitrión—. ¿Tan taimada la crees?

Nérdegar elevó las cejas, pero no respondió. Se había comprometido con Caens a poner a prueba a su reina, pero nunca se había comprometido a sacar conclusiones en su lugar.

—Quince días en el pozo... —prosiguió el rey de Nydgaal, volviendo al tema de Arjesen—. Afortunadamente para él partiremos en dos días. Antes de que el Oscurecimiento esté demasiado avanzado para viajar. —Por un momento el rey de Nydgaal pareció dudar—. ¿No estás forzando demasiado la resistencia de ese muchacho? Después de todo lleva la correa. Podría morir de hambre.

—He llegado a tenerlo casi una cincuentena en el pozo y no ha muerto —le dijo el rey de Ofräem con tranquilidad—. No me he atrevido a dejarlo más tiempo, pero sospecho que también lo resistiría.

Caens frunció el ceño. Tanto tiempo sin alimento ni apenas agua. Acarició con los dedos el brazalete de palpitante metal que rodeaba su muñeca. Nérdegar también llevaba uno igual y leyó el estado de ánimo de su huésped en aquel gesto inconsciente.

—A veces me pregunto si esas correas son tan infalibles para inhibir sus poderes. Tú lo viste moverse sobre la mesa del banquete, Nérdegar. Igual que yo.

—Creo que ciertas características ya las poseen de nacimiento —le respondió Nérdegar que no parecía en absoluto preocupado. Sonrió—. Y dicen que la necesidad es una gran maestra. No te preocupes por cómo se mueve Arjesen en el juego del postre. Sé a ciencia cierta que él mismo no

es consciente de lo bien que lo hace.

—Pero el caso es que, lo sepa o no lo sepa, lo hace demasiado bien —insistió Caens sin dejarse convencer por las palabras de su anfitrión.

—Lo importante es que ellos no descubran su verdadero origen. Esa ignorancia los hace mucho menos peligrosos.

—Eso es válido para Arjesen y para Briseyd. Pero ¿qué me dices de Kérrar?

Nérdegar arrugó el ceño y sus labios se apretaron en un gesto de desagrado.

—Kérrar es intratable. Es tan grande como su padre y posee la fuerza y el genio de un león. Te juro, Caens, que nunca he visto a nadie tan alto. Sólo por eso ya resulta una amenaza y me veo obligado a tenerlo siempre cargado de cadenas, en lo más resguardado de las mazmorras. Además, al contrario que su hermano, él recuerda muchas cosas.

—Era de esperar. Cuando los capturamos, Arjesen apenas había visto culminar dos Advenimientos de Aenarión y Briseyd era una recién nacida, pero Kérrar ya había visto diez —murmuró Caens—. Era muy protector con su hermano menor.

—No ha cambiado. Cada vez que lo veo me pregunta por Arjesen y se enfurece porque no le permito verlo. Hace dos Centenas del Rastrojo lo hice sacar de las mazmorras para trasladarlo. Distinguió de lejos a su hermano a través de una diminuta ventana enrejada que daba a uno de los patios. Aún no me explico cómo lo reconoció después de tanto tiempo. Pareció enloquecer. Se necesitaron más de diez guardias para contenerle, encadenado y todo como estaba.

Durante un rato se quedaron callados al calor de la chimenea.

—La última vez que vine, Arjesen no era tu bufón —le comentó Caens a su anfitrión.

—La última vez que viniste tú tampoco estabas casado con Briseyd —le replicó Nérdegar con sorna.

Caens ignoró el comentario.

—Sin embargo, recuerdo que el chico te agradaba.

Nérdegar le lanzó una mirada algo extraña.

—Hubo una época en que sentí cierta debilidad por él. Era un niño muy risueño. Y dulce. Al contrario que su hermano, siempre estaba sonriendo. —Nérdegar se recostó contra la silla y se quedó abstraído por unos momentos—. Me gustaba verlo corretear por el castillo. Hasta di orden de que nadie podía ponerle una mano encima, salvo yo. Una actitud muy poco propia en mí. Iba bien vestido, comía como era debido e incluso le permití el acceso a los libros. Creo que llegó a tomarme cariño, pero poco después de cumplir catorce Advenimientos intentó escapar. —Nérdegar volvió a arrugar el ceño, pero no había enojo en aquel gesto sino una terrible gelidez.

—Un muchacho desagradecido —dijo el rey de Nydgaal, aunque no sabía muy bien a donde iba a parar Nérdegar.

—No esperaba que fuera agradecido, Caens. Esperaba que fuera inteligente. No lo fue. Así que después de eso lo convertí en un bufón. —El gesto del rey de Ofräem se endureció hasta un extremo increíble—. Pero no aprendió a comportarse, así que le cambié por completo las reglas. Cualquiera en el castillo puede golpearle sin temer ninguna represalia y él, en cambio, tiene prohibido devolver ni un solo golpe. Darle comida o ropa está castigado con perder una mano. Lo conozco. Si alguien le ofreciera ayuda, él no la aceptaría para no poner en peligro a su benefactor. Por lo tanto, se ve obligado a vivir de lo que encuentra. Con un poco de esfuerzo personal por mi parte conseguí incluso que se olvidara de lo que era sonreír. —Nérdegar sentía la impasible mirada de Caens clavada en él—. Supongo que es bastante cruel, pero puedo permitírmelo.

—¿Qué es lo que persigues con todo eso?

—Si no puedo asegurarme su lealtad con buenas maneras, lo doblegaré por la fuerza hasta quebrarlo.

—¿No temes que intente escapar otra vez?

—Le hice saber con toda claridad que si lo intentaba de nuevo le cortaré la cabeza a todos los amigos de su infancia y a sus familias. —La mirada de Nérdegar se fijó en su invitado con un brillo amenazador en sus ojos grises y almendrados—. Como te he dicho era un niño encantador. Hizo muchos y muy buenos amigos.

—Realmente lo habrías matado el día del banquete —reflexionó el rey de Nydgaal un tanto sombrío.

El rey de Ofräem se rio con desgana.

—¿Me tomas por necio? Tú te metiste en esto por venganza y quizá por eso crees que aún te queda honor, Caens. Pero yo soy sólo fiel a mis intereses. Si traicioné a los mismos señores de Faro Are, ¿qué me había

de impedir traicionar a una muchacha? Si llega el caso cumpliré mi palabra y mataré a todos y cada uno de los amigos de Arjesen. Y el día del banquete, sin ir más lejos, hubiera matado al paje sin pestañear siquiera. Pero no a él. Cuándo y cómo lo mate, si algún día llego a hacerlo, será sólo decisión mía. —Esbozó una mueca desagradable—. Nunca obligado por la decisión de una ignorante, aunque esa ignorante sea tu reina y tu esposa.

—A veces me sorprendes.

—Engañar a una muchacha que ha visto apenas diecisiete Advenimientos no tiene nada de extraordinario.

—A mí también me engañaste, Nérdegar. Creí que ibas a matar a Arjesen.

—Lo tomaré como un cumplido —se rio el rey de Ofräem.

—¿Dónde se encuentra ahora Kérrar? —le preguntó Caens para cambiar de tema. A veces aquel rey le inquietaba.

—En la torre de Trhomuwn. Nunca pensé que fuera buena idea tenerlos a los dos en el mismo lugar. Es ponérselo demasiado fácil a la Casa de Pernmar. Durante estos últimos Advenimientos he fortificado esa torre con el único objeto de poder acoger a Kérrar con garantías de que no podrá ser liberado.

—Trhomuwn está cerca de mi ciudad de Ressena. Entonces su presencia es el motivo de que las enfermedades hayan disminuido y las cosechas no hayan sido tan malas la pasada Centena de la Mies en mis tierras del norte.

—Me temo que sí.

El rey de Nydgaal se levantó.

—¿Hiciste lo que te aconsejé?

—Sí. Kérrar debería estarte agradecido. Tiene a todas las mujeres que desea. Aunque sigo pensando que son demasiado jóvenes aún para tener descendencia. La estirpe de Umruhe nunca ha sido muy prolífica.

—Inténtalo de todas formas también con Arjesen. Si pudiéramos hacerlos criar, tendríamos muchos menos problemas —Caens no pudo evitar que su voz sonara áspera—. Nearha mató a demasiados de ellos en la Esgiel Cawr. Ese dios destripado parece odiarlos incluso más que yo.

Nérdegar contempló el brazo de su sillón, mientras lo acariciaba.

—Sabes tan bien como yo que, cuando la Ascensión se presenta, la mayoría de los celestiales se desvanecen del Sagrario. Tal como los tratamos ahora, dudo que ninguno de los que nacieran se quedara aquí. Sin correas, los perderíamos a todos y no creo que el dios Nearha nos ceda ni un palmo más de la que aún le queda.

Caens se detuvo ante el fuego. Luego se volvió a mirarle.

—Ciertamente, no confío en la benevolencia de Nearha. Sin embargo, en cuanto a los celestiales, algunos no pudieron irse. ¿Por qué? Tú los conocías bien. ¿Qué les impidió desligarse del Sagrario y ascender?

—No lo sé. De hecho, creo que ni siquiera ellos lo saben con certeza. Simplemente sucede. Alcanzan los quince o dieciséis Advenimientos, la edad de la Ascensión, pero antes reciben una impronta de forma inesperada. —La mirada de Nérdegar se perdió en los velos que asomaban por un rincón oscuro de la sala, recordando—. Un árbol centenario en medio de un bosque que les impresiona, como le ocurrió a Aggar de Rhee. O una bestia singularmente majestuosa. Un genio de las tormentas. Se dice incluso que Isambard de Ise recibió la impronta de su propia espada, porque el metal que le daba forma respiraba y estaba vivo. —De repente el rey de Ofraëm parecía distante—. Aunque conocí a un celestial al que le impidieron ascender de forma violenta hasta el punto de casi matarlo —murmuró—. Es la única excepción. La norma es un aspecto del Sagrario que les atrae y ya no pueden irse. Se quedan en él. La Ascensión nunca les llega.

Caens meditó sobre lo que acababa de escuchar.

—El celestial del que hablas quizá estaba demasiado débil para ascender. Ese podría ser un camino, mantenerlos al borde de la muerte cuando llegan a la edad de la Ascensión.

—Puede —le concedió Nérdegar, mirándole—. Sin embargo, eso solo solucionaría una parte del problema: sigue siendo un riesgo tener celestiales sin correas a nuestro alrededor, por débiles que estén y por mucho que desconozcan su propia naturaleza.

—Podemos arriesgarnos mientras aún sean niños. Eso nos da tiempo. ¿Y no se cuenta acaso que Fërngàel de Nerhu aún conserva la otra mitad de la correa de Sheran?

—Sería más fácil arrancársela de la boca a un lobo hambriento —le señaló Nérdegar.

Caens guardó silencio un instante.

—Pero no imposible. No, si tú pones tus cinco sentidos en ello —dijo al fin.

Nérdegar no sonrió. Ni siquiera el halago de un hombre severo, que no solía dispensarlos con facilidad, hacía mella en él.

—Tu fe en mí es excesiva —respondió simplemente.

—Nunca he tenido fama de ser excesivo en mis apreciaciones —respondió Caens con cierta rudeza—. Y necesitamos más celestiales, Nérdegar. Lo sabes. La tierra languidece sin ellos.

Nérdegar sopesó aquella respuesta antes de hablar de nuevo.

—¿Y qué hay de Férenwir?

Caens esbozó un fugaz mohín de contrariedad al oír aquel nombre.

—Férenwir no es tan fácil de manejar. Sabe lo que pretendemos y se niega a tomar a ninguna mujer. Y no se le puede obligar si no accede por propia voluntad. Conoces a Hroan tan bien como yo, pero ni siquiera él ha conseguido forzarle a hacerlo hasta el momento. Quizá deberías aconsejarle —sugirió.

—Lo haré, si te complace —le concedió Nérdegar con un gesto lánguido. Entonces lo contempló repentinamente interesado—. ¿Y qué pasaría si tú tuvieras un hijo con Briseyd?

—Yo sólo tuve dos hijos, Nérdegar: Valeim y Niens Arjone. Y a los dos me los arrebató Irta de Rhee. Briseyd es la hija de su hermano. Ella podrá ser mi esposa, pero sus hijos nunca podrán ser mis hijos.

Capítulo 9

El bufón levantó la cabeza al escuchar el roce de la escala al deslizarse por la pared. Se levantó y se agarró de los escalones de cuerda, que pendían a oscuras desde el saliente que asomaba sobre su cabeza. La espalda ya no le molestaba, pero la debilidad que había quedado tras el dolor le dificultaba moverse. Después de un largo momento, empezó a trepar por fin, a veces apoyándose en la piedra inclinada. A medio camino la pared se volvía más vertical. Se detuvo y se abrazó a las cuerdas con todas sus fuerzas, porque estaba tan mareado que temía caer. Sólo continuó cuando se hubo repuesto un poco. El cielo estaba encapotado, ni Irugh ni Naga asomaban tras las nubes, pero incluso a través de ellas era visible el negro desgarrado del Oscurecimiento que crecía en el este, apenas rozando el horizonte. El bufón palpó el borde de la pared con una mano. El aire libre lo estaba reanimando, pero a pesar de sus denodados esfuerzos no conseguía izarse fuera del pozo. Lo intentó de nuevo y consiguió apoyar los codos sobre el borde. Se quedó quieto, tomando aliento, y entreabrió los ojos. Dos guardias, que estaban comiendo pan y queso sentados en el suelo, lo observaban de vez en cuando.

—Ya era hora —exclamó uno de ellos levantándose.

—Ya te dije que saldría —le respondió su compañero—. Este siempre sale.

Arjesen afirmó sus pies en las cuerdas y se izó del todo. Se quedó inmóvil, tendido cuan largo era, con los ojos clavados en las migajas que se esparcían por el suelo. Alargó la mano, pero uno de los guardias se la apartó de una patada.

—Todavía no. Antes tienes que ver al rey.

Los hombres lo levantaron y, llevándolo casi a rastras, atravesaron el desierto patio trasero hacia el salón principal de la torre del homenaje. En la cálida estancia, revestida de tapices, Nérdegar y su dama Giandhel estaban comiendo. Las viandas se extendían por la mesa con un esplendor delicioso y, con solo aspirar el aire especiado, el joven sintió que se caía al suelo. Uno de los guardias lo sostuvo por debajo del brazo.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó el rey con exquisita gentileza.

—No, mi señor —respondió Arjesen en voz baja, aunque sentía que las piernas le flaqueaban por momentos. Intentó no mirar aquel despliegue de sabrosos platos y volvió los ojos hacia las nubladas ventanas.

Nérdegar elevó las cejas mientras le arrancaba el muslo a una codorniz.

—Veo que la estancia en el pozo te ha sentado realmente bien —sonrió el rey lacónicamente—. Eres el único de mis prisioneros que siempre sale de él con muchísimo mejor aspecto que cuando entró. Y además sin hambre. —Aquello pareció hacerle gracia. Después continuó—. La mayoría suelen morir.

Arjesen bastante trabajo tenía con mantenerse en pie y no dijo nada. El rey se levantó de la mesa con la mitad de una codorniz asada en una mano y se acercó hasta él.

—Quizá debería mandarte allí abajo más a menudo.

El joven se volvió a mirarle. Sabía que debía hacerlo, si no quería enfurecerlo, aunque la visión del ave asada lo estaba poniendo enfermo. Para evitarla se fijó en los iris grises del rey, preguntándose qué querría esta vez. Nunca había conocido a nadie más retorcido.

—Puedo pasar sin ese placer —le respondió con cierta dificultad, porque tenía la boca reseca.

Esperaba un golpe, pero a Nérdegar pareció agradecerle aquella respuesta un tanto insolente. Lo miró por un momento como recordaba que alguna vez lo había mirado de niño, pero enseguida todo aquello desapareció.

—¿Sabes cuántos días has estado en el pozo? —le preguntó.

—¿Diez? —respondió el joven frunciendo el ceño, inseguro.

El rey sacudió la cabeza en un lento gesto de negación.

—Diecisiete.

Arjesen lo contempló, confuso.

—Quiero ver su espalda —le ordenó Nérdegar a uno de los guardias que lo acompañaban.

Lo despojaron de la andrajosa túnica y lo hicieron volverse.

—Ni siquiera te quedan morados. ¿Está Thagad perdiendo fuerzas, bufón? ¿A ti que te parece?

Arjesen apretó la mandíbula, airado. El rey estaba sarcástico esa mañana.

—¿Es qué no piensas contestar? —insistió el rey a su espalda.

Se tragó la humillación.

—Yo no he notado ninguna diferencia, mi señor —le contestó con la mayor frialdad que pudo. La rabia contenida hizo que su voz no temblara tanto de debilidad.

—Está bien. Puedes vestirme.

El rey volvió a la mesa. Giandhel los contemplaba en silencio. A Arjesen le recordaba a la reina de Nydgaal por su extremada juventud. Los guardias le entregaron la túnica ensangrentada y se la puso con cierta torpeza. Después esperó preguntándose cuánto tiempo más iba a durar aquella pantomima. Deseaba irse cuanto antes para encontrar un trozo de pan en cualquier rincón y un buen vaso de agua fresca. Realmente lo necesitaba. Sentía que el suelo se balanceaba bajo sus pies y quería vomitar, aunque no tenía nada en el estómago.

Sin embargo, el rey le hizo un gesto.

—Siéntate. Hoy comerás conmigo.

El joven no hizo ningún movimiento. Estaba demasiado sorprendido.

El mayordomo apartó una silla de la mesa y le dirigió una mirada un tanto angustiada para que obedeciera de inmediato. Arjesen no supo muy bien si la angustia era debida a que temía que enfureciera al rey o a que el hombre se había dado cuenta de que estaba a punto de caerse al suelo. Aceptó la silla que le ofrecían. Se acercó con paso vacilante y se sentó. Tenía la visión borrosa. Apoyó el codo en la mesa para poder recostar la cabeza en su mano.

El mayordomo le sirvió un plato de ternera y setas.

—No te equivoques —le dijo Nérdegar algo abstraído—. Mañana todo volverá ser igual que siempre.

El joven dudó antes de tomar el tenedor que había junto al plato. En el fondo le repugnaba aceptar la comida de Nérdegar a pesar del hambre que sentía. El rey sonrió al advertir aquel gesto.

—Come. Te aseguro que mañana te hará falta.

Aunque le hubiera parecido imposible un momento antes, aquel comentario casi consiguió quitarle el apetito, pero se obligó a comer. Sabía que de una u otra forma lo que decía el rey sería una realidad al día siguiente. Cuando empezó a tragar tuvo que hacer un esfuerzo para

contener las arcadas. Su estómago no aceptaba la comida. Se había acostumbrado al ayuno, pero después de los primeros bocados empezó a poseerle una voracidad incontrolable. El joven no recordaba haber comido nunca nada tan succulento. Ni siquiera de niño. Consiguió sentarse erguido.

—Es un muchacho guapo, ¿no te parece, Giandhel? —preguntó el rey ensimismado, mientras lo miraba.

El joven levantó los ojos sin dejar de comer. Masticaba con cuidado y tragaba con bastantes pausas para evitar las náuseas. La dama Giandhel le lanzó un vistazo ausente. Tenía más o menos la misma edad que la reina de Nydgaal, pero Arjesen pensó que no poseía ni su belleza ni la fascinante chispa de brío y vivacidad que había visto brillar en los ojos de Briseyd. Seguro que así sería menos molesta para el rey, pensó.

—Sí —respondió la dama.

Después de un momento se dedicó a comer otra vez.

—¿Has estado ya con alguna mujer? —le preguntó Nérdegar al joven, siempre en el mismo tono displicente.

Aquella pregunta hizo que Arjesen se atragantara con la ternera.

—¿Qué? —preguntó como si no le entendiera.

El rey había extendido por todo el castillo la orden de que nadie hablara ni una palabra más de lo imprescindible con él, bajo pena de veinte latigazos. Así que no conocía a nadie ni tenía amigos ni siquiera conocidos. La mayoría de la gente solía tratarlo como a un apestado y el resto o lo ignoraba o se dedicaba a golpearlo. Y desde luego ninguna mujer lo miraba dos veces seguidas. O quizá sí, pero sólo lo miraban. Desde luego nunca se habían acercado a hablarle.

—Pero no estoy seguro de que tengas la edad suficiente. ¿No te parece?

—Ante la expresión desorientada del joven el rey elevó las cejas—. Es cierto. No sabes qué edad tienes. Ni siquiera conoces tu nombre. Sin embargo, a mí me parece que eres demasiado joven todavía. Aunque Caens insiste en que ya ha llegado el momento.

Arjesen siguió comiendo. Esperaba haberse terminado la mayor parte del plato antes de que el rey se cansara de él y lo echara de allí.

—¿Te gustaría? —le preguntó Nérdegar.

—Dudo mucho que ninguna mujer quiera acercarse a mí —le respondió

Arjesen sin mirarlo.

No entendía qué importancia podía tener su vida sexual para Nérdegar o para Caens de Nydgaal, pero tampoco lo preguntó. Nérdegar nunca decía más de lo que quería decir.

—Yo podría solucionar eso.

Por fin el joven levantó los ojos hacia el rey, con desconfianza. Sabía desde hacía mucho tiempo que la generosidad no era una de sus virtudes. Dudó antes de llevarse la copa de vino a los labios. No estaba acostumbrado a beber más que agua, pero tenía la garganta como un rastrillo y necesitaba algo para ayudar a pasar la carne. La apuró hasta el final.

—No —le dijo.

Ya tenía suficiente con haber aceptado su comida. Si no hubiera estado tan hambriento, en realidad se la habría escupido a la cara. Sabía por experiencia que cualquier cosa que el rey deseara no podía ser buena para él. De una u otra manera lo engañaría o lo perjudicaría. Y si no era así es que esperaba obtener algún provecho, aunque el joven no llegara a imaginar cómo. Y eso era algo que no estaba dispuesto a concederle de ninguna manera. Así que decidió negarse, aunque no fuera por falta de ganas.

—Avísame cuando cambies de opinión —le replicó Nérdegar.

Hizo un gesto y los guardias lo arrancaron de la silla y se lo llevaron de allí a empellones. El plato de Arjesen estaba aún casi entero.

Mientras se lo llevaban, Nérdegar pensó que el joven estaba demostrando ser más inteligente de lo que había creído. Esbozó una sonrisa ensimismada.

Los guardias arrojaron al bufón más allá del umbral de la torre del homenaje y el joven trastabilló hasta quedar sentado en los escalones. Ante él, Naga iluminó el patio con su luz violácea y en seguida se ocultó tras las nubes. Con aquel fugaz resplandor, los levísimos pliegues del velo que lo llenaban todo en la penumbra de aquel día tan gris, desaparecieron por un instante, donde los había tocado la luz, y después reaparecieron cuando está se desvaneció. El bufón no quería levantarse, pero su estómago rugía pidiendo más comida, así que se puso en pie y terminó de bajar la escalinata. Afortunadamente el pozo no estaba muy lejos, porque

avanzaba por las sombrías callejas dando tumbos. No sabía si era a causa del vino o del hambre. Cuando llegó al pozo había una anciana sacando agua. Esperó a que acabara, procurando no perder el equilibrio, pero antes de que pudiera acercarse, varias mujeres pasaron por su lado y empezaron a bajar y subir el cubo para llenar sus cántaros, mientras charlaban. Les hubiera pedido agua, pero sabía que no podía hacerlo. Así que se sentó en el suelo, mareado y con la boca seca, y esperó otra vez. Tardaron un buen rato en terminar. En cuanto se alejaron se puso en pie con una sed tan espantosa que, si hubiera llegado alguien más antes de que consiguiera sacar agua, se hubiera arrojado al pozo de cabeza. Subió el cubo y bebió de él hasta que no pudo más, empapándose en su ansia de saciar su sed. Se sentía un poco más despejado, aunque empezó a temblar. Estaba mojado y hacía frío.

La poca comida que había probado en la mesa de Nérdegar le había despertado aún más el apetito y se dirigió al comedor de la guardia. No era un lugar que le gustara demasiado frecuentar. Allí siempre recibía algún golpe, pero era invariablemente donde más comida había por el suelo. Pocas veces se atrevía a coger algo que estuviera sobre las mesas a no ser que el comedor se encontrara vacío. Para su contrariedad oyó un clamor de voces broncas atronando en el interior. Hacía poco del cambio de guardia. Si no hubiera estado tan hambriento, habría dado media vuelta para regresar más tarde, pero decidió arriesgarse. Cuando atravesó la puerta nadie pareció advertir su presencia. Arrugó el ceño al descubrir varios perros alrededor de las mesas y maldijo su mala suerte. Apenas quedaría nada. Se sentó en el suelo, ceñudo y escrutando entre la paja esparcida.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó una voz sobre él.

Levantó la cabeza y se encontró con un guardia picado de viruela. Le sonaba su cara destrozada y creyó recordar que había estado presente en el juego del postre. Parecía mirarle con muy pocas simpatías.

—¿Tienes hambre, perro? —. Arrancó un trozo del pan que estaba mordiéndolo y se lo lanzó un poco más lejos. —Ve a buscarlo.

Arjesen no se movió y recibió una fuerte patada en el costado que lo tumbó de lado. El golpe le confirmó lo que ya sabía: no debería haber entrado allí. Se levantó. Era mucho más alto que el guardia.

—Ve a buscarlo tú —le dijo con calma.

Sabía que no podía golpearlo, pero no existía ninguna orden que le impidiera contestar. El rostro roído del hombre se contrajo de furia.

—¿Quién te crees que eres para replicarme de esa manera, mierda de

bufón?

El hombre lo aferró por la muñeca, pero Arjesen consiguió escurrirse de entre sus dedos y se alejó dos pasos. Al comprobar el temperamento encendido de aquel guardia se le había ocurrido de repente cómo conseguir el pan que llevaba en la mano y darle a la vez una lección. Sólo esperaba que su cuerpo le respondiera. Se puso en tensión.

—Al menos no soy un cerdo leproso —lo provocó, con todo el desprecio que pudo encontrar en su interior.

El capitán enrojeció e intentó golpearlo con el puño dos veces. En ambas ocasiones Arjesen lo esquivó fácilmente. Había conseguido ponerlo furioso. Retrocedió hasta el muro y dejó que lo acorralara contra él. El hombre le lanzó un puñetazo al estómago. El bufón se apartó en el último instante con un movimiento tan natural que parecía no costarle el más mínimo esfuerzo.

—¡Malnacido! —gritó el capitán cuando su puño se estrelló contra la piedra—. Te vas a enterar.

El dolor le hizo soltar el pan que tenía en la otra mano. Se frotó los nudillos ensangrentados.

—Vamos, no acuses al chico de tu torpeza —se rio alguien—. Tú mismo te has peleado con la pared.

Las risas se extendieron de inmediato por el comedor.

Con un movimiento rápido de su mano Arjesen cogió el pan antes de que lo alcanzara uno de los perros y se incorporó de un salto. Atravesó la puerta sin volverse, perseguido por las maldiciones del guardia y las carcajadas del resto de sus compañeros.

Apenas había alcanzado la esquina cuando tuvo que detenerse con la sensación de que iba a caerse redondo al suelo. Apoyándose en la pared buscó una calleja lateral y se sentó. Se comió el pan con avidez y después cerró los ojos esperando que se le pasara el mareo, pero al notar que lo observaban volvió a abrirlos. En la bocacalle, recortado contra la luz de la plaza, se había detenido un hombre delgado, con el bordado jubón apenas abrochado y la camisa blanca asomando fuera. Llevaba a hombros a un niño de pocos Advenimientos. El desconocido esbozó una débil sonrisa y al fin Arjesen reconoció los ojos oscuros, de mirada franca. Era Dewreër, el caballero del rey. En otros tiempos aquel hombre lo había tratado como a su propio hijo. El caballero echó un vistazo a la plaza y luego a la oscura calleja, indeciso. Por fin se acercó y se detuvo ante Arjesen. Bajó a

su hijo hasta el suelo, frente al joven, y después se acuclilló junto al niño.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con gravedad.

Era evidente que le habían llegado noticias de lo ocurrido en el banquete de hacía diecisiete días.

—Bien —respondió Arjesen, algo lacónico.

El niño agarró un mechón de Arjesen y empezó a tirar de él. Se rio con expresión traviesa. El caballero enarcó las cejas, mientras observaba como el bufón jugaba distraídamente con su hijo. O las noticias que le habían llegado eran exageradas o el muchacho no estaba tan bien como decía.

—¿Con qué te golpeó Thagad?

Arjesen hizo un leve mohín, extrañado de que le hiciera aquella pregunta. Apartó con suavidad la mano del niño de su cara.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Tú dímelo —insistió el hombre.

—Con su espada.

Eso era lo que el caballero había oído.

—¿Cinco?, ¿seis veces?

El joven levantó la cabeza, mirándolo como si ambos estuvieran hablando de temas diferentes.

—No conté los golpes —le respondió con amarga ironía—. Hasta que se le cayó la espada de la mano. Me dedicó toda su atención durante casi una hora.

Las decididas facciones del caballero se endurecieron. A través de la piel tostada por los dos soles de Aar era fácil ver que palidecía.

—¡Por todos los velos!

Después acarició la cabeza de su hijo con su mano encallecida, ensimismado. Para los habitantes del castillo se había hecho evidente ya desde la más temprana edad que Arjesen era diferente. Rápido como una ardilla y ligero como un gorrión, muchos habían dado por sentado que era una cría de marcado por el aire comprado en cualquier mercado, a la que Nérdegar estaba esperando ver crecer. Dewreër, que lo conocía mejor, ya

que lo hospedaba en sus habitaciones, había advertido también un vigor extraño en el niño y una resistencia inhumana que recordaba a los marcados por la tierra. Poco a poco se dio cuenta de lo valioso que parecía ser para Nérdegar aquel pequeño y durante mucho tiempo creyó que se trataba de un mestizo de aire y tierra, una singularidad que nunca antes se había dado en aquel mundo. Una posesión única y rara para cualquiera que coleccionara portentos. Pero el caso es que Dewreër nunca había visto ninguna marca de los Artesanos en el cuerpo de aquella criatura.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —Se calló. Dos mujeres cruzaban en ese momento la bocacalle—. Cualquiera hombre estaría muerto después de eso —terminó, cuando hubieron desaparecido.

El joven le devolvió la mirada. Parecía confuso.

—¿A dónde quieres ir a parar, Dewreër? —murmuró—. ¿Por qué te parece tan extraño? Fuiste tú quien primero me habló de lo que podía esperar de mi cuerpo.

De pronto el caballero se encerró en sus propias reflexiones. No dejaba de darle vueltas en su cabeza a la idea de que incluso un marcado por la tierra yacería aún roto por dentro después de semejante paliza. Puede que los más poderosos sobrevivieran, pero desde luego no se sostendrían todavía sobre sus pies. Lo que Dewreër estaba empezando a barruntar le hizo sentir náuseas.

—¿No recuerdas nada anterior a tu llegada a Ofräem? —preguntó en un susurro.

—No. ¿Por qué me estás haciendo todas estas preguntas? —insistió Arjesen.

El caballero se pasó la mano por los espesos cabellos castaños como si quisiera morderse la lengua para no decir más. Inesperadamente su expresión tensa desapareció tras una súbita reserva. Contempló con fijeza al bufón. Después se volvió a su hijo con una expresión pesada y angustiada.

—Olvida todo lo que te he dicho.

—¿Que olvide el qué? —exclamó Arjesen en voz baja, cada vez más desconcertado. —Entonces vio a dos soldados que cruzaban la plaza para enfilar el sucio callejón—. Es mejor que te vayas, Dewreër.

El hombre volvió la cabeza para mirar en la misma dirección y asintió.

—Cuídate tanto como puedas —le sonrió con tristeza antes de levantarse

Cogió a su hijo y se lo cargó a hombros con extrema facilidad. De pronto se volvió.

—No te lo he dicho. Mi hijo se llama Freyn. Ya sabes por quién.

Arjesen no dijo nada. Aquel era el nombre que él mismo se había dado de niño, pero hubiera preferido no saberlo. Era otro peso más que llevar auestas. Durante los doce primeros Advenimientos que había pasado en la fortaleza había creado lazos muy fuertes con algunos de los habitantes del castillo. Y ahora cada una de aquellas personas, a las que había querido como a la familia que nunca había tenido, formaban los eslabones de la férrea cadena con la que Nérdegar lo sujetaba sin remedio a su trono. La amenaza del hacha pendía siempre sobre sus cabezas, dispuesta a caer sobre cualquiera de ellos en cuanto Arjesen osara hacer el menor movimiento para sacudirse el yugo del rey. En una ocasión Nérdegar le había demostrado ya amargamente hasta dónde era capaz de llegar. Aquel pensamiento lo puso de un humor sombrío. Los dos soldados pasaron por su lado.

—No puedes estar aquí —le dijo uno de ellos sin detenerse—. El rey no quiere que andes escondido por los rincones. Vete a la plaza.

Se levantó con gesto cansado, pero no se encaminó a la plaza. Aún tenía hambre y se dirigió a la bodega del castillo. Hacía las veces de improvisada taberna y la regentaba el hombre que se encargaba del suministro de vinos para Nérdegar.

Nada más atravesar la puerta lo recibió un trozo de lechuga que le dio en el rostro.

—¿Ya vuelves a estar aquí? Te he dicho mil veces que no quiero que vengas. No traes más que problemas y me espantas a la clientela con esa pinta.

El hombrecillo calvo y abotargado lo contempló con una mueca desde detrás del mostrador. Arjesen había entrado en uno de los escasos momentos en que la taberna estaba vacía.

—Entonces déjame coger lo que pueda y me marcharé enseguida, Janad —le respondió el joven.

—¿Cómo puedo deshacerme de ti, bufón? Cada vez que vienes tendría que denunciarte a la guardia y decirles que me has golpeado. Así seguro que no regresarías.

Arjesen se había inclinado para coger un trozo mordido de panceta. Le daba un poco de asco, pero no estaba en situación de hacerse el remilgado. Se irguió y miró al tabernero por encima de la mesa, algo preocupado, pero decidió que el hombre no hablaba en serio. Renegaba mucho, aunque no era mala persona. Tenía la impresión de que le trataba de aquella manera debido tan solo al miedo que le causaba la ira del rey.

—Regresaría igual. Tengo que comer, ¿sabes? —le respondió mientras se dirigía a la siguiente mesa.

Por un momento el tabernero no supo qué decir, pero Arjesen, arrodillado tras las sillas, no advirtió su mirada contrita.

El bufón se levantó. Sobre la última de las mesas quedaba un resto de queso que parecía casi entero. Al verlo, Arjesen tragó saliva. Aquello era un verdadero banquete, pero no estaba seguro de que el tabernero le dejara cogerlo. Todavía se podía aprovechar. Lo miró.

—¡Qué la oscuridad de Aenarión se te lleve! —exclamó el tabernero, irritado—. No quiero ni verte —gruñó y se fue hacia la bodega llevándose varias jarras vacías—. Cuando salga ya no quiero que estés aquí.

Arjesen esbozó un mohín pensativo mientras recogía el pedazo de queso. Había otro trozo de pan en una esquina del suelo. Estaba duro como una piedra, pero se lo llevó igualmente. Después salió de la taberna.

Al atravesar el umbral, se dio de bruces con un grupo de jóvenes. Lo empujaron hacia atrás.

—Mira por dónde vas, necio.

Arjesen dio un respingo, porque los conocía. Elegantemente vestidos y de porte orgulloso. Una vez se habían quejado a la guardia de él, cuando ni siquiera sabía aún quiénes eran, y eso le había costado una buena tunda y tres días en el pozo. Después lo habían vuelto a denunciar dos veces más, sin motivo. Lo encontraban divertido. Había sabido que uno de ellos se llamaba Vrenar, el más alto, de cabello oscuro y facciones rudas y angulosas, que ahora le estaba mirando con una sonrisa torcida. Era el hijo de Thagad.

—Mira a quien tenemos aquí. —Al decir esto le dio un golpe en la nuca con la palma de la mano. Era un poco más bajo que él—. Al bufón del rey.

Arjesen retrocedió sin decir nada. Intentó marcharse en dirección contraria, pero Vrenar lo agarró del brazo sin contener su fuerza.

—No te vayas tan deprisa —le dijo en tono burlón—. ¿Por qué no nos entretienes un poco? Da unas volteretas o haz alguna de esas cosas tan

graciosas que hacen los bufones. Si nos haces reír, te dejaremos marchar.

—Vete al cuerno —le escupió Arjesen con ira.

Prefería que se enfurecieran y le pegaran de una vez ellos mismos, antes de que volvieran a denunciarle a la guardia y eso le costara una paliza aún peor y otra bajada al pozo. Acababa de salir de allí y no le apetecía volver. Si se apaciguaban pegándole, quizá se sintieran satisfechos sólo con eso y se olvidarían de lo demás.

Recibió un rudo empujón y chocó contra la pared.

—¿Qué forma de hablarme es esa? —le increpó Vrenar.

El bufón tensó la espalda, dolorido.

—Pareces una niña —le dijo, aunque el golpe había sido bastante fuerte.

—Al suelo con él —dijo Vrenar.

Lo tumbaron entre los cinco y empezaron a darle patadas. Se encogió tanto como pudo protegiéndose con los brazos. Afortunadamente eran hijos de cortesanos y comerciantes y llevaban caras botas de suela blanda. Nada que ver con las duras botas de los guardias.

—¿Qué llevas en la mano? —preguntó Vrenar al ver que, a pesar de los golpes, el bufón no soltaba lo que tenía en ella. Intentó aferrarle el brazo, pero Arjesen se le adelantó y lo esquivó—. Sujetadlo —dijo. Lo inmovilizaron entre todos a pesar de su denodada resistencia y Vrenar tuvo que abrirle los dedos a la fuerza. Uno a uno—. ¿Un pedazo de queso? —se sorprendió. Seguramente pensaba que no era nada del otro mundo—. ¿Es esta tu cena, bufón? Pues mira lo que hago con ella.

Arjesen, sujeto contra el suelo, contempló con una mueca como la bota de Vrenar hacia puré el queso contra el empedrado.

—Ahora será de tu gusto. Es una cena más adecuada para ti.

Mientras mantenía el brazo del bufón aprisionado bajo su rodilla, sacó la daga y la posó sobre el meñique de Arjesen. El bufón, tumbado en el suelo e incapaz de desasirse, levantó los ojos hacia el rostro alargado y de expresión tiránica que tenía justo encima, sin lograr hacerse una idea de lo que pretendía aquel endemoniado noble. La afilada hoja se clavó en el nacimiento de su dedo cortando la carne hasta llegar al hueso. Arjesen se retorció en vano con un alarido roto. De repente una mano crispada se

aferró a la muñeca de Vrenar y le detuvo.

—¿Qué haces? —exclamó espantado el joven de ojos claros que tenía al lado.

El forcejeo que mantenían ambos nobles apenas consiguió apartar la hoja de la carne.

—Suéltame, Grae. Quiero ese dedo —masculló Vrenar sin dejarse vencer. Sus ojos relucían con un fuego extraño.

—¿Para qué narices quieres el dedo de un bufón? —se sobresaltó otra voz.

—Eso es cosa mía —murmuró Vrenar.

Parecía decidido hasta un punto que resultaba incomprensible.

—Si lo haces, el rey te despellejará. Y a nosotros contigo. —Había una nota de terror en la voz del joven llamado Grae que le contenía.

El resto de manos habían soltado su presa una tras otra al advertir el peligroso giro que había tomado aquel encuentro. Arjesen aprovechó para zafarse. Consiguió retirar su brazo de un brusco tirón, dejándose un buen trozo de piel y carne bajo la hoja de Vrenar, pero con el dedo aún entero y unido a su mano.

Vrenar se mordía los finos labios, considerando hasta qué punto la posición de su padre en la corte podía protegerle. De golpe se incorporó y se guardó la daga en el cinto, mientras Arjesen seguía mirándole sin aliento desde el suelo. Grae soltó a su camarada, pero, antes de volverse, Vrenar le lanzó una patada al bufón en plena cara que este esquivó por poco.

Grae se llevó a Vrenar a rastras. Desaparecieron por la esquina, mientras Arjesen aún los seguía con la mirada aferrándose el dedo herido. Luego se tendió en el suelo, ignorado por los transeúntes que pasaban de vez en cuando por aquella calle. Solo al cabo de un largo momento se incorporó. Se pasó la mano sana por la cara y notó sangre en la boca. No había salido tan mal parado. Sólo tenía unas cuantas contusiones y un corte en el labio. Y un dedo medio arrancado. Se sintió desanimado al mirar el pedazo de queso. Recogió lo poco que quedaba intentando quitarle en vano la tierra, pero solo consiguió llenarlo de sangre. Apretó la mandíbula, airado, mientras arrancaba una tira de su maltrecha túnica para envolverse el meñique. ¿Por qué demonios quería el lunático de Vrenar un dedo suyo? Algún día se daría el gusto de darles una paliza a aquellos zopencos al coste que fuera. Se había quedado otra vez sin nada que

comer y no habría mercado hasta el día siguiente. Sacudió la cabeza para despejarse un poco, se puso en pie y se encaminó a la herrería.

Capítulo 10

Una vez había entrado en ella para refugiarse de la lluvia y entrevió un hogar encendido y una mesa y cuatro sillas en una habitación contigua, a través de una puerta entornada. Era la cocina de los herreros. Estos le dejaban ir y venir a su antojo sin hacerle el menor caso. Sólo eran tres, pero debían ser muy descuidados si tenía en cuenta cómo dejaban aquella estancia. Un día había huesos de ave en los platos, sobre la mesa sin quitar, todavía con algo de carne. Al siguiente una manzana mordida solo a medias bajo una silla. Aunque a veces no había nada. Arjesen sabía que el trabajo de los herreros era muy valorado en los castillos y pensó que debían ser espléndidamente recompensados por el rey. Que comían muy bien era evidente por las sobras de sus cenas. Se llenaban la tripa incluso mejor que los guardias.

Cuando llegó a la herrería, estaba desierta. Entró en la otra habitación y suspiró con desaliento. Aquel día no había nada que llevarse a la boca. Salió otra vez a la herrería, dominada por la enorme fragua, y se sentó en uno de los altos salientes del muro con las piernas cruzadas. A su lado reposaban pacíficamente herraduras, cuchillos, platos y jarras y sin querer se fijó en los cuchillos. Si se le ocurría tocar sólo uno lo iba a pagar muy caro, así que intentó olvidarse de eso. Se estaba bien en aquel rincón, caliente y seco. Entonces uno de los herreros llegó desde la parte de atrás con unas tenazas en la mano. Arjesen reconoció al hombre, muy fuerte, rubio y de ojos azules al que sus compañeros llamaban Randuir, de barba corta y mandíbula cuadrada. Llevaba tan solo los pantalones y el delantal de cuero picado de quemaduras y se dirigió a la fragua encendida. Al pasar por su lado miró apenas los restos pisoteados de queso que el joven sostenía en su mano, el labio partido y su dedo vendado y ensangrentado, aunque no dijo nada. Los músculos de sus hombros empezaron a tensarse con movimientos poderosos, mientras manejaba el fuelle para avivar el fuego. Estuvieron así mientras en el exterior Irugh, el pálido, intentaba en vano asomarse entre las nubes.

—Deberías cambiarte de ropa —dijo por fin Randuir, volviéndose sólo a medias.

Arjesen levantó la cabeza. Hacía un rato que había dado buena cuenta del queso terroso, la panceta mordida y el pan petrificado. Se había dejado llevar por sus pensamientos y no esperaba que el hombre se dirigiera a él, porque no era muy hablador. Se miró la parte de atrás de la túnica. Quedaban apenas unos cuantos jirones acartonados a causa de la sangre seca y era bastante desagradable verlos. Supuso que todo él no debía oler muy bien.

—No es tan fácil. Los pobres no suelen tirar sus ropas así como así y los poderosos no me conceden precisamente esa clase de regalos —dijo con

voz queda.

De hecho, la ropa que llevaba se la había proporcionado el mismo Nérdegar hacía un Advenimiento, porque ya se presentaba casi desnudo a sus banquetes.

El hombre golpeó tres veces la herradura que estaba trabajando antes de hablar otra vez.

—Este mediodía he pasado por delante de la casa del viejo Gedian. He visto una chaqueta de cuero que quizá te sirva. La tiene tirada en el patio. Parece que la va a utilizar para espantar a los cuervos en sus trigales. Cógela tú primero. No creo que te apalee por eso.

Arjesen lo miró, un tanto extrañado por el detalle de que le proporcionara aquella información.

—Ahora vete. No quiero problemas por tu culpa —le dijo Randuir de espaldas a él. Sin embargo, no había dureza en su voz.

Arjesen saltó del poyo de piedra y se fue. Seguía sintiendo hambre, pero al menos ya conseguía andar con paso más seguro. Cuando llegó a la casa que le había indicado el herrero, pasó sobre el muro bajo del patio. Por lo visto habían estado haciendo limpieza allí. Coronando un montón de muebles astillados y escombros vio la chaqueta de cuero y la cogió. El forro de lana estaba hecho jirones, aunque todavía servía para hacerla más caliente, y la manga izquierda estaba rasgada del todo desde el hombro. Mientras sostenía la prenda, un hedor penetrante lo envolvió de pronto y se la acercó a la nariz. La apartó de golpe. Nunca había tenido en sus manos nada que oliera tan mal. Era como si una docena de gatos se hubieran meado encima. Entonces la puerta de la casa se abrió. Por instinto, Arjesen retrocedió en dos zancadas y sobrepasó el muro de un salto. Desde el otro lado se volvió. Una mujer lo contemplaba con el ceño fruncido, aunque no le dijo nada. El joven se marchó deprisa, llevándose la chaqueta.

Se fue directo al lavadero. Lo formaban dos grandes pilas rectangulares, una colocada a más altura, desde la cual el agua se deslizaba sobre la siguiente por una hendidura en la piedra, en un grueso chorro que murmuraba día y noche. Rematados por un canalillo para el agua sucia, los bordes anchos e inclinados de la segunda pila servían para lavar la ropa, aunque a esa hora las mujeres aún andaban atareadas con sus guisos y no había ninguna haciendo la colada. Arjesen sumergió la chaqueta en un agua fría como la nieve, pero a pesar de ello removió, sacudió y estrujó con todas sus fuerzas la prenda hedionda que sujetaba, hasta que las manos se le pusieron rojas. La sacó chorreando de la pila y se la llevó a la nariz otra vez. Echó de menos un poco de jabón, al darse cuenta de que todavía olía a meados de gato. Entonces reparó en sus

brazos. La piel limpia, dorada por los dos soles de Aar, le llegaba hasta donde se había mojado. A partir de los codos su piel parecía casi bruna. Estaba realmente sucio. Al inclinarse sobre la pila vio su reflejo bailando en el agua y espero hasta que la superficie se quedó quieta. Estaba mucho más delgado de lo que pensaba, tenía el labio superior hinchado y el cabello enmarañado y se sorprendió al ver grandes rastros de pintura roja y azul sobre su cara. No recordaba llevar la cara pintada. De vez en cuando a Nérdegar le gustaba que se embadurnara de vivos colores, porque decía que era la única manera de que pareciera un bufón de verdad, y la pintura que le daban era muy difícil de quitar. Una vez incluso había tenido que ponerse tinte del que usaban en los telares. Se enfureció al recordarlo. No había pensado bañarse debido al intenso frío, pero estaba tan enojado que se quitó las botas y la túnica, se subió a la pila y se lanzó al agua sin pensarlo. Al instante su furia se apagó. Creyó que iba a convertirse en un trozo de hielo.

Con las manos torpes por el frío se quitó los pantalones y los frotó tan fuerte como pudo. Luego los dejó en el borde de piedra para que se escurrieran un poco. Se hundió del todo y se restregó con ímpetu los cabellos y el rostro para quitarse la pintura. Siguió frotando y sumergiéndose hasta que se sintió de nuevo un ser humano. Cuando se detuvo con un bufido, ya había algunas mujeres lavando en el otro extremo de la pila. Salió desnudo del agua y escuchó risas ahogadas. Al volverse a medias para coger su ropa, descubrió las miradas de las mujeres fijas en él. Les dio la espalda y se puso los pantalones mojados. Después miró la túnica ensangrentada que acababa de quitarse solo unos momentos antes. Ahora le producía tal repugnancia que decidió no ponérsela a pesar de que estaba tiritando. Con un mohín se sacudió el agua del cabello como pudo y sacó la chaqueta de la pila y la extendió sobre el borde. Después se tendió en el banco que recorría el contorno del lavadero, temblando, sintiendo a veces un poco de la presencia de Irugh sobre la piel, mientras oía como charlaban las mujeres.

Al cabo de un rato se incorporó apenas para cambiarse de sitio y al abrir los ojos sorprendió como le observaba una de las muchachas más jóvenes. Ella se ruborizó y apartó la mirada enseguida. Con la cabeza apoyada en una mano, Arjesen la contempló un largo momento y decidió que era muy bonita, aunque ahora estaba tan rígida como un palo de escoba. Torció el gesto. Para lo que le iba a aprovechar a él, tanto daba que fuera una diosa o un engendro infernal. Se levantó y buscó un pedazo de banco en el que diera un poco del calor de Irugh que se colaba entre las nubes. Allí se tendió boca abajo para acabar de secarse, mientras grupos de mujeres iban y venían. Mientras se amodorraba, se dijo que, puestos a soñar imposibles, prefería imaginarse en brazos de la reina de Nydgaal. Respiró despacio, con suavidad, imaginando los delicados dedos de aquella muchacha hundidos en sus cabellos. Acariciando unos cabellos más limpios y cuidados, como en realidad podrían llegar a ser si las cosas

fueran distintas...

Solo despertó de nuevo a causa del frío. El bufón se levantó y empezó a maldecir por lo bajo al darse cuenta de lo tarde que era. Irugh ya no estaba y Naga se precipitaba tras el horizonte. Había pensado regresar al comedor de la guardia tras el segundo turno, pero se dio cuenta de que ya no tendría tiempo. Antes del anochecer debía estar sin falta en el salón de los banquetes. Era la única obligación que le había impuesto el rey: presentarse cada noche a la hora de la cena y esperar allí, por si a Nérdegar se le antojaba llamarle.

El crepúsculo se apagaba, los pliegues del velo empezaban a distinguirse con más claridad y ya no quedaba nadie en el lavadero. Tomó la chaqueta, que aún estaba húmeda, pero se la puso. Su propio calor haría que se secara más deprisa. Se demoró un instante en los callejones del castillo, porque por una vez no se sentía tan diferente a los demás y disfrutaba paseando por ellos. Iba bastante limpio y la chaqueta sólo tenía una manga rota. Se sentía optimista. Quizá incluso podría encontrar la manera de coserla.

Subió a las murallas y se detuvo para contemplar las casas de la villa amontonadas a sus pies. Había recorrido las calles que las cruzaban cientos de veces con la mirada, pero nunca las había pisado. Para él estaban tan lejos como si fueran un espejismo. Tenía prohibido salir del castillo y el mundo que conocía se acababa al pie de sus altos muros. De pronto pensó que llevaba una vida tan miserable que apenas podía creerlo y a veces se sentía tan triste y desesperanzado que le resultaba imposible arrastrar aquel sentimiento consigo. Apoyó las manos entre las almenas contemplando la villa al atardecer, hirviente con una muchedumbre que llenaba sus callejas umbrías. La ominosa presencia del Oscurecimiento, asomando apenas, inamovible en el este, se confundía poco a poco con la noche. En contraposición, las voces que le llegaban con claridad y las ventanas de las casas, que empezaban a iluminarse con los reflejos de las chimeneas, le parecieron irresistiblemente cálidas. Hubiera dado su mano derecha por ser uno de aquellos hombres que se afanaban hacia sus hogares. El bufón sintió un nudo en la garganta, pero si había perdido las ganas de sonreír, también había perdido la capacidad de llorar. El último destello violeta de Naga ya se había ocultado tras el horizonte, así que se giró y se dirigió apresuradamente hacia la oscura silueta de la torre del homenaje, mientras las sombras de la noche y los pliegues del velo se apoderaban del castillo.

Capítulo 11

El bufón llegó tarde al banquete y se maldijo a sí mismo por haberse entretenido tanto. Se deslizó a lo largo de la pared y se sentó en el sitio acostumbrado, en el suelo, al fondo del salón y lo más lejos posible de la mesa del rey. Se dio cuenta de que Nérdegar le miraba de vez en cuando y comprendió que estaba enojado por su tardanza. Al menos las mesas no estaban juntas, así que no tenía previsto jugar al postre con él. Había albergado la esperanza de que el rey le ignorara esa noche, sin embargo, eso ocurría muy pocas veces y nunca dejaba de llamarlo a su presencia cuando estaba irritado. Y era evidente que esa noche lo estaba. Por lo que esa alegre perspectiva se esfumó de inmediato. Cuando uno de los pajes derramó el vino, Nérdegar a punto estuvo de perder la paciencia y el resto se pusieron tan nerviosos que temblaban como hojas al acercarle los platos. Arjesen reconoció al muchacho que había derramado la copa de vino, era el mismo que Nérdegar le había ofrecido a la reina de Nydgaal para que ocupara su lugar. Le pareció tan pálido y lloroso como aquel día y dudó que llegara a recuperar la serenidad mientras estuviera al servicio personal de Nérdegar. Si seguía tan torpe y nervioso, con un poco de suerte el rey lo mandaría a las pocilgas a cuidar cerdos. Afortunado él.

El bufón solía evitar recoger los restos de los banquetes del rey, porque no quería añadir esa satisfacción a todas las que ya obtenía Nérdegar de su presencia, pero aquel día estaba tan hambriento que le costaba un esfuerzo sobrehumano contenerse. Para evitar la tentación apartó la mirada hacia el muro reposando una mejilla contra sus rodillas y se quedó adormilado. El banquete se acercaba al final cuando oyó la voz de Nérdegar reclamando a su bufón. A Arjesen le pareció que tenía un tono más imperativo que de costumbre. Levantó la cabeza y se puso en pie de inmediato. Como siempre, se detuvo al pie de la elevada mesa y esperó. Nérdegar lo tuvo allí de pie frente a él un buen rato, mientras terminaba de hablar con su tesorero y después atendía a Thagad. El antiguo noble se acercó en compañía de su hijo, emperifollado como un verdadero cortesano con motivo de su presentación en la corte. Cuando se retiraban, el rostro de Vrenar, desde la cima de aquel montón de ricos terciopelos anaranjados y ocre, le dirigió una mirada tan breve y ausente como si contemplara un mero guijarro en su camino. Arjesen se pasó la lengua por el corte que tenía en el labio con amargura. Entonces el rey tomó su copa de vino y se volvió por fin a su bufón.

—¿Qué importantes asuntos te han retenido esta tarde, bufón? —le preguntó, recorriéndole con los ojos de arriba abajo.

Resultaba evidente, así que el joven no pudo hacer otra cosa que admitirlo.

—Me he bañado, majestad.

Como acababa de salir del pozo, Arjesen aún no tenía ninguna marca en el rostro, a parte del corte en el labio, y mostraba un aspecto espléndido a pesar de su delgadez. Los cabellos de un rubio purísimo le caían en mechones cortos e irregulares sobre la frente y alrededor de la cabeza, porque Nérdegar lo hacía rapar cuando se enojaba, pero incluso eso lo favorecía. Nérdegar centró su atención en aquella chaqueta que no había visto antes y después escrutó el rostro del joven. Su boca esbozó un leve mohín, comprendiendo enseguida lo que aquel baño había significado en realidad para su bufón. Por un momento Arjesen tuvo la sensación de que el rey podía leer en él como en un libro abierto.

—Ya lo veo, pero a decir verdad estás demasiado limpio para mi gusto.

Un apagado rumor de risas recorrió la multicolor muchedumbre que llenaba el salón y el bufón apretó los labios presintiendo que iba a ser una noche difícil. El rey permaneció en silencio, mientras lo contemplaba. Se tomó su tiempo paladeando el vino, hasta que por fin chasqueó la lengua como si hubiera encontrado la solución a aquel complejo problema. Llamó a dos pajes.

—Traed pintura para el bufón. —Lo pensó un momento—. No. Traedme tinte de los telares. Blanco y negro.

Arjesen sintió que se le caía el alma a los pies y no pudo contener una exclamación. Acababa de bañarse, estaba limpio por primera vez en mucho tiempo y el rey quería que se cubriera el cuerpo de tinte. Lo único que después no había forma de quitarse de encima de ninguna manera. Ese pensamiento hizo que se le revolviera el estómago y se le acelerara la respiración.

Dos de los pajes salieron corriendo del salón y, mientras esperaban, Arjesen ni se movió ni miró al rey. Sentía una maraña salvaje de pensamientos bullendo en su cabeza. Los pajes tardaron un buen rato en regresar, porque habían tenido que ir a buscar el tinte hasta los telares que estaban fuera de las murallas. Jadeando, dejaron dos tinajas justo a sus pies. Uno de ellos miró asustado a Arjesen cuando retrocedía, al descubrir la expresión tormentosa con la que el joven contemplaba el tinte. Era el muchacho que había derramado el vino.

—Eres un bufón —le dijo Nérdegar. Arjesen levantó los ojos de las tinajas para mirarle. Fulguraban. El rey conocía esa mirada. Ya la había visto en otras ocasiones—. Y tienes que parecer un bufón —terminó.

Ambos se miraron.

—Empieza a pintarte —le dijo el rey.

El salón había enmudecido por completo. Arjesen abrió los labios resecos y tragó saliva.

—No pienso hacerlo.

El rey frunció apenas el ceño, como si estuviese considerando aquella respuesta. No sonreía, pero el joven advirtió un destello de diversión en su mirada.

—Esa no es una decisión que puedas tomar tú —dijo por fin, con la misma tranquilidad que había mantenido en toda la conversación—. Terminarás lleno de tinte, quieras o no. Si no lo haces tú mismo, lo harán ellos —le dijo señalando a los guardias—¿Por qué te empeñas en hacerlo más difícil?

Pero Arjesen se resistía a doblegarse. Empezaba a sentir una ira incontenible que le latía en el pecho y le estallaba en la cabeza. Aquella vez se sentía incapaz de aceptar lo que el rey quería imponerle en contra de su voluntad.

—¿Y porque habría de hacértelo fácil? —le respondió con acento inesperadamente fogoso.

Se daba cuenta de que a Nérdegar le complacía verle en aquel estado, pero ni aun así conseguía contenerse.

Para el gusto del rey, Arjesen sufría de aquellos estallidos de ira demasiado de tarde en tarde. Durante los cinco Advenimientos que lo había tenido como bufón solo lo había visto descontrolado en dos ocasiones. A veces se preguntaba de dónde sacaba las fuerzas para contenerse tan bien. El dominio que ejercía sobre sus propias emociones lo sorprendía. Aunque a Nérdegar nada le causaba mayor placer que aplastar aquellas violentas explosiones de genio. Quizá el joven lo adivinaba y por ello las evitaba con tanta determinación.

Nérdegar les hizo un gesto a sus guardias.

—Adelante.

Arjesen retrocedió hasta que lo acorralaron contra el muro, mientras los cortesanos se apartaban a su alrededor. Por fin tres guardias consiguieron aferrarlo por los brazos y por los hombros y lo arrastraron de nuevo hacia el centro del salón. Otros le rasgaron la chaqueta y se la quitaron a trozos. Arjesen se sintió tan descorazonado al verlo que se sacudió a los hombres que lo sujetaban. Intentaron contenerle, pero no lo consiguieron y Thagad tuvo que llamar a los guardias que estaban en el pasadizo.

Finalmente lograron inmovilizarlo. Lo asieron por el cabello y, con las manos enguantadas para no mancharse, dos de ellos empezaron a pasarle los dedos mojados en tinte por la cara. Arjesen no se estaba quieto y la tarea resultaba bastante ardua, pero aún así le pintaron el rostro y el cuello con gruesas bandas en diagonal, siguiendo las precisas indicaciones de Nérdegar, y el torso y los brazos con grandes manchas que ondulaban sobre su piel.

—Que no le quede un rincón de piel sin pintar —dijo el rey.

Los guardias lo desnudaron del todo y le derramaron tinte por el resto del cuerpo hasta cubrirlo por completo. Arjesen escuchaba las burlas y los murmullos de los cortesanos, entre ellas las risas de Vrenar, y sentía la sorna que llenaba el salón, la malsana diversión que flotaba entre los presentes. Por un instante pensó que iba a enloquecer de rabia.

Cuando terminaron, los guardias lo mantuvieron en pie, ante Nérdegar.

—Ahora estás más a mi gusto.

—Me lo quitaré, aunque tenga que arrancarme la piel a tiras —le gritó Arjesen, aún estremeciéndose de ira.

El rey lo contempló, con una sonrisa ensimismada.

—Atadle las manos a la espalda. Es bien capaz de hacer lo que dice.

Los guardias trajeron una cuerda y le ataron las muñecas. Arjesen se revolvió tan enfurecido entre los hombres que lo sujetaban que cayó al suelo. Los guardias lo levantaron de nuevo.

—Traed la jaula para lobos más grande que encontréis —le dijo el rey a Thagad—. Si lo dejo libre es capaz de dejarse la piel en las paredes, aún con las manos atadas.

—¡Eres un bastardo! ¡Malnacido! Algún día te veré arrodillado a mis pies. ¡Te lo juro! —rugió el joven con la voz desgarrada, intentando a la vez liberarse de las manos de los guardias para lanzarse contra él.

—Mañana hablaremos sobre eso, bufón —le respondió el rey, de repente con una gelidez que resultaba más peligrosa que cualquier amenaza—. Largo y tendido.

Varios guardias llegaron con una gran jaula de hierro y la dejaron en el centro del salón. Arrastraron al joven por el suelo, tirando del cabo de la cuerda que lo sujetaba, y después lo empujaron para meterlo dentro. Sin embargo, no había manera de hacerlo entrar. Finalmente, Thagad introdujo la cuerda entre los barrotes de la cabecera de la jaula y algunos

hombres la sujetaron con todas sus fuerzas, mientras el mismo Thagad tensaba la cuerda con brusquedad. Arjesen fue introducido por la estrecha abertura con tirones tan secos, que creyó que iban a arrancarle los brazos. Quedó con la cabeza gacha, porque la jaula no tenía suficiente altura para que pudiera mantener la espalda erguida. Los guardias fijaron el cabo de la cuerda a dos de los barrotes para mantenerlo lo más quieto posible. Bajaron la puerta de la jaula y la aseguraron con una cadena. Después le cogieron los pies y los sujetaron a los barrotes opuestos con otra cuerda. Como debido al forcejeo las manchas se habían difuminado en algunas partes de su cuerpo, le volcaron encima lo que quedaba en las tinajas de tinte.

El rey los contemplaba desde su silla, aún con su copa en la mano y con los pies descansando sobre la mesa. Por último, se levantó para abandonar el salón junto con los presentes. Antes de salir descendió del estrado y se detuvo un momento junto a la jaula. Arjesen apenas podía moverse, pero aun así intentó escupirle al rey. Nérdegar se sonrió. Se calzó uno de sus guantes y le pasó un dedo por el hombro, cerciorándose de las marcas que estaba dejando el tinte.

—He conseguido que parezcas un bufón —le dijo con expresión absorta—. Pero no he conseguido que te sientas como un bufón. —Se secó los dedos en los cabellos del joven—. Thagad —llamó, mientras se incorporaba—, voy a celebrar un festín durante tres días ininterrumpidos en su honor. Búscame invitados, ya sabes de qué clase de asistentes hablo.

Cuando se marchaba, el joven lo insultó sin morderse la lengua en absoluto. El rey abandonó el salón al frente de su corte, entre una lluvia de improperios, y esperó al otro lado del umbral, mientras los guardias atrancaban la puerta, dejando al joven a oscuras en la estancia vacía.

—¡Maldito seas! ¡Hijo de una cerda leprosa! ¡Pellejo hinchado de estiércol! ¡Maldito bastardo! Cabrón. ¡Espujo de gorg! ¡Tienes meados de burra en las venas!

El bufón lo gritó y lo repitió hasta que se cansó, mientras forcejeaba con las cuerdas. Se retorció, soltando los insultos más soeces que había aprendido durante su larga estancia en las callejas del castillo.

Finalmente se detuvo.

Jadeaba y estaba temblando. Arjesen había cambiado de opinión. Había cosas peores que el juego del postre. Las humillaciones que le infligía Nérdegar. El tinte penetraba en la piel y tardaría meses en librarse de aquellos caprichosos dibujos blancos y negros. Se sentía como si llevara una marca que Nérdegar le había puesto y que todo el mundo podría ver. Estaba tan ciego de furia que bajó la cabeza y la volvió a alzar, golpeándose contra los barrotes de hierro. La brutal punzada de dolor lo

hizo reaccionar y respiró hondo. En realidad, sabía que aquella ira que lo poseía no tenía sentido. No le servía de nada, no lo ayudaba en absoluto. Lo único que conseguía era colmar aún más los deseos de Nérdegar, pero ni él mismo comprendía lo que le ocurría a veces. Quizá era un error empeñarse en ignorar la constante tensión que soportaba como si no existiera. Era evidente que estaba dentro de él. Apoyó la frente contra los barrotes y recordó que, en su obcecación, había llamado bastardo, cerdo leproso y cabrón al rey y había intentado escupirle delante de toda su corte. No era algo que un rey pudiera ignorar y estaba seguro de que a la mañana siguiente Nérdegar pasaría cuentas con él en la pantomima de banquete que se acercaba. Durante tres largos días.

De repente cerró los ojos en un gesto crispado. Esperaba que fuera sólo con él. Aún recordaba con toda claridad lo que había ocurrido la primera vez que lo había desafiado.

Durante el primer Advenimiento de su castigo Arjesen no cedía por propia voluntad a nada de lo que le pedían. Le daba igual cuánto llegaran a azotarlo, porque él no era un bufón. Un bufón no se abalanza sobre un rey y lo golpea y eso fue lo que hizo en cuanto tuvo ocasión. Ninguno de los guardias logró alcanzarlo antes de que saltara sobre el trono. Él mismo se sorprendió de la rapidez de su reacción. Le cruzó la cara a Nérdegar con la misma fusta con la que pensaba golpearlo a él, con tanto ímpetu que lo derribó y le provocó una herida larga y sangrante que le recorría el rostro desde la sien hasta la barbilla. Cuando una multitud de guardias lo hizo caer y lo inmovilizó en el suelo, se preparó para que lo molieran a palos, pero el rey se levantó, secándose la sangre que le caía por la mejilla, y les ordenó que no le golpearan. Aquella vez no le tocaron ni un solo cabello, únicamente lo encadenaron. Sin embargo, al día siguiente levantaron un patíbulo en el patio principal y le cortaron la cabeza a su mejor amigo. Sólo había visto culminar dieciséis Advenimientos. A Arjesen le obligaron a presenciarlo y aún recordaba la mirada asustada que le había dirigido Soer. La tenía clavada dentro como una daga envenenada. Cuando todo hubo terminado, arrastraron al bufón ante los padres del muchacho muerto y la madre de Soer, entre una convulsión de sollozos, lo abofeteó. Arjesen comprendió lo que Nérdegar había querido demostrarle. Quizá había estado esperando desde hacía tiempo una oportunidad como aquella para dejarle las cosas bien claras. Y lo había conseguido. Arjesen supo que no podía huir, que no podía golpearlo y que debía hacer lo que le decían, si no quería que las consecuencias de sus actos cayeran sobre otros. A partir de aquel día su actitud cambió. Cambió su forma de enfrentarse a su situación. Sabía que debía ser más dócil. Y lo fue. Fue a partir de ese golpe, que Nérdegar declaró que su bufón podía ser golpeado por cualquiera y que él, en cambio, no podía devolver ninguno.

Lo había aceptado. Después de todo la responsabilidad era solo suya.

Pero, a pesar de su inquebrantable decisión, había veces que ya no podía más.

Capítulo 12

3. El hijo menor

Lo dejaron de rodillas en el centro del salón, frente a la elevada mesa de Hroan, y fijaron sus cadenas a la decorada argolla que habían colocado en el suelo, en su honor, hacía ya diez Advenimientos. Lo suficientemente cortas para que no pudiera ponerse en pie. Férenwir se dejó caer sentado sobre sus talones, enfrentado al rey de Kriuh. Se habían conocido tiempo atrás, cuando él era casi un dios y Hroan solo un príncipe pretencioso. Las tornas se habían vuelto por completo de una manera que nunca hubiera imaginado.

El camarero mayor del rey se aproximó al prisionero, al tiempo que uno de los guardias obligaba al cautivo a alzar la mano derecha tirando de los eslabones. El hombre enjuto y cetrino que se había acercado ni siquiera lo miró. La verdad es que lo trataba como si fuera una res. Le aflojó el vendaje de la muñeca y después tomó el cuchillo que un pálido paje le alcanzaba sobre un cojín de terciopelo ocre. Con un movimiento certero y profundo, fruto de la costumbre, el camarero real le reabrió la herida aún no cicatrizada. Ya sabía que la sangre no saldría con facilidad y le insertó una rudimentaria cánula unida a un pequeño fuelle de cuero. Se la clavó tan hondo que el celestial no pudo esconder un gesto de dolor. En seguida el camarero real abrió el fuelle llenándolo de sangre. No dejaba de remover la cánula para aumentar el sangrado y Férenwir mordió con rabia la mordaza que llevaba, sin dejar de mirar al rey. Este le sonrió despectivamente, contemplando luego como su camarero vertía el abundante líquido en la copa de oro que le ofrecía un paje rubio. A su lado, el otro paje que sostenía el cojín parecía a punto de caerse redondo al suelo. Después de tantos cortes la herida era muy honda y llegaba al hueso. La carne tajada y los tendones se veían con claridad. El jovencito de cabellos castaños soportó como pudo la sensación de mareo y fijó la mirada en la pared. Sabía que el rey no consentía el menor desliz y cualquier detalle que le desagradara lo pagaría muy caro. Férenwir, al advertirlo tan rígido, le echó una ojeada. Estaba claro que el miedo le agarrotaba todo el cuerpo.

La copa era grande y el camarero tuvo que repetir la operación tres veces antes de conseguir que casi rebosara por el borde. Luego volvió el brazo del prisionero hacia arriba para vendarle de nuevo, mientras el apuesto paje rubio colocaba la copa llena en la bandeja de oro que portaba y ascendía hasta la mesa. Colocándose a la diestra del rey, se la sirvió con una inclinación.

Maldito bastardo, pensó Férenwir, mientras el camarero le anudaba el vendaje con fuerza. ¿Qué piensa que va a conseguir con eso? ¿Acaso cree que mi sangre le va a proporcionar algún tipo de poder sobrenatural?

Cuando el camarero le soltó el brazo, se presionó la muñeca con la otra mano. Intentó cerrar el puño, pero apenas lo consiguió.

O quizá Hroan lo hacía simplemente porque le venía en gana darse ese capricho y podía permitírselo. De igual manera que le hacía cortar los cabellos y los utilizaba como relleno para sus almohadas. Quizá consideraba aquello una exquisitez o, quizá... era una manera más de humillarle. Férenwir no estaba seguro. Nunca había llegado a comprender a aquel rey. No conseguía ver qué había más allá del monstruoso orgullo que alentaba tras cada uno de sus actos. Apartó los ojos a pesar de todo. Después de tanto tiempo aún le resultaba desagradable ver a Hroan bebiéndose su sangre.

El rey Hroan tomó la copa y la paladeó, acrecentando su deleite sorbo a sorbo al comprobar que el celestial que permanecía arrodillado ante su mesa tenía la mirada perdida. Gotas rojas le temblaban entre la barba oscura. Apuró la copa hasta el fondo y chasqueó la lengua. El sabor de la sangre era dulzón y cálido y, fuera o no fuente de poder e inmortalidad, sentía como le quemaba por dentro. Pero lo que en realidad le satisfacía, lo que lo empujaba a repetir aquel ritual una mañana tras otra, era el supremo placer de tomar algo tan íntimo de su enemigo y hacerlo suyo de una manera animal. Tomó el paño de oro que le tendía el paje de ensortijados cabellos rubios y se secó cuidadosamente. Observó a Férenwir un momento y luego hizo un gesto. Todos los presentes salieron del salón, excepto su camarero personal y el fornido capitán de la guardia real, vestido de negro y oro.

En cuanto el salón estuvo vacío, el camarero se acercó a Férenwir y lo libró de la mordaza de metal y cuero. Aquello era bastante inusual. Férenwir se humedeció los labios, expectante. Sus palabras nunca eran del agrado de Hroan, así que jamás le quitaban aquel artilugio en su presencia. Solo lo hacían cada tres días para que comiera un mendrugo y un trozo de carne reseca en la misma jaula en la que lo mantenían confinado, a la vista de toda la fortaleza. Y, como al mismo tiempo, aprovechaban para cambiar la paja de su jaula, siempre le sujetaban antes las manos por detrás de los barrotes, con lo cual el acto de comer se transformaba en algo realmente complejo.

Hroan abandonó la mesa. Su soberbia figura se recortaba contra el resplandor de las vidrieras multicolores que había a su espalda, envuelto en los vaporosos pliegues del velo que un día nublado dejaba al descubierto. Descendió del estrado. Tenía una andar regio e imponente y cada uno de sus gestos irradiaba poder. Y atesoraba mucho. De los tres

reyes que habían quedado tras la Esgiel Cawr, era el más temido.

—Estoy harto de que rechaces a cuanta hembra pongo a tu disposición —dijo por fin en tono seco.

—Entonces deja de importunarme con ese tema —le respondió el celestial con igual dureza.

—Antes cederás ante mí, Férenwir. —La voz del rey sonó bronca. Empezó a andar alrededor de su prisionero—. Y a no tardar mucho. Te juro que has colmado mi paciencia para cien Advenimientos. Recuerda que a partir de ahora todo lo que ocurra es obra tuya.

El rey se encontraba a su espalda y el celestial se giró un momento para observarle sin comprender a qué se refería.

—Nunca presté demasiada atención a tu forma de ser y puede que eso haya sido un error —continuó el rey mostrando los dientes en un mohín de aversión—. Después de todo nacisteis para proteger a cuanta criatura viviente hay en Aar. —Lo agarró del cabello y le echó la cabeza hacia atrás para verle el rostro—. Teneis el corazón demasiado tierno y eso os hace débiles.

Lo soltó con brusquedad.

—La única debilidad que tengo es derribarte de ese trono ensangrentado en cuanto me sea posible —dijo el celestial con furia.

—Si te vieras con los mismos ojos con los que te veo yo ahora, comprenderías lo patético de esa afirmación —le contestó Hroan con desdén.

Férenwir sintió una punzada de vergüenza. Imaginó que su aspecto distaba mucho de ser el que había sido antaño.

—No estaré encadenado a tus pies para siempre —dijo.

—No tengas tanta prisa en que llegue ese día, porque solo muerto te librarás de estas cadenas. —El rey se detuvo frente a él—. Y, antes de eso, harás todas y cada una de las cosas que te pida.

Aquellas últimas palabras habían sido pronunciadas con una certeza absoluta. El celestial maldijo en su interior, porque supo que ese día no iba a ser igual a los cientos de días anteriores. El fuego que esa mañana ardía en los ojos de Hroan lo decía a gritos. Lo observó ante él, tan cerca y por completo fuera de su alcance, y apretó los dientes mortificado. El día que se viera libre de la asquerosa correa que le ceñía el cuello lo haría pedazos con sus propias manos. El rey hizo un gesto y el capitán abrió la

puerta del salón. Dos guardias entraron custodiando a una mujer cubierta por un manto dorado, completamente bordado con minuciosos blasones que representaban una espada enredada en un rosal. Estaba pálida y se encogía bajo el amplio ropaje. Hroan se adelantó y la agarró por la nuca. Con un movimiento violento la hizo detenerse frente a Férenwir. Las manos de la mujer se asomaban entre los bordes del manto, crispadas, intentando mantenerlo cerrado.

Hroan desenvainó y le colocó la hoja bajo la barbilla. Se la levantó hasta que la mujer tuvo que ponerse de puntillas para que no le cortara la piel. Se la oía jadear con claridad, desconcertada, sin atreverse a hacer el menor movimiento que enojara a su señor. Los guardias le arrancaron la capa de los hombros, tan intrincadamente bordada en el interior como en el exterior, y apareció desnuda en el salón. Intentó cubrirse con las manos. Por sus carnes rotundas, los pechos caídos y la curvatura de su estómago, era evidente que había sido madre, pero era muy hermosa, rubia y de ojos azules, como Férenwir. Y esbelta y de piel clara. No era una campesina, sino una dama de la corte.

—¿Es de tu gusto? —le preguntó Hroan, manteniendo a su víctima en vilo.

La dama, casi sin respiración y sin osar hacer el menor movimiento, volvió tan solo los ojos hacia Férenwir al darse cuenta de que el rey se dirigía a aquel desconocido. Cerró los párpados un momento y las lágrimas temblaron en sus pestañas.

Férenwir apartó la mirada.

—Déjame tranquilo.

Ni siquiera había terminado de hablar, cuando un chorro de sangre le cayó sobre el rostro. El celestial se echó hacia atrás al sentir como las cálidas gotas tocaban su piel. Con un sordo golpe la cabeza de la mujer cayó al suelo y un instante después el cuerpo se desplomó también. La cabeza rodó hasta detenerse poco a poco junto al estrado. Férenwir, consternado, contempló los ojos azules y húmedos que aún parecían mirarle, sorprendidos. Un charco rojo creció desde el cuerpo decapitado, empapando la gruesa alfombra.

—Traed a otra —ordenó con impaciencia el rey de Kriuh sin dejar de observar a su cautivo—. Seguiremos así hasta encontrar a una que satisfaga las exigencias de nuestro ilustre prisionero.

Férenwir comprendió de inmediato. Hroan ni siquiera había perdido el tiempo con palabras de misericordia para ablandarle ni con amenazas para amedrentarle. Simplemente había usado la espada y le había dejado claro de buenas a primeras lo que ocurriría cada vez que se negase a

obedecer.

—Es inútil que sigas con esto. Eres tú quien sostiene la espada. No yo —dijo el celestial en un ronco jadeo.

—Y tú eres el único que puede detenerme —le respondió Hroan con una mirada acerada. Sus botas se estaban empapando en sangre.

Férenwir volvió la cabeza al oír que la puerta se abría de nuevo. Los guardias hicieron entrar a una muchacha de piel blanca y cabellos oscuros. En cuanto descubrió el cadáver tendido sobre la alfombra, la menuda joven empezó a gritar e intentó escapar de la estancia. Los guardias tuvieron que acorralarla como a un cervatillo y llevarla ante Hroan a pulso. Entre los pliegues agitados de su manto de seda verde y motivos plateados asomaba un cuerpo aterciopelado.

—¡Mantenedla sujeta! —rugió Hroan.

Al escuchar aquella voz, que llenaba la estancia como un trueno, la muchacha se encogió y trató de tragarse sus sollozos. Sus pies desnudos resbalaron sobre la alfombra encharcada y los guardias la aferraron para que no cayera. Le arrancaron el manto de los hombros. Era muy joven, pero había perdido la lisura de su estómago y la redondez de sus caderas revelaba que había dado a luz. Sus pezones aún rezumaban leche. Al pisar la mano todavía caliente de su predecesora se le escapó un chillido y se dobló hacia delante.

—Si también la desprecias, perderá la cabeza.

La joven levantó el rostro. Entre los mechones oscuros que le caían sobre la frente, sus ojos espantados y húmedos miraron a su alrededor hasta que se encontraron con los de Férenwir.

—Por favor, quiero volver con mi niño... —suplicó con un hilo de voz que se le quebró enseguida.

Hroan colocó la espada sobre la nuca de la muchacha. Acarició sus cabellos con el filo y la joven se quedó de repente inmóvil, sin aliento. Fue como si los dedos de la muerte la hubieran rozado. Volvió a fijar sus grandes ojos castaños en Férenwir. Sus labios temblaban.

—Tengo centenares de mujeres y mucho tiempo. Si hoy no encontramos hembra que te convenga, proseguiremos mañana —pero Hroan hablaba con una contención que desmentía su mirada. Como la fina lámina de hielo que oculta las mortales corrientes de un río desbocado.

Férenwir apretó los dientes para que no se le escaparan las palabras que estaba a punto de pronunciar. Sentía que se partía en dos. Se había

jurado que no engendraría hijos para Hroan. La paciencia no era el fuerte del rey de Kriuh y sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura. Levantó la espada. Un grito se escapó de la garganta de la joven dama, con tal crispación que apenas pareció humano.

—¡Basta! ¡La tomaré! —exclamó Férenwir. Sus ojos, intensamente azules, destacaban aún más entre las manchas de sangre que le cubrían el rostro y por ello tenían una expresión extraña y temible.

La espada de Hroan se detuvo en el aire, justo sobre la cabeza de la joven que ahora se desgañitaba y se retorció, resbalando y pisando en su ciega desesperación el cuerpo sin cabeza que yacía desmadejado tras ella. De repente la espada del rey cambió de rumbo de forma inesperada y se clavó entre las costillas del celestial. Férenwir cayó hacia delante con un hondo quejido.

Hroan tomó una honda bocanada de aire, sobre él.

—Deberías haber obedecido desde el principio.

Los lamentos entrecortados de la muchacha, embadurnada de sangre hasta la cintura y derrumbada entre los dos guardias que aún la sujetaban, era lo único que se escuchaba en la estancia.

Capítulo 13

Férenwir permaneció encadenado al cabecero del lecho, mientras un curandero de la ciudad le vendaba la herida en el costado. Aquella cama de barrocos pilares había sido despojada de su dosel y el celestial contempló el suntuoso techo del aposento, decorado con frescos que mostraban gestas de caza, interrumpidas tan solo por el amplio revestimiento de madera barnizada que se cernía justo sobre él. Aquellas hojas y flores labradas le trajeron a la memoria los techos de roble en la gélida Ísærn. Un lugar que ya ni siquiera intentaba recordar. Estaba enterrado entre las cenizas de una guerra junto con todo lo demás. Sin embargo, el joven celestial todavía se aferraba a sus tradiciones, a los principios que le había inculcado su padre, como un náufrago se aferra al último tablón de un navío destrozado. Y ahora estaba a un paso de romper un juramento, aunque fuera un juramento hecho a sí mismo. Algo que en los anales de su familia jamás había ocurrido. Fue como asomarse a un abismo y casi se mareó, porque si empezaba con esa concesión, por insignificante que fuera, ya no sabía dónde terminaría. Cerró los ojos y soltó una maldición apenas inteligible.

—¿Te he hecho daño?

El hombre sudoroso se inclinaba hacia él por encima de su abultado estómago. Dejó de vendarle y lo miró. Si le parecía extraño que su paciente hubiera llegado a aquel aposento cubierto de sangre hasta las cejas, no lo demostró y le había limpiado el rostro como buenamente había podido.

Férenwir hizo un gesto negativo mientras se recostaba y el hombre terminó de anudarle el vendaje.

—¿Qué te pasa en la muñeca? —preguntó el curandero con una sonrisa amable, aunque era consciente de que su paciente no podía responder, debido a la singular mordaza que le habían colocado.

Uno de los guardias que permanecían en la ostentosa alcoba avanzó un paso al ver que le quitaba el sucio harapo de la muñeca derecha, alzada sobre su cabeza.

—¡Por todos los velos! —musitó el curandero.

Su rubicundo rostro se mudó en una mueca al ver el horrendo corte a medio cerrar, oscuro y sanguinolento. Era experimentado, había acompañado a ejércitos en campaña y había visto heridas espantosas, pero aquella desafiaba a todas las que había conocido. Estaba abierta, en carne viva, y al mismo tiempo no sangraba, como si fuera a cerrarse de

un instante a otro.

—Esa herida no debes tocarla —le dijo el guardia alto que se había acercado.

—Tiene la mano casi cortada. Apenas la sostiene el hueso —exclamó el grueso hombrecillo.

—Lleva así tres Advenimientos. No creo que se le vaya a caer ahora. Son órdenes del rey.

El curandero volvió a colocar la venda sin decir nada. Entonces el otro guardia se acercó al lecho y sacudió la cadena de los grilletes de Férenwir que rodeaba el grueso travesaño del cabecero.

—¿Preparado para complacer a tu dama?

El curandero detuvo su mano con la suya en un gesto conciliador.

—Acabo de curarle la herida. Necesita reposo.

—Pues no es reposo lo que va a tener —se sonrió el guardia desasiéndose de la mano del hombre. Había malicia en aquella sonrisa que cruzaba su rostro huesudo.

—No te preocupes —intervino el guardia alto dirigiéndose al curandero, que parecía bastante desorientado—. Aún tiene una hora. El rey ha salido a cabalgar.

—¿Una hora? Le he cosido dos palmos de puntos —se escandalizó el hombre calvo. —No está en condiciones de yacer con ninguna mujer.

—Si te parece, se lo explicas tú al rey cuando regrese —le dijo el guardia de rostro chupado. Se volvió a Férenwir y le soltó un bofetón con el dorso de la mano—. Y tú, cerdo, a ver si cumples. Estoy más que harto de tragarme los arrebatos del rey por tu culpa.

El guardia alto arqueó las cejas contemplando con expresión dudosa al prisionero, que había vuelto la cabeza al recibir el golpe.

—¿Le quitamos la mordaza?

—¿Y para qué huesos podridos íbamos a hacer eso? ¿Para qué se ponga a recitar versos? —respondió el otro. Esbozó un gesto desabrido que dejó al descubierto por un momento sus dientes ennegrecidos—. Que yo sepa ni requiebros amorosos ni besos hacen falta aquí para nada. Y cuanto menos

sepa ella, mejor. Si al rey le parece de otra manera, ya nos lo dirá.

Mientras recogía los utensilios que tenía esparcidos sobre la cama y los metía en su estuche de piel, el curandero advirtió que su paciente parecía muy interesado en la conversación que mantenían sus guardias. Antes de apartarse del lecho se detuvo y lo contempló un momento. Se preguntó en qué estaría pensando el rey para encamarlo con una mujer en el penoso estado en el que se encontraba. Aunque lo cierto es que, a pesar de estar bastante demacrado, se le antojó un joven de una belleza fascinante. Le acarició un lado del cuello con un dedo, hasta la clavícula, y Férenwir, que hasta ese momento había estado absorto en los guardias, se volvió a mirarle con extrañeza.

—Nunca había visto a nadie tan... sublime —susurró ensimismado el hombrecillo rechoncho. Se pasó la lengua por los labios, como si estuviera muy lejos de allí.

Los guardias intercambiaron un gesto de tácito entendimiento entre ellos. De pronto el de más estatura se acercó y lo agarró de un brazo. Lo sacó a rastras de la habitación hacia la puerta principal que se abría en la antecámara adjunta, entre columnas de alabastro.

—Fuera de aquí...

—¡Cuidado! ¡Mi instrumental!

El fardo de piel se le había caído al suelo.

El guardia golpeó la puerta con dos sonoros golpes, sin soltarle.

—¡Abrid!

La llave giró en la cerradura desde el exterior y la puerta se abrió con un gañido. El guardia empujó al curandero entre sus dos compañeros, que se apartaron en el pasillo. El hombrecillo trastabilló hacia atrás y de inmediato la puerta se cerró gimiendo de nuevo y la llave volvió a girar en la cerradura.

Cuando el guardia se volvió para regresar al aposento principal, uno de los grilletes de Férenwir le partió la nariz. Y antes de que pudiera abrir la boca, la cadena que los unía se enlazó alrededor de su garganta, arrastrándolo lejos de la puerta, hacia la otra habitación. Mientras intentaba respirar, antes de que todo se volviera borroso y desapareciera, el guardia alcanzó a ver que su compañero yacía inconsciente o muerto a los pies del lecho.

Férenwir continuó tirando de sus grilletes hasta que el hombre cayó de rodillas y no lo soltó hasta que dejó de forcejear y perdió el conocimiento.

Podía percibir que aún respiraba y tampoco había matado al otro guardia. Los subió a la cama. Tiró de los cordones dorados de los cortinajes y ató a los dos hombres a la estructura. Después de amordazarlos, sacudió su mano derecha. Apenas tenía fuerza en ella. De hecho, había tenido que desencajar el travesaño del cabecero solo con la izquierda, por ese mismo lado, pero afortunadamente un travesaño de madera no era ni sería nunca una argolla de metal. En seguida rebuscó entre las ropas del guardia más alto hasta encontrar la llave de su mordaza y se la quitó de entre los labios. Respiró hondo, aliviado. Se miró los grilletes con una mueca. Después de que lo hubieran encadenado a la cama, la llave que los cerraba se había ido fuera de aquellos aposentos junto con uno de los guardias. Tendría que apañárselas tal como estaba. Entonces levantó la vista hacia la decoración que había encima del revuelto lecho.

Desde el principio se había preguntado por qué aquel lecho tan suntuoso carecía de dosel y la conversación que había escuchado le había abierto los ojos. El rey no estaba en la ciudad, pero los guardias le esperaban antes de traerle a la mujer. Y el lecho que le habían preparado no tenía dosel. Y, justo sobre él, un amplio revestimiento de madera decoraba el techo, del mismo tamaño y situado exactamente en la misma posición que la propia cama. Estaba esculpido de forma tan delicada y con tantos huecos entre los entramados de ramas y hojas que casi parecía un encaje. Y quizá tras aquella madera tan calada... no había nada. Muy propio de Hroan, pensó el celestial con una sonrisa desganada, gozar del espectáculo. Después de todo se había acostumbrado a tratarlo como si fuera de su propiedad. Midió la altura con los ojos. Unas cinco varas. No estaba seguro de cuántas fuerzas le quedaban. Aunque rompiera la celosía, no le sería fácil asirse a ninguno de los bordes del hueco. Además, debería buscar apoyo con el pie en una de las columnas del lecho para ganar altura, lo cual requería espacio para tomar impulso y, una vez impulsado, usar su mano izquierda para romper la celosía y agarrarse al borde del supuesto hueco en el techo. Era posible, aunque complejo. Antes de intentarlo abrió el ventanal y se asomó, pero por allí sí que no había modo de salir. La pared caía a pico hasta el suelo unas cincuenta varas, sin un agarradero a la vista, ni siquiera un ventanal hasta el que descolgarse. Miró hacia arriba: una fachada tan lisa como la hoja de una espada. Se volvió y contempló la lejana puerta de entrada. Dos hombres de la guardia negra tras ella y, según había visto cuando lo llevaban a la alcoba, otros dos a ambos extremos del pasadizo, a la vista unos de otros, hacían aún más difícil reducirlos a todos antes de que uno de ellos diera la voz de alarma.

Se deshizo el vendaje de la muñeca derecha y se lo apretó cuanto pudo. Lo sujetó con los dientes mientras se lo ataba de nuevo. Se dirigió al lecho y se ciñó una de las espadas de los guardias. Luego cogió una de las capas, la enrolló y se la anudó al torso en diagonal. Cerró la gruesa puerta de roble que daba a la antecámara para amortiguar cualquier ruido y le echó un último vistazo a la habitación. Un poco de comida le hubiera

resultado tan valiosa como un arma, pero estaba claro que alimentarle no era ni mucho menos una de las prioridades de Hroan. Sabía que en el fondo aquel rey todopoderoso aún le temía y por ello lo mantenía extremadamente débil, tanto como podía sin que ello afectara demasiado al poder que aún fluía de él y mantenía vivas sus tierras. La mayor parte del tiempo Férenwir sentía que el suelo se movía bajo sus botas con cada pisada y ya no confiaba en su cuerpo. Contrajo la mandíbula. Había llegado el momento de comprobar dónde estaban sus límites bajo el influjo de aquella correa que le había privado de su poder. Retrocedió hacia una esquina de la habitación y mentalmente contó los pasos que debía dar antes de alzarse para pisar el capitel de la columna con el pie derecho. Por un momento Férenwir pensó que, si estaba equivocado y tras la decoración de hojas y flores había un muro de piedra, se iba a romper la crisma.

En cuanto dio la primera zancada cualquier vacilación desapareció de su ánimo. Se concentró en la celosía. Solo pudo dar cuatro trancos, pero se levantó como una pluma y la planta de su pie se apoyó con fuerza sobre el borde superior del pilar de caoba. Se elevó. Alargó los brazos y contuvo la respiración. Se le desgarró la piel de los nudillos al quebrar la madera. Era más gruesa de lo que había pensado y se dio cuenta de que no alcanzaría el borde de la pared, porque apenas se había partido lo suficiente entre uno de los huecos para que pasaran sus dedos. Se agarró a la madera astillada y notó que los delicados relieves de flores cedían. Antes de caer, sostenido a duras penas por su mano derecha, terminó de romperlos con el puño izquierdo, rozando la piedra, y se agarró al borde del techo justo cuando le fallaba la mano herida. Volvió a asirse con ambas manos y se afianzó. Las dos puertas de abajo eran gruesas y rogó a las tejedoras que el ruido no hubiera alertado a los guardias. Entonces se izó con una agilidad que desafiaba a cualquier ley conocida de la naturaleza y la celosía terminó de quebrarse a su alrededor con violencia.

Cayó sobre sus pies, en la habitación de arriba, y permaneció agachado, escuchando, aunque nada sucedió en el piso inferior. Jadeaba, envuelto en una quieta penumbra, manchada apenas por los fantasmales pliegues de velo. Apenas se distinguían, pero aún así se dio cuenta con claridad de que eran más oscuros de lo habitual y Férenwir se preguntó por un instante en que época del tránsito de los dos soles se encontraban. Notar el vendaje del costado empapado en sangre le hizo olvidarse de eso y se levantó de inmediato, se cubrió con la capa y entreabrió la puerta. Más allá del umbral, el largo corredor estaba desierto. Antes de salir del cuarto miró hacia atrás: en medio de la oscilante penumbra se erguían varios sillones dispuestos alrededor de la celosía quebrada, uno más grande, torneado, colocado sobre un pequeño estrado. Férenwir sonrió con desdén y se marchó.

El rey había salido a cabalgar con su séquito y el palacio permanecía tranquilo. Férenwir se dirigió al exterior por las cocinas, evitando a los

guardias. Algunos criados que estaban despiezando un cerdo, lo miraron con extrañeza, pero tampoco se tomaron la molestia de preguntarle quién era. Después de todo iba envuelto por completo en la capa de la guardia negra, con el gran escudo adornado de llamas anaranjadas bordado en la espalda. Salió a un patio posterior, lleno de gallinas y sirvientes, y se refugió bajo uno de los laterales porticados antes de atravesar el arco que daba acceso a las oscuras callejas. Entre sombras, volvió su capa del revés. Iba a cruzarse con más de un guardia y, a parte de la reluciente capa, el resto de su aspecto era el de un pordiosero. Tal contraste llamaría la atención de cualquier guardia con dos dedos de frente que se le cruzara. No serían tan prudentes como los pinches de las cocinas. Entonces descubrió gotas de sangre a sus pies. Su rostro esbozó un gesto de preocupación, pero no se detuvo.

Abandonó el patio y se internó en las animadas calles. Escandalosos comerciantes a caballo y damas en hermosos palanquines, sorteaban a los campesinos que regresaban con paso cansino de sus quehaceres, más silenciosos. Férenwir se demoró un segundo entre el tumulto y levantó los ojos para observar el cielo nublado sobre la estrecha calle. Le pareció hermoso, sin ningún barrote que lo cruzara, aunque muy oscurecido. Con cierta melancolía, se subió la capucha antes de perderse entre el gentío, hacia la parte más apartada de Dhys.

Capítulo 14

La tortuosa ruta que había escogido se perdía en las partes menos transitadas de la ciudad, hacia la Puerta de los Mendicantes, al sudoeste, la más humilde de las tres que se abrían en las murallas. No había más salidas que las que atravesaban las defensas occidentales de Dhys, pues el resto de su extenso perímetro caía a pico sobre precipicios. Tardó un poco más de la cuenta, pero finalmente desembocó en el abarrotado patio por el que entraban y salían mercaderes, artesanos y siervos. Férenwir se refugió en un cercano callejón para observar sin ser advertido. Entre las cuatro paredes almenadas del patio volvían a cruzarse con premura jinetes, carros y viajeros, porque el día agonizaba y pronto cerrarían las puertas. Férenwir era muy consciente de que debía darse prisa antes de que eso ocurriera, pero por un momento la debilidad lo venció y se recostó contra la esquina del callejón. Cuando volvió a abrir los ojos vio gotas de sangre a sus pies, sobre el sucio empedrado. Las borró con la punta de la bota, mientras recuperaba el aliento, antes de girarse otra vez hacia el portón de la muralla exterior. Había media docena de guardias custodiándolo, aunque no parecían prestar demasiada atención a la gente que entraba y salía. Entonces se dio cuenta de que estaba siendo observado y se volvió con el rostro en sombras bajo la capucha. Desde el centro del concurrido patio, el curandero que lo había atendido en el castillo lo contemplaba de hito en hito. Era evidente que lo había reconocido. Tras un instante de vacilación el hombre se encaminó hacia él con pasos apresurados, sorteando a los campesinos mientras los apartaba con las manos. Se detuvo a un palmo, a punto de rozarlo, y al celestial lo alcanzó el agrio hedor de su cuerpo sudoroso.

—Estás gravemente herido. Déjame ayudarte —le dijo.

Al celestial le pareció que sonreía de una manera empalagosa y desagradable. Se apoyó de nuevo contra el muro, mareado por el olor. Sin embargo, no podía desaprovechar la preciosa oportunidad que se le presentaba.

—Sí que puedes hacer algo por mí. —Férenwir se apartó los ropajes—. Quítame esta correa del cuello.

Sin embargo, aquel hombre apenas parecía escucharle, solo sonreía.

—Ven conmigo a mi casa y allí veremos qué hacer.

Férenwir entrecerró los ojos observándole con frialdad. Su primer impulso había sido pedirle que lo librara de la correa, pero comprendió de pronto que en realidad aquel hombre no estaba allí para ayudarle.

—Será mejor que te vayas.

El curandero lo cogió por el codo. Con fuerza. Había algo que le repugnó en aquel apretón.

—Si no puedes ni tenerte en pie. Ven conmigo —insistió el hombre.

El tono de su voz había cambiado. Hablaba como si quisiera verter miel en sus oídos, pero Férenwir sabía bien que aquello había sido una orden. La sonrisa del curandero se había transformado en una mueca, porque de repente, bajo toda su afabilidad, empezaba aflorar un suspiro de malicia. Férenwir advirtió como se fijaba en los guardias y comprendió que, si no conseguía llevárselo, aquel desgraciado empezaría a gritar para alertarlos. Si no obtenía lo que quería de él, quizá vendiéndolo, al menos obtendría oro o favores del rey al llevárselo de vuelta. La mirada cortante que le dirigió Férenwir le habría puesto el vello de punta a aquella sabandija, si no hubiera estado tan ocupado escrutando el patio.

—¿De dónde has salido tú? —se dijo el celestial en voz baja.

El curandero se fijó en el rostro del fugitivo. Estaba todo bastante claro y no intentó embaucarle más con zalamerías. Se despojó de su máscara de amabilidad.

—No estás en condiciones de preguntar nada, hermosura. Por tu culpa he perdido todo mi instrumental y tengo que resarcirme. O te vienes conmigo o te vas con ellos —siseó.

Sus ojos se desviaron hacia la derecha. El celestial siguió su mirada. Un par de guardias pasaron junto al lugar donde se encontraban, camino del portón. Ahora los labios del curandero estaban prietos en una expresión dura. Le hizo un gesto explícito, señalando a los hombres armados para forzarlo a seguirle.

—Y el rey no te tratará con la misma benevolencia que yo —. Una sonrisa desagradable asomó a sus labios.

Aquella vez Férenwir no pudo evitar levantar las cejas al ver su expresión retorcida. Se dio cuenta de que quizá no era solo venderlo lo que pretendía.

El curandero había visto su herida antes y ahora veía la sangre que empezaba a manchar el suelo, junto a las botas del prisionero fugado. Tiró de aquel joven alto, convencido de que no tendría fuerzas para oponerse. Levantó los ojos con extrañeza al ver que no era así.

—Serás hijo de perra —murmuró Férenwir.

Lo agarró por la garganta y lo metió en el interior del oscuro callejón. Lo arrastró unos pasos, casi en vilo, entre pilas de toneles vacíos y montones de desechos, sintiendo como las venas del hombre golpeaban enloquecidas contra la palma de su mano. Lo estrelló contra la pared y lo levantó. Estaba tan enfurecido que ni siquiera le costó hacerlo a pesar de lo débil que se sentía. Sin embargo, en absoluto tan desvalido como su conocimiento del cuerpo humano le había hecho creer a aquel desgraciado. Después de todo, Férenwir no era humano.

No podía reprimir la agitación de su pecho, mientras su presa manoteaba cada vez con menos fuerza. La gente con la que se cruzaba se parecía más a animales asilvestrados que a los seres humanos que recordaba. Y entonces los tenues pliegues del velo empezaron arremolinarse a su alrededor, ennegrecidos en la penumbra del callejón, dejando pasar un aliento gélido. Férenwir lo advirtió con un respingo de sorpresa y su furia se desvaneció de golpe. Se contuvo tanto como pudo, hasta que el velo se calmó al unísono con su propia respiración. Comprendió en que estación del tránsito se encontraban.

El curandero había perdido el sentido bajo la férrea presión de su mano y dejó que se derrumbara a sus pies como un saco de patatas. No apartó los ojos de él, recordando a la mujer rubia que Hroan había decapitado por su causa. Aquel día ya se había perdido una vida de la manera más absurda. Sin embargo, vaciló antes de marcharse. En medio de toda la podredumbre que lo rodeaba, la necesidad de regresar con los suyos empezaba a hacerse insoportable. Era como un cuchillo candente que lo iba rasgando por dentro. Con añoranza recordó el pinchazo de la barba de su padre al abrazarle tras cada larga ausencia. Se acarició la mejilla. Hubiera vendido su alma por tener de nuevo aquella sensación. Por gozar de uno solo entre un centenar de los placeres más insignificantes que había saboreado en otros tiempos. Una hogaza de pan caliente en las cocinas del palacio familiar, mientras veía nevar. El silencio en el patio cuando practicaba con el arco, quebrado por el vuelo de una flecha. El tacto suave de una manta de lana tejida con un haz de tres nudos. Férenwir volvió de repente a la realidad. Y aquel miserable que yacía ante él era como una piedra en el zapato. Daría la alarma en cuanto recuperara el sentido. Una extrema expresión de severidad asomó a sus ojos azules, como si se hubieran enfriado tanto que se hubieran convertido en trozos de hielo. La diferencia de peso en la balanza era más que considerable. Si Hroan volvía a ponerle las manos encima... No mataría a su celestial, pero, conociéndole, Férenwir era capaz de imaginar cosas aún peores. Debía irse, pero no se movió, como si aún le quedara un último cabo por atar. Su mano vaciló. Deseaba tanto librarse de la miseria de Dhys que hubiera matado por ello.

De repente comprendió que no lo haría. El aire volvió a entrar en sus pulmones, como si no lo hubiera estado haciendo durante una vida entera. No tenía sentido perder más tiempo allí. Apartó los ojos del hombre. Se dio la vuelta y se apresuró hacia el portón de la muralla.

Se caló la capucha y se confundió con la gente. Para cruzar las puertas acomodó su paso al renqueante traqueteo de un carro cargado de barriles, como si lo empujara. Sabía que era excesivamente alto, pero inclinado contra la caja del carro aquello no resultaba tan evidente. Los guardias charlaban apoyados en sus alabardas y ni siquiera repararon en él.

En cuanto cruzó la muralla, le pareció que contemplaba el mundo que lo rodeaba a través de una cortina de cenizas. El mismo aire estaba gris, plagado de pliegues fantasmagóricos. Las gentes que pasaban a su lado parecían tan faltos de propósito como cuchillos embotados.

Esta tierra está herida de muerte, pensó Férenwir sin poderlo evitar. Se acarició el rostro, preguntándose si su aspecto sería también tan triste.

Aquel día tan sombrío estaba teñido de una luz irreal y Férenwir se giró hacia el este con desazón. Entonces descubrió el translúcido velo negro que se había adueñado del paisaje en aquella dirección, brotando del agujero del Oscurecimiento. El negro desgarró ya cubría una tercera parte del cielo y asomaba por encima de los elevados precipicios que se erguían tras el risco que sostenía la ciudad. Precediéndole, aquel velo translúcido flameaba en ondulantes pliegues ensombrecidos que atravesaban las nubes de una punta a otra del cielo y velaban los precipicios de roca bajo ellas, como si ignorara por completo el mundo sobre el que se desprendía.

Una aurora negra, nuncio del poder del Oscurecimiento. A pesar de su escandalosa belleza, los hombres alrededor del celestial, la obviaban deliberadamente, apresurándose hacia el portón. No en vano era un hálito del Bestiario. Sin embargo, aunque los mortales podían ver aquella sombría gasa que lo velaba todo en una engañosa lejanía y les perturbaba el ánimo, inalcanzable por mucho que se andara hacia ella, no podían sentir lo mismo que estremecía a Férenwir: la palpitante energía que latía tras su despuntar, como una gigantesca ola a punto de romperse y anegar el Sagrario entero.

Se encontraban entonces en los días de las auroras, se dijo Férenwir situándose por fin en un punto del monótono sucederse de sus jornadas de cautiverio. Un fugaz puñado de días que anticipaban el apogeo del Oscurecimiento y en los que asomaban y se alternaban las auroras negras del Bestiario y las cristalinas del Escudo, llegando incluso en alguna ocasión a superponerse. Los días del Delirio del Cielo.

De repente Férenwir dio un bote. Resultaba evidente que el curandero se había despertado, porque a su espalda los gritos se extendían como el fuego en la yesca. Abandonó la calzada de piedra, empujando a los sorprendidos campesinos, comerciantes y artesanos que la llenaban, y echó a correr hacia los campos resecos tan rápido como pudo. Atravesó la maleza segada, dejando un claro sendero a su espalda. Las ramas se quebraban a su paso y, en aquel crepúsculo gris y desolado, el sonido estallaba en sus oídos como si se partieran de pura melancolía. El celestial se detuvo un instante en medio de aquel mar de tallos decapitados y se giró. Varios caballos llegaban al galope, como una media luna negra, aplastando el manto decrepito bajo sus cascos, con furia, atravesando los velos cada vez más visibles como si no existieran. Fue como ver acercarse la enorme guadaña del destino bajo aquella aurora tenebrosa que le sacudía las entrañas. Férenwir cambió de dirección y se apresuró hacia los irregulares precipicios que se iniciaban al sudoeste, al pie de las murallas. No dudó, no se detuvo cuando llegó al borde. Simplemente cerró los ojos con fuerza y saltó. Mientras caía los abrió de nuevo y los fijó en Naga, cuya silueta violácea ya se ponía tras un horizonte plagado de nubes. Sonrió. Le pareció muy apropiado.

Hubiera sido un final digno de un romance, pero después de romper varias ramas y provocar una lluvia de hojas, quedó colgado de su cadena a seis varas del suelo. En cuanto intentó moverse, la rama que lo sostenía crujió y cayó de nuevo. Naga ya se había ocultado y comenzó a llover. Se levantó magullado. En lo alto del barranco los jinetes se removían, inquietos. No lo habían alcanzado con los caballos. Ahora vendrían con los perros.

Capítulo 15

Férenwir llegó al final del valle en lo más profundo de la noche. La aurora negra se cernía sobre él, tan intensa, que era posible verla con claridad, incluso contra la absoluta oscuridad del cielo encapotado. El crecido torrente que alimentaba la lluvia burbujeaba a los pies del celestial, dirigiéndose al río, igual que él. Aunque a Férenwir decenas de luces le cortaban el paso y se detuvo. Escuchó los gañidos de los perros, las voces de los soldados que se preparaban para darle caza al amanecer. Férenwir sabía que tenía que alcanzar el río como fuera, porque no podía volver atrás y era lo único que le quitaría de encima a las jaurías de Hroan. Empezó a escabullirse hacia la ribera, protegido por las sombras, pero, en cuanto se acercó al campamento, los perros parecieron enloquecer. Venteaban su sangre.

Al advertir la excitación de los perros de presa, los soldados soltaron las traíllas y los animales lo alcanzaron en un instante. Lo derribaron al intentar lamerle las heridas. Tras ellos, los jinetes comenzaron a cercarle guiados por los ladridos. El celestial se deshizo de los perros como pudo y ni siquiera se tomó el trabajo de desenvainar, porque era consciente de que no podría con todos aquellos hombres. Tan solo se lanzó a una carrera desenfrenada en medio de la oscuridad, salvando cuanto obstáculo se interpuso en su camino, fueran perros, espadas o caballos.

En cuanto notó que alcanzaba la rivera empapada por la lluvia, se lanzó al suelo y se deslizó de espaldas sobre el barro, por la empinada pendiente. Sin embargo, uno de los jinetes a los que había dejado atrás, hizo girar a su montura en un quiebro que a punto estuvo de derribar al animal. Justo antes de caer, el celestial sintió el filo de una espada acariciándole el hombro y vio el aleteo de una capa dorada bajo el fulgor de la lámpara que llevaba el jinete. Férenwir alcanzó el agua, mientras el pálido semental lo seguía a medio caer por el barro, azuzado por el grito desgarrado de su jinete. Férenwir se hundió en el río helado, pisoteado por uno de los cascos del caballo. El intenso dolor le hizo gritar y tragó agua cenagosa, pero ni aun así intentó salir a la superficie. Se dejó hundir en la corriente por el peso de sus grilletas, hasta que casi le estallaron los pulmones.

Emergió a punto de ahogarse, con el peso de las cadenas tirando aún de él hacia abajo. Desde la orilla, los arqueros lanzaban flechas ardiendo al agua para encontrarle y parecía llover fuego. Los jinetes lo buscaban con las lámparas de aceite a lo largo de la orilla y se gritaban entre ellos. El jinete de la capa dorada que había caído al río junto con él, se había adentrado tanto en el cauce, buscándole aún, que su montura estaba a punto de perder pie y ahogarse. Férenwir, exhausto, dejó que la corriente

lo alejara de allí.

Al amanecer salió del río. Ya no llovía y las campanas de alarma que habían sonado durante la noche tampoco se oían, pero Férenwir, desde las sombras de los bosques que atravesaba, vio que los caminos estaban infestados de soldados y aún había más alrededor de las aldeas. Hroan podía ser un bárbaro, pero no era en absoluto un necio y lo mantenía alejado de lo que ambos sabían que más necesitaba. Una mano que le quitara la correa. La primera granja que encontró, al borde de un umbrío hayedo, tenía las puertas abiertas de par en par, los aperos abandonados en el campo y la mesa dispuesta para la cena, pero ni un alma en ella. El celestial se sentó a la mesa. Apoyó los codos sobre ella y durante unos momentos inclinó la cabeza con los ojos cerrados y la sostuvo entre sus manos con un intenso sentimiento de pesadumbre y soledad oprimiéndole el pecho. Necesitaba a alguien que le ayudara. Por encima de todo debía librarse de la correa y no podía hacerlo por sí mismo. Respiró hondo y se sirvió unos cuantos cazos de potaje frío en una escudilla. Cogió la cuchara de madera con desgana y tuvo que obligarse a comer. Todo aquello que era parte de él y que le había sido robado, aunque aún durmiera en su interior, le provocaba tal sensación de vacío que le quitaba el apetito. Estaba dentro de él y sin embargo completamente fuera de su alcance, convirtiéndolo en una sombra de sí mismo.

Cuando terminó de comer, tomó un odre de agua y metió en una bolsa pan y cecina. Salió al exterior y se acercó a la linde del hayedo. Antes de adentrarse otra vez entre los árboles, contempló el paisaje hacia el norte, a donde se dirigía. Una aurora cristalina había sustituido a la aurora negra. Férenwir la contempló un instante, fragmentada en el cielo como gigantescos diamantes, ardiente y fría a la vez, desafiando al pozo de tinieblas que la seguía. Era hermosa y bajo su resplandor los pliegues del velo apenas se distinguían, pero, en lo que a las auroras se refería, la luz no era mejor que la oscuridad. Las auroras cristalinas ocultaban un aliento capaz de quemarlo todo, tan peligroso como el poder que campaba desatado por el Escudo.

Férenwir volvió a fijarse en el norte, pensativo acerca del siguiente paso que daría. Eludiría a los ejércitos de Hroan y, si no se cruzaba con nadie que pudiese liberarle, al menos intentaría llegar al bosque de Hnóreth. Y al Ilaënth.

Alejados de los pueblos, los campos estaban desiertos, los senderos vacíos. Hasta mediodía Férenwir se dirigió hacia el norte a buen paso, a veces corriendo, sin acercarse ni a las carreteras principales ni a las aldeas. Por fin el bosque se aclaró y el celestial salió de entre los escasos tejos a una solitaria encrucijada. Contempló los largos caminos de tierra, desnudos a un lado y a otro. Ni mercaderes ni aldeanos ni carros ni rebaños, como si ya nadie recorriera aquella tierra salvo él. Como si cualquier aliento de vida se hubiera desvanecido a su alrededor. Por lo

visto, Hroan había barrido de su camino cualquier vestigio de sus súbditos.

De repente, un jinete surgió de la arboleda cercana y se detuvo sobre el camino que se dirigía al este. La negrura del Oscurecimiento se levantaba tras él como una ola incontenible. Férenwir reconoció al guerrero de capa dorada del que había tenido que escapar en el río y que parecía seguirle con singular saña. El celestial dejó caer la bolsa que llevaba y, aunque era diestro, desenvainó con su mano izquierda. Al verlo, el caballero avanzó hacia él, primero al trote, luego al galope. Férenwir, de pie en la encrucijada, no se movió hasta que el caballo se le echó encima. Vio el filo de la hoja acercándose a su pecho como una exhalación y se agachó en el último momento, al tiempo que golpeaba las patas del animal con la suya. El brutal impacto lo derribó hacia atrás. A su lado el caballo blanco se desplomó sobre sus patas delanteras y el guerrero salió despedido y cayó de cabeza sobre el camino. El celestial se incorporó con rapidez y, al hacerlo, notó que se le había abierto la herida del costado. Se volvió con la espada chorreando sangre, aunque no toda la que había en el suelo, a su alrededor, era del caballo. El hermoso semental pateaba a pocos pasos, tendido de lado en medio de una mancha escarlata que se iba extendiendo más y más. Tenía el vientre abierto y la pata derecha medio seccionada y resollaba de una manera que hubiera hecho estremecer hasta a las piedras. Su jinete, algo más lejos, sacudió la cabeza y se levantó. La capa le cubría el rostro y se la echó hacia atrás con un movimiento brusco. Se desató el pesado ropaje. Contempló a su montura que agonizaba y luego se quitó también el yelmo y lo dejó caer al suelo. Era un hombre apuesto y curtido de cabellos encrespados del color del ámbar y sus ojos, de un azul grisáceo, tenían algo sobrecogedor. Férenwir frunció el ceño. No comprendía por qué le miraba de aquella manera, como si lo conociera y lo odiara, cuando nunca lo había visto antes. Dejó caer también su capa al suelo. No comprobó su herida, pero vio la intensa mirada que le dirigió su adversario al descubrirla y supuso que estaba tan mal como la sentía.

Sin previo aviso, el guerrero se abalanzó sobre él.

La mano de Férenwir vaciló al detener el primer mandoble. Se sentía lento y torpe empuñando la espada con la mano izquierda y retrocedió un paso. Estaba agotado y quería terminar cuanto antes, pero su contrincante manejaba la espada con maestría. Y con sorprendente furia. El joven lo hizo retroceder de nuevo y Férenwir tuvo que agacharse para evitar su filo por poco.

De repente el celestial se giró y lanzó un golpe bajo que hirió a su adversario en el muslo y lo desequilibró. Un golpe más y le arrancó la espada de la mano. El siguiente chocó contra la coraza y lo hizo caer por fin al suelo. El cuarto descendió para terminar aquel inoportuno combate, pero Férenwir detuvo el filo de su espada en el último momento, rozando

la garganta de su enemigo caído. Había reconocido el blasón sobre la coraza. El mismo motivo que se repetía una y otra vez en la capa dorada que descansaba entre el barro, apenas a pocos pasos: la espada enredada en rosas rojas. El mismo motivo del manto brocado de oro que envolvía a la mujer que Hroan había decapitado ante sus ojos hacía menos de dos días. Retrocedió para incorporarse, dejando aún que la punta de su espada acariciara el cuello del guerrero.

—Hroan asesinó a tu esposa... —dijo, incrédulo—. ¿Por qué le sirves?

Se apartó y apartó también la espada sin dejar de observar a aquel joven. Ahora reconocía los trazos del sufrimiento en su rostro. Las profundas ojeras. Las huellas de las lágrimas. Se apoyó en el tronco de un tejo, al borde del camino, dándose cuenta de que no tenía razones para matarlo. Los ojos del guerrero se encendieron con una desesperación rayana en la insensatez. Se levantó con un grito roto y le embistió.

—¡Tiene a mi hijo!

Férenwir, ya sin aliento, no tuvo tiempo de apartarse. Sintió el golpe en la herida y se dobló sobre sí mismo. El joven tomó la hoja de su espada con la mano enfundada en el guantelete y después giró sobre ella torciéndola sobre el tronco con el peso de su propio cuerpo. Férenwir no soltó la empuñadura a pesar de la brusca sacudida y la hoja se partió. Entonces el guerrero sacó su daga.

—Lo traicioné —murmuraba como si estuviera delirando—. Y sólo me lo devolverá si te llevo conmigo.

La hoja de su daga se clavó entre el vendaje hasta la empuñadura y le hizo un largo tajo hacia abajo, al mismo tiempo que Férenwir le cortaba la garganta con un movimiento preciso del fragmento de espada que aún sostenía en la mano. El rostro del joven se heló en una expresión de incomprensión y sus palabras se ahogaron en la sangre que brotaba de sus labios.

—Lo siento... —jadeó Férenwir. Retrocedió, mientras se tambaleaba presionándose la herida—. Eso no puedo concedértelo.

Dejó caer la espada rota y se desplomó de rodillas. A pocos pasos montura y jinete yacían uno junto al otro. El joven guerrero había muerto con rapidez, pero el caballo se estaba desangrando y aún resollaba con violencia. Aquellos estertores agónicos le martilleaban en la cabeza como un mazo golpea un yunque y Férenwir hubiera querido acallarlos de una maldita vez. Sin embargo, entonces oyó el galope de varios caballos que se acercaban.

Cuando los seis jinetes refrenaron sus monturas junto a los restos de la lucha, el caballo ya había dejado de patear al aire y todo estaba sumido en una quietud de piedra.

—¡Por las negras entrañas de Aenarión! Ha sido ese bastardo... —dijo el que los guiaba. Se sacó el casco y se pasó la mano por el cabello negro y húmedo—. Menuda masacre.

Otro jinete de barba gris detuvo su bayo junto al cadáver del guerrero caído.

—Este andaba medio ido. Ni comía ni hablaba ni dormía y al final ha encontrado lo que buscaba.

—Un traidor menos —masculló el primero con indiferencia.

Un hombre joven, de capa verde ribeteada de plata y de origen noble, por el guantelete plateado que blasonaba su escudo, descabalgó de un salto. Se arrodilló junto al guerrero rubio que yacía con la garganta rajada. Contuvo a fuerza de voluntad el gesto de desolación que asomaba a su rostro ante lo que veía. Luego le cerró los ojos al cadáver con un gesto cuidadoso.

Otro soldado, pelirrojo y de hombros anchos, también descabalgó. Mientras sujetaba a su caballo de las riendas echó un vistazo alrededor. Vio la espada quebrada y la daga manchada de sangre. Se agachó a coger esta última. La espada del guerrero muerto asomaba entre la hierba del camino y también se acercó a recogerla.

—No sé si es un marcado o un portador de glifos, pero al menos ese engendro del infierno ahora está desarmado...

—Y con un tajo que le llega hasta los higadillos y medio muerto de hambre. Y con la mano derecha inútil —rezongó el soldado de pelo negro—. Pero, visto lo visto, es mejor no confiarse, y si te digo la verdad ya me da igual que empuñe un espadón o una ramita de sauce. —Volvió a colocarse el casco—. ¿Algún rastro?

—Vino del bosque. —El hombre pelirrojo señaló hacia la maleza que crecía entre los tejos—. Pero no hay más señales tuyas. Hacia el norte solo huellas de caballo y él va a pie. En la linde del camino no se ve ni una pisada. La tierra está húmeda y andar sobre ella es como escribir en un libro. Diría que volvió por donde vino, para no revelar por dónde se fue.

—A no ser que sea un marcado por el aire. Esos no dejan huellas —intervino el más viejo rascándose la barba.

—Las ha ido dejando por todo el cruce —barruntó el pelirrojo mirando a su alrededor—. No va a ser eso.

—En marcha pues. Hacia el bosque —ordenó el que los comandaba.

El soldado pelirrojo pasó junto al joven de cabellos lacios y oscuros que aún permanecía arrodillado junto al guerrero caído. Lo miró con desprecio.

—Deja de lloriquear como una mujerzuela y levántate.

El noble alargó el brazo y cubrió el rostro del cadáver con un borde de la capa dorada que había cerca, sin apresurarse. Al hacerlo descubrió a medias una de las huellas que ocultaba junto al tronco del tejo. Contuvo la respiración y su mano vaciló, pero no dijo nada y dejó caer otra vez el ropaje dorado. El soldado le dio una patada en el costado que lo hizo ladearse.

—¿Es que no me has oído? Tú no estás casado, pero tienes madre y hermanas, ¿no es cierto? ¡Así que arriba! El rey aún no ha terminado contigo.

El joven, delgado y pálido, montó en silencio. Y luego lo hizo el pelirrojo.

—¡Malditos cachorros de rancio abolengo! ¡Que la peste se los lleve! ¡A todos ellos! No hacen más que jodernos a los demás con sus malditas confabulaciones —dijo el soldado pelirrojo, mientras espoleaba su montura hacia el bosque.

—Como si poner y quitar reyes fuera igual que jugar a las cien colinas —se rio desagradablemente el soldado de cabello negro. Azotó la grupa del caballo del joven de cabellos lacios cuando pasaba por su lado—. ¡Vamos! ¡No te quedes atrás!

El joven de la capa verde y plata contempló la espesa copa del tejo antes de espolear a su montura.

Cuando el rumor de los cascos se hubo apagado, Férenwir se descolgó desde el tejo. Aunque, más que descolgarse, la verdad es que cayó de bruces al suelo desde una rama bastante alta.

Se puso en pie apoyándose en una mano. Con la otra sujetaba los faldones de la camisa, arrugados sobre la herida. Había intentado detener con ella el flujo de sangre para que no revelara su presencia. Le llevó un segundo mantenerse seguro sobre sus pies, pero no tenía demasiado tiempo. Sus perseguidores no tardarían en darse cuenta de que las huellas iban en una sola dirección. Soltó un exabrupto por lo bajo. Ni la daga ni la espada estaban ya allí. Recogió su bolsa y su capa mordiéndose los labios

de dolor y, entonces sí, levantó los ropajes con los que presionaba su herida. Lo que vio le hizo dudar de que consiguiera llegar al bosque de Hnoreth en las condiciones en las que se encontraba. No había mucha sangre, pero la daga le había cortado todos los puntos y además le había ensanchado la herida hacia el vientre. Y era muy honda. Volvió a cubrirla. Antes de marcharse se acercó al joven que había matado. Tras escuchar la conversación entre los soldados, había comprendido muchas cosas. No tenía ni idea de lo que ocurría en la corte de Hroan, evidentemente el rey no le hacía partícipe de sus confidencias, pero estaba claro que se había fraguado una conjura, en una facción de la nobleza, que había sido descubierta y aplastada. Y el castigo para los conjurados estaba siendo tan despiadado como podía esperarse del rey de Kriuh. El noble que acompañaba a los soldados había descubierto sus huellas junto al tejo. Férenwir había dejado caer la capa del muerto sobre ellas, después de encaramarse, para ocultarlas. Sin embargo, el joven no lo había delatado, un acto de generosidad que Férenwir no esperaba en realidad. Terminó de cubrir el cadáver con la punta del pie. El destino de aquel guerrero y su esposa había sido terriblemente desgraciado y él había tomado parte en ello a su pesar.

Se pasó una mano por el rostro en un gesto extenuado. Tenía que encontrar a alguien que le quitara la correa. O su historia terminaría tan mal como la de aquella trágica pareja. Ahora ya no le quedaban esperanzas de llegar al bosque de Hnoreth.

Capítulo 16

Férenwir se detuvo, oculto entre las profundas sombras que plagaban los huertos de manzanos. Había rasgado un jirón de su capa y se lo había atado alrededor del torso para evitar que la herida se le abriera más. Ya no sangraba, pero a pesar de ello el celestial no podía llegar más lejos. Se apoyó en un tronco y atisbó entre los desnudos manzanos aquellas cuatro casas que se ofrecían a sus ojos a lo lejos y que ni merecían el nombre de aldea. En aquellas apacibles cabañas, envueltas en la neblina del amanecer, se encontraba el mismo peligro del que había estado huyendo todo ese tiempo, pero Férenwir había decidido enfrentarlo de una vez.

El granero era la construcción más elevada y había guardias frente a sus puertas. Los mismos hombres que le seguían los pasos desde el día anterior, aunque ahora eran cinco. Seguramente el otro había partido para dar aviso de que habían dado con su pista. Y era de esperar que, sabiendo eso, Hroan no enviara a soldados ordinarios. Enviaría a su Guardia Real. No podía esperar a que eso pasara.

Los caballos pastaban junto al granero, mientras los hombres afilaban sus espadas, en aquel amanecer ennegrecido. Sentados frente a la puerta, el denso velo los rodeaba como si fuera a tragárselos. Y, mientras los observaba, lo único en que podía pensar Férenwir era en que los aldeanos debían estar encerrados en aquel lugar y que necesitaba llegar hasta ellos como fuera.

Se sentó sobre la tierra húmeda, oculto tras un montón de ramas amontonadas, apoyado en uno de los manzanos más gruesos. Mientras aguardaba, aprovechó para cambiarse el vendaje. Rasgó parte de su capa y enterró el trozo ensangrentado junto al tronco en que se recostaba. Unas horas más tarde, giró la cabeza en dirección a la aldea, al advertir que tres de los soldados se alejaban hacia las chozas para traer comida. Era ya por la mañana. Una mañana oscura, con Irugh y Naga tragados por el Oscurecimiento. La aurora cristalina aún ardía en el cielo y una aurora negra empezaba a asomar por el borde del abismo que devoraba gran parte del firmamento, fundiéndose con ella en una singular amalgama. Los fulgurantes destellos de luz restallaban como perlas en la tenue seda de oscuridad que se extendía poco a poco, forjando un cielo tenebroso y cegador a un tiempo, allí donde no era completamente negro. Pocas veces el cielo estallaba en semejante belleza imposible, pero Férenwir ni siquiera le concedió una mirada. Se levantó, cruzó los huertos y se acercó a hurtadillas hasta la parte de atrás del edificio de madera. No había ninguna otra puerta, ni siquiera ventanas. Así que fue directo a la entrada principal. Apareció por la esquina y sorprendió al guardia de cabellos rojos que tenía más cerca. Lo golpeó en la tráquea, dejándolo sin resuello. Su compañero desenvainó de inmediato. Férenwir se arqueó y eludió su golpe. En seguida giró sobre sí mismo, quedando de espaldas a él, y le

aferró el brazo que sostenía la espada. Torció el miembro con tanta violencia que oyó el crujir de las articulaciones. El hombre bufó de dolor, mientras la hoja, guiada con voluntad de hierro por Férenwir, desgarraba el grueso peto de cuero del soldado pelirrojo, por la abotonadura que no llevaba cerrada del todo. El hombre pelirrojo aún había conseguido desenvainar a duras penas y su hoja golpeó a Férenwir en el costado, casi a ciegas, pero con fuerza. Sin embargo, las costillas quebradas le asomaban por el peto, entre salpicaduras de sangre, y su compañero, tras el celestial, bramó una maldición al verlo. Soltó la empuñadura para retirar su mano y consiguió desasirse para huir, mientras su agonizante compañero se derrumbaba de rodillas. El celestial se giró con una rapidez inaudita, ignorando el golpe recibido, y lo agarró del cuello de su camisa, reteniéndolo con fuerza. Lo pateó en el estómago y el guardia cayó hacia atrás. Férenwir recogió la espada y le puso un pie en el pecho. Los ojos despavoridos del hombre estaban clavados en él como si no pudieran ver ninguna otra cosa. Férenwir hundió la hoja en su garganta, con tanto ímpetu que quedó clavada en la tierra. Se apoyó un instante en la empuñadura para recuperarse un poco, sin embargo, no podía concederse ese pequeño respiro. Se dirigió a la puerta del granero y la derribó de un puntapié.

De repente toda la debilidad que había ignorado regresó y tuvo que apoyarse en el marco. Sangraba otra vez. Sus dedos se pusieron blancos debido a la fuerza con que apretó la madera para no caer. Miró hacia el interior. Una veintena de aldeanos se refugiaban en el fondo del granero. Vio que los hombres aferraban hoces y cuchillos y que las mujeres se habían refugiado tras ellos. Aquello le hubiera sorprendido de haber tenido la mente más clara, pero estaba mareado y a punto de caerse al suelo. Durante unos instantes nadie hizo nada. Ninguno de los aldeanos se acercó para ayudarlo y Férenwir se preguntó por fin qué ocurría.

—Por favor, quitadme la correa del cuello... —les pidió—. Por favor...

Un silencio preñado de sombras siguió durante unos instantes a aquel ruego.

—No. —Uno de los hombres sacudió la cabeza con lenta determinación. Aún sostenía el cuchillo ante él.

Férenwir lo contempló incrédulo.

—Pero yo... yo quiero ayudaros— balbuceó.

Por un momento el celestial olvidó incluso su propia debilidad.

—Eso es lo que tú dices. Y puede que sea cierto... O puede que no —dijo el hombre que le había respondido primero, el más fornido y de cabellos oscuros. Parecía hablar por todos, pero sus palabras tenían un deje de

resentimiento. Un resentimiento que Férenwir no comprendió. Quizá le molestaba que hubiera irrumpido de aquella manera en sus apacibles vidas—. Pero lo que sí es seguro es que el rey Hroan nos despellejará vivos a todos, incluso a los niños, si hacemos lo que nos pides.

—¿Es qué no sabeis quién soy?

—No nos importa. Sabemos que no eres como nosotros y con eso nos basta.

—¡Por todos los velos! ¡Soy un celestial! ¡Puedo protegeros! —se ofuscó Férenwir. La cólera se estaba llevando los últimos vestigios de energía que le quedaban—. ¡Quitadme está correa y Hroan dejará de atormentaros! ¡Os juro que lo borraré de la faz de la tierra! Tengo poder suficiente para eso y para mucho más. Tan solo teneis que librarne de esta condenada correa.

Aquellas últimas palabras habían sonado con una desesperación tan extrema que una mujer se mordió los labios y miró al jefe de la aldea, pero el aldeano la detuvo con una mano. Contemplaba la herida en el costado de Férenwir. Una herida que lo partía en dos y que debería haberlo matado ya hacía tiempo. No parecía en realidad tan poderoso como decía ser, pálido y ojeroso como un niño enfermo.

—Una abominación de la madre naturaleza es lo que eres —murmuró roncamente— con la que es mejor no tener tratos. No desafiaremos la ira de un rey enloquecido por tu causa.

Por un instante Férenwir se quedó sin palabras. ¿Tanto habían cambiado las cosas en diecisiete Advenimientos de Aenarión? Por más que se esforzaba no lo entendía. ¿Hasta ese punto había envenenado Hroan las mentes de los hombres? El temor y los engaños habían tejido una telaraña que lo envolvía por completo. Cada vez con más firmeza. El celestial se había aferrado a la posibilidad de encontrar a un solo viajero, a un solo aldeano, como a un clavo ardiendo. Una sola mano que mostrara un poco de humanidad. Había luchado por ello hasta sus últimas fuerzas y ahora... descubría que no le servía de nada. Se desplomó de rodillas.

—Deberíais temerme a mí más que a Hroan —murmuró de repente, con una voz que no pareció suya.

Los pensamientos más oscuros se revolvían dentro de su cabeza como una jauría de perros rabiosos. En dos zancadas, a pesar de que apenas se sostenía sobre sus pies, estaba seguro de que podría arrebatarles una hoz o un cuchillo a aquellas manos trémulas con un último esfuerzo. Podía tomar un niño y hacerlo sangrar o matar a uno de los hombres y los demás le obedecerían. Le quitarían la correa. Aquel pensamiento lo hizo estremecerse por la intensidad con que lo sintió. Quizá matara a uno, pero

salvaría a los demás. Férenwir se rio por lo bajo, como si estuviera perdiendo la poca sensatez que le quedaba solo por pensar aquello. Pero sabía que era cierto. Verían un poco de carne muerta y como los títeres que eran se moverían al impulso de otra mano, de otra voluntad que no fuera la suya. Igual que se habían movido hasta entonces empujados por los deseos de Hroan. Tan simples y tan débiles como las hojas que se balancean con la brisa. Sentía que perdía el aliento, que caía por una pendiente en la que no encontraba nada a lo que agarrarse. No apartó los ojos del suelo, pero ni siquiera veía la sangre que lo cubría.

Por fin levantó el rostro. Aquellas miradas amedrentadas de los hombres, a pesar de mantener aún los cuchillos en alto, las manos crispadas de las mujeres, tras ellos, aferrando sus bastos delantales, los niños pequeños y pálidos agarrados a sus caderas, abrían un abismo entre el celestial y los aldeanos que este no podía cruzar sin pagar un precio demasiado alto. El miedo había echado raíces en exceso profundas en aquel granero.

Entonces recordó que Ísern había caído. Que su padre y sus hermanos estaban muertos. Si renunciaba a lo que era, si se volvía contra quienes debía proteger, ¿qué le quedaría? ¿De qué le valdría ser libre?

Se dobló sobre sí mismo y rozó el suelo húmedo y rojo con la frente. Sabía que el rugido de ira que se escapaba de su garganta aun atemorizaría más a aquellas gentes, que aún las alejaría más de él. Pero no podía contenerse. No podía creer lo que le estaba ocurriendo. Era como si unos dedos perversos le estuvieran estrujando el cerebro para ponerlo todo patas arriba dentro de su cabeza.

Se sentía abandonado por todos y sin salida. Y de pronto comprendió que la suerte estaba echada. Que ocurriría lo que tuviera que ocurrir. Y que pagaría por ello con su propia vida si era preciso. Pero no levantaría la mano contra aquellos aldeanos. Nunca se había sentido tan desgraciado ni tan seguro de algo.

Los otros tres guardias irrumpieron en el granero. Férenwir se levantó como pudo. Intentó llegar al rastrillo apoyado en la pared, pero recibió un golpe que lo derribó. Se volvió en el suelo, contemplando como la espada descendía hacia su pecho. Los aldeanos se habían apretujado en el fondo del granero. Las mujeres gritaban. La espada se clavó a su lado, entre la paja, sin fuerza. Desde atrás otra hoja surgía del pecho del hombre. El soldado se desplomó junto a él. Férenwir, aún sin reaccionar, levantó los ojos y vio al joven noble de la capa verde. También estaba herido. Había iniciado un movimiento para quitarle la correa. Se había inclinado hacia él. Sin embargo, se volvió sin tiempo de hacerlo, cuando recibió otra herida del tercer guardia por la espalda. El joven detuvo un nuevo golpe con su hoja, pero Férenwir vio la muerte en sus ojos. Ya no le quedaban fuerzas. Su compañero apartó su espada y le segó el cuello. Férenwir alargó su mano hacia la espada del soldado que había caído primero y se levantó

con una ligereza inesperada, incluso para él mismo. Cuando el hombre barbudo se volvió, fue él quien le cortó la cabeza con un movimiento fácil, casi elegante. En seguida la espada cayó de su mano. Los perros se acercaban. El viento traía sus ladridos. Férenwir ni siquiera se volvió a mirar otra vez a los campesinos, no se detuvo ni un segundo a rendirle un último pensamiento al joven noble que le había salvado por dos veces. Salió a trompicones del granero, montó en uno de los caballos y, derrumbado sobre la cerviz del animal, se dirigió al galope hacia el norte.

A media tarde el caballo lo derribó. Quedó tendido en el suelo y ya no pudo recuperarlo. Aún oía los ladridos de la jauría. A lo lejos. Pero el bosque de Hnoreth estaba ahora más cerca. Llegaría, aunque fuera a rastras. Aún tenía una oportunidad.

Capítulo 17

Empezó a llover de nuevo y aquella vez la tempestad no cesó y se volvió torrencial en poco tiempo. A cada paso los pies de Férenwir se hundían hasta los tobillos en la tierra anegada. Cayó varias veces, pero volvió a levantarse con una fe ciega en que pronto alcanzaría el bosque. Frente a él, un precipicio se elevaba abruptamente por todo el horizonte, coronado de árboles. Y, sobre su oscura silueta, el Ilaënth dominaba el lugar. Surcaba el cielo, esbelto y curvado, hasta perderse de vista, surgiendo de quien sabe que recónditas profundidades. En un arco gracil e indestructible, atravesando las nubes hasta perderse en sus entrañas, sobrecogedor en su inmensidad. A su alrededor, la aurora cristalina y la negra danzaban, los pliegues se percibían como heridas en la noche, pero no lo cubrían, porque el Ilaënth era uno de los pocos prodigios que podía verse de la misma forma en cada una de las cuatro dimensiones de Aar. Era parte de uno de los titanes muertos, asesinados, según se contaba, por otros dioses antepasados de los celestiales, en tiempos tan legendarios que se hundían en la creación de aquel mundo quebrado en cuatro pedazos. Atravesaba por igual el Sagrario, el Bestiario, el Escudo y el Osario. Y era el único origen conocido de siempreviva en todo Faro Are.

Férenwir no sabía muy bien lo que esperaba. Solo presentía a flor de piel el poder que desprendía, capaz de acabar con todo un mundo, de crearlo de nuevo. De despertar poderes dormidos en las entrañas de unos tiempos deshechos en polvo. Y Férenwir pretendía desatarlos, con el poder de su propia sangre. Una sangre que lo había vencido una vez. Abriría los senderos de los darján si podía y se perdería en ellos, llevaran a donde llevaran ahora.

Con sus últimas fuerzas medio corrió, medio se arrastró hacia los pies del precipicio, mientras los ladridos de los perros de presa resonaban cada vez más cerca. Al escucharlos, la urgencia por escapar se apoderó de Férenwir hasta la más absoluta desesperación. Y entonces, a pesar de la distancia, una oleada de benevolencia lo alcanzó. Llamándolo. Férenwir se detuvo, confuso. Llegaba desde el Ilaënth, un antiguo enemigo. Sin embargo, justo al instante siguiente, otra presencia llamó su atención y se quedó sin resuello.

—¿Sheran...? —murmuró atónito.

Alzó los ojos. Incluso sin verle, Férenwir supo que no le ayudaría. Por primera vez sintió el frío de la lluvia en los huesos, como si también estuviera lloviendo en su interior. Una ráfaga de viento trajo la algarabía de los perros, justo a su espalda. A punto de alcanzarle. Está bien así, se dijo con un gesto de determinación. Si tenía que ser de ese modo, sería

de ese modo. Y echó a correr hacia el talud.

Sheran permanecía en lo alto de uno de los olmos que se asomaban a las tierras bajas, al mismo filo del precipicio. El tenue halo del Ilaenth brillaba sobre él. Y lo que vio le hizo elevar las cejas de incredulidad bajo el yelmo. Férenwir, en medio de una llanura empantanada, le miraba. Sheran sabía que buscaba ayuda. Tenía un aspecto horrible. También percibió a los hombres y a los perros de presa que se le acercaban. Los hombres no eran guerreros corrientes. No tardarían en darle caza.

Ahora era el único de los celestiales que aún surcaba los senderos etéreos de los darján y había sentido la vibración del Ilaenth. Tenue. Existían muy pocas cosas que consiguieran perturbar al Ilaenth, pero desde luego no había esperado encontrarse con Férenwir allí.

El cuerpo de Sheran, envuelto en metal tan reluciente como el Ilaenth, desprendía la misma inmovilidad de una piedra, mientras consideraba aquella inesperada situación. Muchas veces había soñado con ese momento. El momento en que uno de los celestiales de la estirpe de Pernmar fuera consciente de que lo abandonaba a su suerte, cuando podría haberlo salvado con solo pronunciar una palabra. Con un simple gesto de su mano. Pero al mismo tiempo no le gustaba pasar por aquello.

A sus pies, Férenwir alcanzó el talud de tierra, rodeado de perros. Aunque nunca habían llegado a morderle, le arrancaron la capa de los hombros. Para ellos parecía tratarse de un juego. El celestial trepó por la húmeda pared y los dejó atrás. Resbaló un par de veces, pero consiguió ganar altura con rapidez. Afortunadamente su mano derecha ya casi había sanado por completo. En seguida, los jinetes que seguían a la jauría surgieron de las entrañas de la noche y se detuvieron al pie de la perpendicular elevación del terreno. Desmontaron encogidos bajos sus capotes. Apenas veían nada a la luz de los faroles de aceite que portaban, pero estaban seguros de que su presa se encontraba allí. Los perros lo demostraban a las claras.

Férenwir empezó a maldecir, porque con la lluvia sus dedos resbalaban cada vez más. Estaba a medio camino y a punto de caer otra vez. Hundió las manos en el barro y la roca, pero cayó de todas formas y se agarró en vano a la vegetación. En el último momento clavó la punta de la bota derecha en una hendidura de la pared y se detuvo en un precario equilibrio, mientras buscaba un asidero. Contuvo la respiración. La pertinaz lluvia se escurría por su rostro, mientras oía las maldiciones de los hombres y los ladridos de los perros esperándole más abajo. Apretó los dientes y sus dedos volvieron a tantear la piedra, dejándose las uñas y la piel en ella. Consiguió ascender de nuevo unas varas, pero entonces resbaló otra vez un buen trecho. Quedo colgado de su mano derecha. Sentía los latidos de su corazón completamente desbocados, hasta que sus dedos se escurrieron de la roca y se precipitó hacia abajo con un

alarido de furia.

Un alud de piedras había caído junto con él. Los hombres, enormes, corrieron hacia donde se encontraba, chapoteando. Antes de que pudiera levantarse empezaron a golpearlo con rudeza. Con una fuerza descomunal. Varias cuerdas se enredaron alrededor de su cuerpo. Intentó quitárselas de encima.

—¡Sheran! —gritó, mientras se defendía con uñas y dientes.

Volvió a gritar aquel nombre, airado y triste, por todo el desgarró que sentía en aquel momento.

—¡Sheran!

A Sheran se le erizó el vello en todo el cuerpo al escuchar aquel grito. Los fornidos guerreros se echaron encima de Férenwir y desapareció de su vista.

—¡No! ¡Soltadme!

Finalmente le pasaron un lazo de cuerda por el cuello. A pesar de su resistencia, también habían conseguido atarle las manos por encima de los grilletes.

Los dedos de Sheran se crisparon sobre la corteza del olmo. Crein de Pernmar había jurado que lo mataría algún día. De sus hijos, Kómaron y Erren lo habían intentado, pero Férenwir nunca se había cruzado en su camino. No sabía si por falta de ocasión o por la falta de voluntad para hacerlo.

A sus pies, el caballo al que habían sujetado la cuerda arrastró al cautivo por el fango. Férenwir se llevó las manos atadas al cuello intentando respirar. Ya no se defendía. La guardia real de Hroan lo había amordazado con cuero, pero su mirada, aun desde tanta distancia, todavía estaba clavada en el bosque.

Algo se retorció en el interior de Sheran. Una sensación que lo perturbaba y le desagradaba. No quería saber lo que era. Y la aplastó. Como aplastaba siempre cualquier sentimiento que lo debilitara.

Sheran se sorprendió al ver que el cielo encapotado y gris clareaba apenas en la mitad del cielo que no cubría el Oscurecimiento. La lluvia continuaba, mientras él estaba tan inmerso en una vorágine de pensamientos extraños y molestos que ni siquiera había advertido el paso del tiempo.

Férenwir había gritado su nombre. Sheran había creído que era furia. O desesperación, pero quizá había sido una súplica. Recordó sus propios gritos en Eljenari. ¿Podía un hijo de Crein de Pernmar pedirle compasión? Comprendió hasta qué punto se había humillado Férenwir, aunque para entonces ya era demasiado tarde. La marchita penumbra de un día muerto, incluso antes de despuntar, se extendía más allá del omnipresente Oscurecimiento y Férenwir y los hombres que lo habían capturado se habían marchado hacía mucho. Sheran tomó aliento, intentando ordenar sus ideas. Su estancia en Eljenari lo había destrozado hasta tal punto que estaba muerto por dentro. Tan muerto como si le hubieran arado las entrañas con sal. Y ni siquiera la venganza parecía llenar ya la oscuridad que lo devoraba.

A su alrededor la lluvia continuaba impregnándolo todo de tristeza, bajo la perlada capa negra de las dos auroras.

Los centenares de pliegues del velo, entre la llovizna, hicieron que la silueta de Dhys en el horizonte le pareciera un fantasma. Sobre ella, de la aurora cristalina solo quedaban unos pocos destellos, en la parte del firmamento aún visible, al oeste. Los días de las auroras, los días del Delirio del Cielo, terminaban. El capitán vestido de negro y oro, ancho de hombros como un toro, lo hizo desmontar. No iba a permitir que su prisionero entrara a lomos de un caballo en la ciudad. Entraría como el esclavo que era. A la vista de todos. Ató el cabo de la cuerda que le sujetaba las manos al arzón de su silla y después montó de nuevo y lo arrastró con él. Férenwir apenas tenía fuerzas y trastabilló, siguiéndolo a tirones.

El celestial llegó a las puertas de Dhys al atardecer. La tierra estaba encharcada de rojo. Miró hacia arriba y un trozo de algo pegajoso casi le dio en la cara antes de chocar contra el suelo con un chasquido desagradable. Levantó un círculo de salpicaduras ensangrentadas. Cuerpos despellejados colgaban de las murallas, a la vista de todo el mundo. Les habían abierto el estómago y los intestinos, de un color pálido, se descolgaban de ellos con cuajarones negros, como reclamo de cuervos. Férenwir no los reconoció, pero sabía quiénes eran: los cuatro guardias de los que había escapado. Apartó la vista, demasiado cansado para sentir nada. Quizá debería haberlos matado cuando tuvo ocasión, se dijo. Les hubiera evitado sufrimientos. Sus restos eran un claro signo del estado de cólera en que se encontraba Hroan. Un brusco tirón de la cuerda lo arrastró de nuevo unos pasos y atravesó el portón. Varios campesinos y niños desarrapados, mujeres llevando cestos, se apiñaban a ambos lados, cubriéndose la cabeza con toscas mantas para protegerse de la lluvia mientras los veían pasar. En otras ocasiones le habían lanzado

piedras y verduras podridas, y aquel silencio, tan sutil y férreo a la vez, que caía sobre todo y lo aplastaba, resultaba extraño. El celestial se encontró con sus ojos asustados. Una anciana murmuraba en voz baja. Férenwir vio las quemaduras, en su mejilla, en el puente de la nariz, en la parte izquierda de su mentón. Había portado varios de los antiguos glifos de los celestiales. Quizá rezaba por él, pensó. Quizá no se los había quemado por propia voluntad y aún recordaba lo que sus dioses habían hecho por ella. Quizá lo había perdido todo con la guerra y lamentaba lo que veía. Demasiados quizás, advirtió de pronto con desánimo.

—Ahora se calmará. Ya lo veréis —murmuró una voz cuando pasaban.

Se adentraron en la ciudad. Las gentes dejaban sus quehaceres al ver la enfangada partida que regresaba después de cuatro días y se reunían poco a poco al borde de la avenida, pero no se escuchaba ni un murmullo entre el repiqueteo de la lluvia. Por fin los soldados y su cautivo llegaron a la plaza porticada que precedía al palacio. Las puertas de la dorada construcción, pesada y sin torres, mostrando su fachada recargada de arcos ciegos y columnas adosadas, les aguardaban abiertas de par en par, como las fauces de una fiera que dormitaba. Cuando se hundieron en su penumbroso interior, los mismos soldados que lo acompañaban palidieron al recorrer sus entrañas. Los hombres que habían estado de guardia durante su huida colgaban como espantajos en los cruces de los corredores aledaños al salón real y el agitado resplandor de las antorchas engañaba los ojos de quienes los contemplaban, con la ilusión de una macabra danza de marionetas. Pero en realidad estaban tan lívidos e inmóviles como debían estarlo los cadáveres sin cabeza.

Dos agraciados pajes empujaron las puertas del salón real a su paso. Iluminado con cientos de antorchas para ahuyentar a los pliegues del velo. Hroan aguardaba en su trono, pero se levantó de un salto y descendió de inmediato al verlos entrar. Atravesó el salón a zancadas y se detuvo frente a Férenwir. Lo primero que hizo fue abofetearlo con un fuerte revés. El celestial casi cayó al suelo, pero consiguió mantener el equilibrio en el último momento. Lo segundo que hizo el rey fue indicarle a su consejero que desatara la sucia tira de piel que amordazaba a su prisionero. Después se acercó y le pasó el índice por debajo de la correa de cuero. Tiró de ella con brusquedad y lo obligó a acercarse y a inclinarse. Férenwir le sacaba una cabeza, pero era el rey quien a pesar de ello conseguía mirarle como si se encontrara dos escalones por encima de él.

—Nadie se atrevió a quitártela, ¿no es cierto? No hay arma más poderosa que el miedo —murmuró. Cada una de aquellas palabras le dejaba en la boca un regusto de victoria. Sonrió con crueldad.

—Y no hay rey más débil que aquel que lo usa para gobernar —lo menospreció el celestial—. Si lo que quieres es gobernar ovejas, no eres

más que un pastor y no un monarca. Son ovejas las que pueblan tus tierras y ovejas tendrás para defenderlas cuando los míos regresen.

Hroan dejó de sonreír. Le soltó la correa.

—¡Ponedle la mordaza y encadenadle! ¡Las manos y los pies!

—No... —la maldición de Férenwir se volvió ininteligible cuando le calzaron la pieza de metal y cuero en la boca.

—Te aseguro que esta vez sí que vas a necesitar esa mordaza —masculló Hroan con el furor de una fiera brillándole en los ojos—. ¡A la mesa con él!

Entre seis hombres lo subieron a pulso a la enorme mesa de caoba y aun así tuvieron que llamar a más guardias, porque no conseguían mantenerle quieto para cerrarle los grilletes.

Hroan desenvainó.

—No podrás volver a escapar cuando te haya cortado los pies.

Cuando el celestial oyó aquello necesitaron de tres hombres tirando de cada una de las cadenas para mantenerlo inmóvil sobre la mesa. Férenwir continuó forcejeando, con tal ímpetu que la tensión creció hasta el punto de que creyó que iban arrancarle los brazos y las piernas. Los soldados, sudorosos, gruñían por el esfuerzo y se sostenían de las cadenas que tensaban. Hubieran caído de espaldas de no ser por ellas.

Hroan alzó la espada. Férenwir mordió el metal envuelto en cuero con desesperación, anticipando el golpe.

—Mi señor —el consejero encogido y obsequioso, colocado junto a su rey, hablaba en voz muy baja, apaciguadora—, pensad en el bienestar de las tierras —continuó con cautela. Se encogió un poco más si aquello era posible. Parecía un perro a punto de ser apaleado—. Cuanto más poder pierde él, más poder perdéis vos.

Hroan mantuvo la hoja en alto con los músculos tensos. Su rostro era una máscara de desprecio.

—Tienes razón —dijo al fin. Sus ojos estaban clavados en los de Férenwir, que respiraba agitadamente bajo él. De repente una sonrisa torva le torció el gesto—. Le cortaré solo uno.

La espada descendió con un golpe seco. Férenwir se sacudió con un

sofocado alarido cuando el filo cortó la carne y se quebró contra el hueso.

—Dadme otra espada. ¡Ahora! —bramó Hroan.

Hroan partió cuatro espadas contra el tobillo de Férenwir. Al cuarto intento, en medio de la intensa oleada de dolor, el celestial dejó de sentir la insoportable tensión que inmovilizaba su pie izquierdo. Su gemido se ahogó bajo la mordaza y los hombres que sujetaban aquella cadena cayeron al suelo. A Férenwir ya no le quedaba resuello para gritar.

Hroan retrocedió contemplando su obra, sin aliento. Sudaba, pero no se hubiera echado atrás ni aunque hubiera tenido que romper cincuenta hojas del mejor acero contra aquel hueso que parecía piedra.

—El hijo menor de Crein de Pernmar —murmuró por fin—. Nunca nadie volverá a decir de él que es perfecto.

A su alrededor el silencio se hubiera podido cortar con un cuchillo. La pierna mutilada dejaba caer la sangre por el borde de la mesa. El lento goteo y los entrecortados jadeos de Férenwir, a punto de romperse en un alarido o quizá en un sollozo, eran un funesto contrapunto en la estancia.

Entonces el capitán se acercó al rey y dejó caer a sus pies un jirón de tela verde con un delicado guantelete de plata bordado en él. El trozo de tela estaba oscurecido por la sangre seca.

—Os traicionó por segunda vez, pero ya no podrá volver a hacerlo.

El rey apoyó la hoja enrojecida y mellada de su espada en el suelo. Estaba extrañamente serio.

—Por lo visto no tenía en mucha estima la seguridad de su familia. Ahora ellos pagarán por él. —Avanzó y se detuvo junto a la mesa. Se dirigió a su cautivo con acidez—. ¿Lo entiendes ahora, Férenwir? Es como te dije. Todo lo ocurrido es obra tuya. Intentaban liberarte. Creían que tú los salvarías. Y mírate ahora... Ni siquiera puedes salvarte a ti mismo.

En medio del dolor que casi le hacía perder el sentido, Férenwir comprendió por fin a qué se refería Hroan. Comprendió que la conjura de los jóvenes nobles había sido por su causa. Se dio cuenta de que habían planeado liberarle con el propósito de que el celestial, una vez despojado de la correa que lo contenía, destruyera al rey. Y todas aquellas esperanzas habían terminado en un baile de cabezas cortadas. Férenwir cerró los ojos para contener las lágrimas, respirando aún como si le faltara el aire. Sentía en el pecho el peso de todo lo que su caída había arrastrado consigo. Era como si se ahogara en toda la sangre derramada,

en todas las esperanzas rotas que habían seguido después.

Quizá debería haber matado a uno de los campesinos para que los demás le liberaran. Quizá debería haber matado a los guardias para evitar que sufrieran. Quizá había estado equivocado desde el principio.

Capítulo 18

El altísimo guerrero apareció en uno de los diáfanos corredores, plagados de ventanales. Su armadura, que antaño habría sido el orgullo de un rey, chorreaba aún agua sobre las losas de sardónice pardo rojizo veteadas de blanco; el yelmo relucía apenas, recubierto con los restos de un andrajoso dorado. Pero, a pesar del deterioro, aquella armadura se abrazaba a su cuerpo como una antigua amante. La inesperada presencia se había materializado de la nada entre los acicalados cortesanos y de inmediato extendió un silencio oneroso en el magnífico corredor, bullicioso un instante antes. Criados y nobles retrocedieron hacia las delicadas columnatas blancas, esculpidas representando fuentes que arrojaban aguas engalanadas de flores; los pocos caballeros armados presentes se mantuvieron donde estaban a duras penas. El desconocido se adentró entre ellos con aquel andar tan suave y enérgico al mismo tiempo y que tanto parecía intimidar a los mortales, mientras a su paso los súbditos de Fërngàel de Nerhu se apartaban igual que si una mano invisible los empujara.

No permitió que lo anunciaran. Pasó entre los guardias haciéndolos retroceder y empujó las puertas con ambas manos. Los pesados batientes de castaño labrado se abrieron de golpe. En el interior, el señor de la fortaleza levantó la airosa cabeza desde detrás de un inmenso escritorio nacarado. La diáfana luz del norte, aún en esa época del Oscurecimiento, entraba a raudales por los ventanales abiertos, orientados al oeste, y se derramaba sobre su piel clara, sobre sus sedosos cabellos oscuros, como una caricia. Enfundado en ropajes de cuero grabado, bajo los que asomaba la blanca seda de su camisa, Fërngàel de Nerhu sonrió a medias, a pesar de la abrupta interrupción.

—Sheran, cómo no —dijo alzando las cejas—. ¿Qué ocurre?

Sheran se dio cuenta, una vez más, de que aquella era la única voz, entre todas, en la que no detectaba desconfianza alguna cuando se dirigía a él.

A un gesto tranquilizador de Fërngàel, los guardias cerraron las puertas tras su visitante.

Solo entonces Sheran se despojó del viejo yelmo.

Pocos ojos había en Faro Are que pudieran compararse a los ojos de Sheran. Decían las leyendas que eran verdes como las esmeraldas y que poseían el hechizo del dragón bajo la sombra de sus largas pestañas. Era cierto, pero poco más quedaba de toda la apostura que había poseído una vez. Las heridas abiertas por cientos de espadas destrozaban su carne como una plaga. Sheran pocas veces solía despojarse ante otros de ninguna parte de su sorprendente armadura. Salvo en presencia de

Fërngàel. El señor de Nerhu lo sabía todo de él y en cierta manera ese hecho lo hacía sentirse más libre cuando iba a su encuentro.

—Férenwir está vivo. Lo vi anoche.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó su anfitrión, en una exclamación desconcertada que no pudo controlar.

Sheran levantó aquellos ojos estremecedores para mirarle y dejó el yelmo sobre el escritorio.

—Ya me has oído. No me hagas repetirlo. Usa esta información como mejor te plazca, porque no tiene nada que ver conmigo. Es un regalo que te hago.

Sus palabras tenían cierto tinte de sarcasmo, pero Fërngàel lo ignoró, aún intentando racionalizar lo que había oído.

—Pero ¿dónde lo has visto? ¿Y cómo?

—En la linde sur del bosque de Hnoreth. Cerca del Ilaënth. Lo perseguían los marcados de Hroan.

A Sheran no le pasó inadvertido como la expresión de Fërngàel cambiaba al escuchar aquello. Ya lo esperaba. Lo había previsto desde el principio, pero saberlo de antemano no lo había detenido en su decisión de ir a Noronnagro.

—¿Y por qué no está aquí contigo? —preguntó Fërngàel.

Sheran se apartó del escritorio sosteniendo aquella intensa mirada que tan bien conocía. Los ojos del señor de Nerhu se habían clavado en él con firmeza, a la espera de una explicación.

—Porque yo no quise —respondió Sheran sin morderse la lengua en absoluto.

Fërngàel apretó la mandíbula y cerró el libro con un gesto que, a pesar de ser contenido, demostraba con claridad meridiana su ira.

—Pues te equivocaste —dijo.

—Eso es lo que tú piensas, pero yo tengo mis propias opiniones respecto a esa cuestión —replicó Sheran después de un segundo.

Sin embargo, no había verdadera animadversión en aquella respuesta, a pesar de su dureza. Al contrario, se hubiera dicho que latía en ella cierta

pesadumbre.

Fërngàel volvió a encontrarse con la mirada de Sheran y la sostuvo en silencio por un momento. Había muchas cosas que no se decían, pero que estaban allí, entre ellos, flotando como fantasmas. Por fin, Fërngàel se levantó de la mesa. Se paseó por el estudio. Era más soberbio y alto que cualquier hombre, pero aun así Sheran lo sobrepasaba todavía un palmo en estatura. El señor de Noronnagro se detuvo frente a una de las alargadas ventanas, esculpida en forma de lirios de agua entrelazados, y posó su mano sobre las piedras multicolores del delicado marco. Sus largos dedos eran más hermosos que la piedra esculpida que rozaba, mientras a sus pies, el mar bramaba contra los acantilados.

—Crein cree que su hijo está muerto —habló al fin, pensativo—. ¿A quién hizo ajusticiar entonces Hroan al final de la guerra?

—Es evidente que no fue a Férenwir. Me temo que a cualquier infeliz que se le pareciera lo suficiente. Luego dejó que se extendiera la noticia.

—Sheran elevó las cejas en un gesto ausente y varias heridas, hondas, pero sin sangre, se abrieron en su frente y sus sienes—. Típico de ese rey malnacido.

—Cuando Crein se entere, se va a desatar una verdadera tormenta.

Sheran se volvió a mirarle, con la sobrecogedora facilidad de una fiera.

—¿Es qué vas a decírselo?

Fërngàel le dirigió una mirada extraña. Lo consideraba un amigo, pero era consciente de que Sheran era diferente al resto de celestiales. Muy pocas veces lo había visto afectado por algo. Incluso para él, la mayor parte del tiempo era un cofre cerrado cuya llave se había perdido. Pero en ese momento se preguntó si a Sheran le preocupaba la reacción de Crein cuando este conociera todos los hechos. No lo creía, por lo que conocía de él, pero, aun así, intuía cierta inquietud tras su mirada y se preguntó a qué se debía.

—No le diré que podrías haber salvado a Férenwir y no lo hiciste —le dijo con cierta frialdad—. Pero no puedo negarle a Crein que sepa que su hijo sigue vivo. Tiene derecho a saberlo.

Sheran esbozó un gesto cáustico, porque los tiempos en que le importaba lo que los demás pensaran, dijeran o escupieran sobre él habían quedado enterrados bajo seiscientos Advenimientos de miseria. Lo cierto, es que la furia de sus parientes le preocupaba más bien poco. De hecho, la deseaba y tenía que contenerse para no provocarla.

—Sabes lo que ocurrirá, si se lo dices —señaló sin demasiado interés.

—No puedo ocultárselo.

—Siempre haces lo mismo. —Sheran se apoyó contra el muro y cruzó los brazos. Era sorprendente descubrir toda la peligrosa indolencia de un gato en los suaves movimientos de aquel cuerpo, alto, poderoso, masacrado a espadas—. Actúas de la manera que te parece más justa, sin importarte las consecuencias. Crein se arrojará de cabeza hacia Kriuh. ¿Es eso lo que quieres? Porque yo diría que es justo lo contrario.

Ante la desapacible aura que desprendía su huésped, la presencia de Fërngàel era como un río aparentemente tranquilo que lo arrastraba todo a su paso. Y siempre conseguía contener a Sheran, aunque este no supiera aún muy bien cómo lo hacía.

—Tú se lo impedirás.

La expresión de Sheran reflejó al fin cierta sorpresa ante aquella afirmación.

—Deberías haber salvado a Férenwir. Así repararás tu error —continuó Fërngàel.

—No lo haría ni aunque considerara haber cometido un error —le respondió Sheran llanamente.

—Lo harás.

Fërngàel no añadió más, pero por el tono de sus palabras Sheran comprendió que le reclamaba una deuda. Y aquella vez el rostro de Sheran se ensombreció.

—¿Cuánto tiempo tendré que seguir pagándote que me liberaras de Eljenari?

Hablaba pausadamente, pero desprendía a la vez la helada furia de un glaciador. Entonces, el tono de Fërngàel también se endureció.

—Esta vez la deuda no es conmigo. Y lo sabes muy bien.

Por un segundo el señor de Noronnagro creyó intuir una sombra de tensión en el rostro de Sheran. Se preguntó hasta qué punto podía llegar a arrepentirse de lo ocurrido, de haber abandonado a Férenwir a su suerte, si es que era capaz de arrepentirse de algo.

Sheran tardó en responder. Un momento largo y tenso.

—De acuerdo —le concedió. Sus labios heridos ocultaban en parte la rigidez de su expresión. Respiró hondo y se volvió a mirar a través del ventanal—. Aunque puede que me cueste el cuello. Crein me la tiene jurada.

—Te lo tendrías bien merecido —le respondió Fërngàel—. Pero sé que no será así.

Sheran se mantuvo silencioso una vez más después de aquellas palabras, pero luego se fijó en su anfitrión. Cualquiera rigidez se había desvanecido y volvía a poseer toda su fascinante sutileza.

—¿Y qué harás tú, mientras yo me las veo con Crein?

Fërngàel acarició el libro de cubiertas plateadas, repujadas con hojas y flores, que descansaba cerrado sobre el escritorio, entre los pergaminos manuscritos y junto al delicado tintero de oro y jade.

—No estamos preparados para una guerra, y menos aún para una iniciada en un acceso de ira. Mientras tú entorpeces su camino hacia Kriuh, yo buscaré el modo de detenerle definitivamente.

—A duras penas conseguisteis impedir, entre todos vosotros, que levantara un ejército cuando se trataba de sus dos nietos. Esta vez se trata de su hijo. Su hijo favorito. Si intentas hacerle desistir de que le rescate... eres aún más estúpido de lo que creía.

Fërngàel sonrió a medias, para sí mismo. En las palabras de su visitante, bajo la leve mofa, latía también cierto aprecio. A veces Sheran parecía estar más cerca de él de lo que creía.

—Y, sin embargo, ya lo apaciguamos una vez —respondió—. Tú intenta detenerlo antes de que llegue a los muros de Dhys.

Sheran ni siquiera preguntó a qué se debía aquel extraño capricho. Haría lo que le pedía Fërngàel, pero en verdad todos y cada uno de los miembros de la estirpe de Pernmar le traían sin cuidado. La promesa que el señor de Nerhu le había arrancado antes de liberarle, le obligaba a ignorarlos a su pesar. Quizá si hubiera podido desatar su ira, ahora no se sentiría tan hambriento de algo que no hallaba en ninguna parte. O quizá Fërngael, al haberle frenado, lo había salvado en realidad. Aún no lo había decidido. Fërngàel lo había detenido justo ante un umbral muy tenebroso que ya había cruzado una vez para su desgracia. Aquel recuerdo le atravesó la cabeza como una puñalada y su pecho se agitó sin poderlo

evitar, apenas lo que dura un latido.

—No tendrías que preocuparte por nada de eso, si simplemente no le revelarás que su hijo está vivo —le recordó Sheran a su anfitrión al cabo de un momento, intentando apartar aquellos pensamientos tan oscuros—. ¿Dónde está ahora esa tan cacareada sensatez tuya, Fërngàel?

El señor de Nerhu se volvió. Sus hermosos ojos color avellana eran habitualmente tan cálidos como un bosque en otoño, pero iluminados por el resplandor que atravesaba la ventana adquirieron por un instante el color del cobre encendido. Un fuego que Sheran muy pocas veces veía arder en él.

—Mi sentido común me dice que no soy quien para decidir sobre un tema tan delicado entre un padre y un hijo. Detendré a Crein, pero no será manipulándole sin ningún escrúpulo.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó Sheran, empezando a asimilar por fin el alcance de la promesa que le había arrancado Fërngàel.

—Anerhuin está lejos. Teniendo en cuenta que es improbable que tú me hagas el favor de llevarle la noticia a Crein —su anfitrión le dirigió un gesto de paciente resignación—, calculo que mis mensajeros tardarán unas cinco manos en llegar a Falmë. Después de eso, no creo que Crein tarde mucho en ponerse en marcha.

—¿Y Brisa? ¿Por qué no le pides a ella que vaya?

Fërngàel examinó ausente el libro que tenía frente a sí.

—No está aquí. Está en Thyrabaratha.

Sheran enarcó una ceja.

—¿Otra vez?

El señor de Nerhu ignoró su pregunta, aparentemente absorto en el libro, y Sheran no insistió más. Nunca había comprendido la razón de aquel matrimonio y Fërngàel tampoco hablaba de ello.

—Si Crein quiere ocultar su llegada a Hroan, no usará las calzadas principales ni los restos del Camino Verde. Su poder puede enmascarar en parte el avance de un ejército, pero no por completo si se acerca demasiado a los mortales. A fin de cuentas, demasiado poder desatado, aunque sea para ocultarse a sí mismo, termina por delatarse —continuó Sheran.

—Quizá se desvíe hacia el sur y luego atraviese Masel'Dan. O quizá cruce el mar de Caln —respondió Fërngàel abandonando el libro por fin y mirándole.

—Dudo que tenga las suficientes embarcaciones y, aún menos, la paciencia para construir las que precise una vez reciba la noticia. El desfiladero de Masel'Dan parece buen lugar para esperarle.

—Si no tomara ese camino, tampoco te costaría demasiado alcanzarle en otro punto, ¿cierto?

—No me uses como si fuera tu perro, Fërngàel —le dijo Sheran con cierto hastío—. Los senderos más profundos de los darján prefiero evitarlos si es posible.

Se irguió apartándose del muro y recogió su yelmo del escritorio del señor de Nerhu.

—No sé porque demonios he venido.

Se dirigió hacia la puerta.

—Yo sí —sonó la voz de Fërngàel tras él.

Sheran se detuvo con el yelmo aún en la mano. Después se volvió a mirarle. El señor de Nerhu le contemplaba apoyado contra la ventana, tan sereno como siempre.

—Ten cuidado, Sheran —lo despidió Fërngàel con una mirada repentinamente grave.

Capítulo 19

4. El ladrón de manzanas

(Borrador)

El viajero tiró de las riendas de su montura, sorprendido, y se volvió a fijar en aquel huerto.

El Oscurecimiento, sobre él, cubría prácticamente todo el cielo y el paisaje que recorría se mostraba en todas direcciones cada vez más apagado, frío y ceniciento bajo su tenebrosa presencia. El mundo no parecía adormecido, como ocurría en la gélida Centena de la Raíz, sino muerto, de luto en una noche eterna, borroso bajo los pliegues de un velo cada vez más denso y más oscuro. Reseco en un frío infernal. Una estrecha franja de luz, al oeste, era lo único que quedaba de los días de antaño. En aquel último vestigio de cielo, más exiguo a cada día que pasaba, apenas era posible ver por unos momentos como Irugh y luego Naga se hundían en el horizonte.

Pronto no habría nada que ver, porque apenas faltaban dos manos para la Noche del Gozne, el cénit de la estación negra. El viajero se apresuraba hacia Dhys para evitar que lo peor lo alcanzara al raso, donde una solitaria hoguera en medio de los descampados ofrecía escasa protección, por grande que llegara a ser.

Estuvo a punto de reemprender su camino, porque durante su viaje, para evitar las rutas principales y las ciudades, se había visto forzado a dar varios rodeos y llegar a su destino le estaba costando más de lo que era de desear.

Sin embargo, llevaba casi cuatro manos alimentándose solo de carne de caza y algunos huevos y berzas que había conseguido en la última aldea a cambio de cortar leña.

Y aquellas manzanas tan rojas lo fascinaban.

De hecho, en esa época del tránsito no debería haberlas. El mismo huerto era también extraño. Verde y fresco y palpitante de vida alrededor de aquel manzano, se secaba poco a poco a medida que se alejaba de él, hasta convertirse en el miserable espejo del Oscurecimiento, como el resto del paisaje. Árboles desnudos y tierra ennegrecida.

El viajero se preguntó que milagro había tenido lugar allí.

Escrutó las cabañas ensombrecidas más allá del huerto, con las distantes ventanas tenuemente iluminadas.

Había huido de la ciudad de Naese, en el oeste, a todo correr, dejando atrás su espada y su bolsa. Se le escapó una sonrisa traviesa. Pero tampoco parecía demasiado arriesgado desmontar y hacerse a escondidas con unas pocas manzanas sin tener que pagar por ellas. El paraje estaba singularmente silencioso y tranquilo.

Finalmente se decidió y desmontó. Antes del anochecer aún le sobraba tiempo para llegar a la posada que le habían indicado, cerca ya de Dhys, para pasar la última noche de su viaje. No tenía dinero, así que no esperaba obtener cama ni comida, pero, según la ley, era obligado dar refugio a cualquiera en época de oscurecimiento. Siempre y cuando se llegara antes del anochecer.

Llevó a su caballo hasta la arboleda cercana y lo ocultó entre los troncos. Entonces regresó sobre sus pasos.

Tras entrar en el huerto, hurtó bastante más que unas pocas manzanas y comió hasta quedar ahíto. Luego extendió su capa bajo el grueso árbol, tras una barrera de ramas amontonadas que lo ocultaban de la aldea, y se recostó allí por unos momentos.

Una plácida sensación de bienestar lo poseía. Extrañamente el lugar era cálido y destilaba cierta paz inexplicable, un verdor húmedo y ensoñador que centelleaba apenas con el fugaz paso de Irugh en poniente, incluso con la presencia del Oscurecimiento cubriendo ya el firmamento casi por entero. Y el viajero sonrió para sí mismo. Se preguntó con secreto regocijo si por casualidad había pisado un césped engañoso y este le había abierto el umbral de un paraje mágico prohibido a los mortales, porque el exuberante huerto que lo rodeaba parecía tocado por una bendición desconocida, adornado de velos translúcidos, como si se resistiera a la llegada de la estación negra.

Perdido en esos agradables pensamientos, distinguió varias decenas de jinetes llegando a la aldea al galope, por el mismo sendero que había seguido él. Empezaron a rodear el lugar, mientras un pequeño grupo se adelantaba hacia las pocas cabañas y el granero que se alzaban no demasiado lejos.

Extrañado, el viajero se puso en pie y se sacudió las hierbas de las ropas. Hasta que escuchó los gritos y los llantos, los golpes de espada. Alzó la cabeza y después corrió hacia las cabañas. Se detuvo en seco antes de alcanzarlas, porque a la luz de las antorchas reconoció las sobrevestes anaranjadas y negras y por fin se dio cuenta de que los recién llegados

eran soldados de Kriuh. Por un instante se quedó petrificado, sin comprender por qué estaban ajusticiando a todos y cada uno de los aldeanos, ancianos, mujeres e incluso a los niños.

Tras un momento de incomprensión, al ver los cadáveres y tanta sangre derramada sin motivo aparente, el viajero comprendió que debía marcharse de inmediato. La matanza en la aldea había sido breve y ahora los soldados empezaban a batir los campos para asegurarse de que no quedaba nadie con vida. No tardarían en dar con él. Por lo que había visto desde el huerto, sabía que había más soldados en los alrededores, seguramente vigilando senderos y caminos, pero esperarían aldeanos a pie, no a un jinete. Con suerte, conseguiría pasar. Mientras corría hacia donde había ocultado a su caballo, escuchó gritos a su espalda. Lo habían descubierto, así que ni siquiera se detuvo a recoger su capa, aún a los pies del manzano.

Con una rapidez asombrosa, alcanzó los robles donde estaba su caballo y montó de un salto. Se internó en ellos, mientras una voz bronca gritaba a su espalda.

—¡Hay que atraparlo! ¡La cabeza nos va en ello!

Su caballo atravesó el espeso sotobosque al galope, casi a ciegas en las entrañas de la arboleda, a punto de caer en más de una ocasión, hasta salir a los prados opuestos. Irugh había desaparecido tras el horizonte y el violáceo crepúsculo de Naga se acercaba más allá del Oscurecimiento. En apenas dos horas la oscuridad sería absoluta. Refrenó a su montura un instante. ¿Debía continuar en dirección a Dhys y dirigirse a la posada, como había planeado? ¿Cambiar de rumbo y encomendarse a la fortuna de encontrar cualquier otro agujero donde ocultarse hasta el siguiente día? ¿Llegar a la última ciudad que había dejado atrás, antes del anochecer? Apenas le quedaba tiempo antes de que cerraran las puertas. Sin embargo, no tuvo que pensar demasiado. Dos soldados se le acercaban como si los persiguieran los mismos demonios, desde ambos lados de la arboleda. Espoleó a su montura y tomó la única dirección que le dejaban. La misma por la que había llegado, hacia la ciudad amurallada de Carálog, que había evitado el día anterior. Su caballo estaba descansado y corría ágil como el mismo viento, pero sus perseguidores no le daban el menor respiro. A los dos que le habían descubierto, se le habían unido ya más de una veintena de jinetes. El viajero no alcanzaba a comprender la razón de aquel desaforado empeño en atraparlo. Maldijo el espléndido jubón de seda roja que llevaba. Hasta que oscureciera por completo, aquel vibrante escarlata era fácil de seguir en la creciente penumbra, incluso entre los espesos pliegues que flotaban por doquier y emborronaban por completo el paisaje. Sin embargo, ni siquiera podía detenerse el escaso tiempo que necesitaba para coger la manta que llevaba a la grupa y cubrirse con ella. Y el frío lo estaba dejando

agarrotado.

Naga ya llenaba con su luz violeta el estrecho cielo al oeste, cuando la ciudad amurallada apareció tras la colina. Ardía como una hoguera en el tenebroso atardecer, emborronada tras el omnipresente velo, pero a pesar de la gris presencia de aquellos pliegues fantasmágóricos, en sus calles parecía casi de día, con cientos de lámparas flameando en ellas. Las altas torres tenían grandes hogueras encendidas y de cada una de las ventanas de sus edificios, palacios y casas surgía un intenso resplandor. Sus campanas repiqueteaban sin descanso, señalando que se iban a cerrar las puertas. La avenida que llevaba hasta ella estaba flanqueada de cientos de pebeteros con enormes lámparas de alquitrán quemándose entre espesas humaredas. Al final de la ardiente avenida, las puertas en el interior de su barbacana permanecerían abiertas, para acoger a cualquier infortunado que aún se encontrara buscando refugio, tan solo hasta el instante en que Naga desapareciera por completo tras del horizonte. Luego abrirlas o no, era decisión de quien las gobernara. Y en los días cercanos a la Noche del Gozne muy pocas las abrían después del ocaso. Y la Noche del Gozne no se abrían nunca. Él lo sabía y sus perseguidores también. El viajero debía llegar antes de que el ocaso cayera en el oeste y rogar para que sus perseguidores se quedaran fuera hasta el día siguiente. Cuando enfiló la avenida, las campanas ya habían enmudecido y estaban empujando los pesados batientes de madera reforzada con planchas de hierro. El viajero le había sacado bastante ventaja a los soldados del rey, que apenas alcanzaban en ese momento la cima de la colina desde la que se divisaba la ciudad, pero tan conscientes como él mismo de lo que iba a suceder, empezaron a descender como una tormenta. El viajero oía tras él como azuzaban a sus monturas con gritos desesperados. El resplandor violeta se apagaba en el oeste y la melancólica esfera de Naga casi se había hundido por completo en el horizonte. Tardaría en desaparecer del todo, los mismos instantes que las pesadas hojas de la puerta tardarían en cerrarse del todo.

A mitad de la avenida, el viajero espoleó a su caballo con todas sus fuerzas.

—¡Esperad!

Se precipitó hacia las sombras de la barbacana y la cruzó, apenas con el suficiente espacio entre los batientes que no dejaban de cerrarse, porque ninguno de los centinelas le había hecho el menor caso.

Los batientes encajaron tras él y los centinelas los aseguraron con la gruesa barra de hierro. El viajero, jadeando, se volvió. Uno de los centinelas se encaminaba hacia donde se encontraba, pero se detuvo, porque no tardaron en escucharse violentos golpes al otro lado de la

puerta.

—¡Abrid las puertas! ¡En nombre del rey!

Los centinelas se miraron entre ellos.

El viajero espoleó a su caballo y se escabulló hacia la iluminada ciudad. Escuchó gritos a su espalda, pero se internó en las calles y, en cuanto tuvo ocasión, desmontó, tomó su manta y su bolsa y abandonó a su montura. Le dio una palmada en las ancas para que se alejara, mientras los transeúntes le dirigían miradas de curiosidad.

De inmediato se encaminó hacia otro tramo de las murallas y, entre tantas antorchas y lámparas como ardían por doquier, buscó un rincón aislado que le permitiera trepar hasta el adarve sin ser visto. Tal como se estaban desarrollando los acontecimientos, quedarse en aquella ciudad había dejado de ser seguro. Cuando llegó arriba, se introdujo en una de las garitas de guardia. No tuvo que esperar demasiado hasta que un centinela pasó frente a ella, camino del ostensible barullo que se escuchaba en las lejanas puertas. Por las angostas oberturas de la torreta no había visto a nadie más, así que introdujo al hombre de un violento tirón y le golpeó la cabeza con todas sus fuerzas contra el muro. El cuerpo cayó a sus pies como un saco y el viajero lo observó un momento sin demasiado entusiasmo. Solo esperaba no haberlo matado. En realidad no buscaba más problemas de los que ya tenía. Aunque el hecho era que la cabeza había sonado como una nuez cascada al golpearse y sangraba que daba gusto. Soltó una apagado exhabrupto y alejó cualquier remordimiento de su mente. La verdad es que no tenía tiempo para dilemas morales. Lo despojó de la capa negra con bordura ocre y se envolvió en ella. Le quitó también la espada y se la ciñó. Después ocultó el cuerpo lo mejor que pudo, tras un arcón lleno de flechas que apartó de la pared con bastante esfuerzo. Entonces se asomó al adarve. Estaba desierto, así que se dirigió al tramo de las murallas donde se encontraban las puertas.

Cuando llegó, había varios guardias reunidos allí, así que no se acercó demasiado. Los hombres estaban atentos a lo que ocurría a la entrada de la ciudad y ninguno se fijó en él. Por lo visto, alguien había llamado al principal de Caralog y el hombre fuerte, grueso y barbudo, envuelto precariamente en una bata de terciopelo azul forrada de borreguillo, se asomaba desde una de las bajas torres de la barbacana, que se adelantaba desde la muralla hacia el exterior. El viajero se asomó, intentando enterarse de lo que hablaba con los recién llegados.

—Las puertas están cerradas, según la ley. Esperad fuera hasta mañana. Hay luz suficiente en la avenida.

Uno de los jinetes que aguardaban ante las puertas se adelantó. Se quitó el casco y se pasó una mano por los sudorosos cabellos negros. Alzó la cabeza. Tenía una mirada acerada y fría.

—Abrid las puertas de una vez —dijo con calma.

Una calma que ponía los pelos de punta.

Al ver que el principal aún dudaba, sacó un pliego de papel de su bandolera.

—Os aseguro que este pliego de papel abre cualquier puerta. Son órdenes de puño y letra del rey.

El principal de Carálog se volvió a mirar a sus acompañantes, sin saber qué hacer. El variopinto grupo reunido en la barbacana intercambió miradas de incertidumbre. Desde luego era difícil saberlo con seguridad, pero lo cierto es que aquel hombre no parecía en absoluto poseído por las sombras del otro lado del velo. Su figura no temblaba con la poderosa luz que derramaban los pebeteros, ni en sus gestos ni en sus palabras se advertía nada extraño o errático. Y, si lo que decía era cierto, al día siguiente se encontrarían en un grave aprieto. Aquel jinete no parecía poseer un alma especialmente caritativa.

El principal vaciló un segundo, apretando el puño que apoyaba sobre el borde de la pared. Finalmente, les hizo un gesto de asentimiento a los centinelas.

Las puertas se abrieron y los jinetes empezaron a entrar. Los prohombres de Carálog que se había reunido en la barbacana descendieron al patio y los centinelas que estaban en el adarve se asomaron por encima del parapeto del otro lado de la muralla, observando lo que estaba ocurriendo más abajo. Todos a excepción del viajero.

En el patio, el principal de la ciudad se plantó ante el recién llegado y extendió la mano para que le dejara ver el tan mentado pliego de papel. Sin embargo, antes de atender a lo que le pedían, el soldado se volvió a sus hombres, que ni siquiera habían terminado de entrar:

—¡Buscadlo!

Al mismo tiempo, el viajero se descolgó sigilosamente hasta la desierta barbacana por el otro lado de la muralla, oculto de los ojos de los jinetes por las torres. Unos pocos soldados de Dhys aun hacían cola para entrar en la estrecha abertura que daba acceso a la ciudad. El viajero buscó una piedra. No halló ninguna y maldijo por lo bajo lo limpios que eran en aquella ciudad. Finalmente, descartó su cuchillo y sacó una reluciente escudilla de cobre de su bolsa. Cuando tan solo quedaban dos jinetes,

apuntó a la cabeza del caballo del más rezagado y le arrojó la escudilla. Se agachó de inmediato. El pulido metal relumbró con los reflejos de las llamas y el caballo se espantó, incluso antes de que lo alcanzara la escudilla. Se encabritó y se apartó de la barbacana, mientras su jinete intentaba hacerse con él. El hombre alzó apenas la cabeza hacia lo alto de las torres, airado, maldiciendo al descerebrado que se entretenía con semejantes necesidades.

Mientras tanto, el otro jinete se perdía en el interior de la muralla. El viajero apretó los dientes y asomó apenas la cabeza. Era ciertamente muy arriesgado. Era noche cerrada, pero la ciudad estaba profusamente iluminada, incluso la barbacana, a la vista de cualquiera que volviera sus ojos hacia allí desde la muralla. Sin embargo, contaba con que toda la atención se centraba ahora en el abarrotado patio de entrada.

Allí el principal de Carálog estaba leyendo el pliego de papel que le habían entregado, mientras los soldados pasaban junto a él hacia el interior de la ciudad. Cuando terminó, se lo devolvió al jinete de cabellos negros con semblante rígido.

—¿Qué necesitáis de nosotros? —preguntó.

Al otro lado de la muralla, el jinete que se había retrasado, ya había controlado a su montura y tiró de las riendas para entrar en la ciudad. Sin embargo, cuando se acercó a la barbacana, el viajero saltó con prodigiosa precisión sobre él y aterrizó en la grupa del inquieto animal con una facilidad que no era humana. Le cubrió la boca de inmediato al hombre y no dudó lo más mínimo en cortar la garganta con el cuchillo, para zanjar aquello lo antes posible. Cada segundo que pasaba a plena luz era de un peligro incalculable. No dejó caer el cuerpo. Tiró de las riendas desde atrás y se apartó de la avenida un buen trecho, hacia las sombras. Esperaba que la desaparición del muerto tardara en ser descubierta el mayor tiempo posible, habida cuenta de que, de inmediato, la partida de castigo se había desperdigado por la ciudad para encontrarle a él. De buenas a primeras, nadie pensaría que estaba tan desesperado como para adentrarse en la nada, fuera de la ciudad, en aquellos días tan pavorosos.

En cuanto el caballo se hubo calmado, se alejó aún más, hasta que se sintió lo suficientemente protegido por la oscuridad. Se dirigiría de vuelta hacia Gyemayen. Nada de ir a Dhys ahora. Quería abandonar las tierras de Kriuh tan pronto como fuera posible.

Se dirigió hacia la colina por la que había descendido aquel mismo día, siguiendo de lejos el resplandor de la avenida en llamas. Cuando los ardientes pebeteros quedaron atrás y ya ni veía por donde pisaba, descabalgó, se detuvo entre sombras y bajó el cuerpo del soldado. Sin soltar las riendas de la montura, tanteó sus pertenencias. Sus dedos reconocieron una bolsa con varias monedas que esperaba que fueran de

plata y también le quitó la capa húmeda de sangre, ya que había perdido la suya. Después revisó con destreza de ladrón el equipaje del caballo. Una manta de campaña, yesca y pedernal junto con un par de teas, raciones de carne y pescado seco y pan ácimo eran más que bienvenidos. Sopesó las dos espadas que tenía y se enfundó la que le pareció mejor equilibrada. Entonces se puso en marcha y, después de caerse varias veces entre tinieblas, logró encontrar de nuevo el camino empedrado y siguió a tientas hacia la colina.

Andaba a ciegas, pero reconocía el empedrado del camino bajo sus pies. Ascendió usando como bastón la espada que había descartado y solo cuando el camino empezó a descender otra vez, al otro lado de la colina, encendió una tea, lejos de la vista de sus enemigos, diminuta y solitaria en medio de una negrura infinita.

Ató a la silla la espada que tenía en la mano y montó. La tea apenas deshacía las sombras que lo envolvían, pero tenía que alejarse de allí tanto como le fuera posible antes de que amaneciera. Seguiría el camino solo hasta ese momento, hasta que la tenue presencia del día le permitiera adentrarse campo a través.

Mientras se adentraba en aquella noche plagada de malos augurios, maldijo hasta quedarse a gusto el tabernucho de mala muerte donde habían ido a dar sus huesos hacía menos de cinco manos, en Naese. Y en la maldita pelea que nadie había empezado, salvo el exceso de vino que los parroquianos, todos unos bestias malnacidos, incluido él, llevaban en el cuerpo. No recordaba mucho más, salvo que a la mañana siguiente había un cadáver sobre la grasienta tarima del suelo y él estaba enrolado a la fuerza en las levas del rey Hroan para saldar su deuda con la corona. El viajero se chupó los labios en un gesto amargo. Atrapado durante dos Advenimientos. Por un delito que seguramente ni siquiera había cometido. Puede que incluso el tabernero hubiera recibido sus buenas monedas por entregarlo a los reclutadores. De lo que estaba seguro es de que se había quedado con su espada, su caballo y su bolsa, bastante abultada por aquellos días.

Obviamente, en cuanto tuvo ocasión había salido por pies, apenas con lo puesto, robándole la montura al mismo capitán que lo había reclutado. Era mejor que no volviera por aquella ciudad, a donde aquel camino se dirigía.

Los pliegues se volvieron aún más oscuros a la vacilante luz de su antorcha conforme avanzaba y dejó de pensar en nada, salvo en la negrura que lo rodeaba. Intentó no fijarse, porque de tanto en tanto empezaban a flamear a su alrededor con mayor brusquedad y a tomar formas que no tenían nada que ver con el velo que conocía. Su caballo resoplaba cada vez más inquieto y, al final, desmontó para cubrirle los

ojos con la manta y continuó a pie, guiándolo de las riendas.

Avanzó un largo trecho, absorto, hasta que de pronto advirtió que estaba mirando la fantasmal línea del camino, ante él, mucho más allá del exiguo resplandor de su tea. Alzó la cabeza y descubrió que un halo mortecino se desprendía tenuemente de los velos, revelando su opresiva presencia hasta lo más alto del cielo. Por un momento se detuvo sin aliento, porque empezó a ver fugaces sombras vagando tras ellos. Altísimas siluetas inhumanas que se deslizaban como arrastradas por el viento, pero que inesperadamente se movían con saltos espasmódicos e incontrolables antes de desvanecerse. Sus brazos tenían articulaciones extrañas y aunque no podía ver más que su oscuridad, cuando volvían sus cabezas, sabía que aquellos ojos que no alcanzaba a ver estaban clavados en él, con tal fijeza que se le erizaba el vello. El viajero aferró las riendas de su caballo y continuó sin apartar la mirada de los velos. No sabía si el terror que sentía los despertaba, no estaba seguro de si el débil brillo de la tea que llevaba los repelía o los atraía en realidad y, según tenía entendido, el que llegara entero al amanecer dependía más del simple azar que de su propia voluntad o de ninguna habilidad o poder que pudiera tener para enfrentar aquellas azarosas horas. Había oído historias de viajeros perdidos que habían sobrevivido incólumes en noches como aquella y, también, sobre ejércitos enteros desaparecidos, que habían sido hallados después en lugares donde no deberían estar, extendiéndose en una matanza interminable, sin haber tenido ni tiempo de desenvainar una sola de sus espadas.

Eruditos de taberna, más entendidos que él en aquellos temas, decían que, en noches como aquella, se estaba a merced, tan solo, del mal hado que se le cruzara a uno en el camino por puro capricho del destino. Si era lo suficientemente poderoso para que su deseo de destrucción reverberara a través del mismo velo, debilitado durante el Oscurecimiento, estabas perdido sin remedio. Si no, lo peor que podía ocurrir es que perdieras la razón, entre aquella miríada de abominaciones que se paseaban entre los velos desplegados, tan cerca de los mortales.

Conforme avanzaba la noche, el horror se hizo más palpable. Sombríos pasadizos como desgarros se abrían a su paso, de cuyas entrañas salían garras monstruosas, aferrándose a sus bordes. El viajero hizo de tripas corazón y apartó la mirada. Estaba a merced de lo que fuera a suceder, así que mirar aquellas imágenes de pesadilla que surgían de otros mundos solo conseguiría ponerle los nervios de punta.

Pero la noche se hacía eterna y empeoró tanto, con los velos volando y desplegándose a su alrededor como si fueran a tocarle, a engullirlo y arrastrarlo a parajes de delirios innombrables, que el viajero empezó a avanzar con los ojos cerrados para no verlos, ni ver lo que se ocultaba tras ellos, porque entonces no podría más que correr a ciegas, aunque se lanzara de cabeza a un barranco. Así que continuó con los ojos clavados

en el suelo, intentando tan solo no abandonar el camino.

Cuando la delgada franja del cielo que se abría al oeste empezó a perfilarse apenas, teñida de un azul plumizo, anunciando que Irugh asomaba por el lado opuesto del firmamento, el viajero cayó de rodillas en medio de la nada, sin aliento. Muy lejos del camino y muy cerca de un precipicio.

Después de un largo momento, se puso en pie y liberó al caballo de la manta que lo cegaba. El velo a su alrededor seguía oscilando, tenue y omnipresente, pero aparentemente inofensivo.

Al menos, aún podía ver donde se encontraba el oeste y espoleó a su montura en dirección noroeste, campo a través, hacia Ymere, la ciudad más alejada de su ruta, pero también la más extensa, después de Naese, con la esperanza de perderse entre sus populosas calles por un buen tiempo.